

5

larivière

**las objeciones
religiosas
de los jóvenes**

Jean-Jacques Larivière c.s.v.

Las objeciones religiosas de los jóvenes

Encuesta sobre la fe de los jóvenes

Ediciones Paulinas

Prólogo

1.ª ed.: 1969

2.ª ed.: 1971

¿Saben bien los jóvenes qué son? Seres zarandeados, a la greña con la contradicción:

—llenos de vida, aspiran a realizar grandes cosas y, sin embargo, ciertas noches, dejan que se apodere de ellos la tentación del desaliento, del disgusto y de la nada;

—animados de un entusiasmo comunicativo, saben ganar a los demás para su causa, pero, por otra parte, fácilmente «se deshinchan»;

—llevados por las más hermosas esperanzas, tienen confianza en la vida, pero, al mismo tiempo, tienen miedo, tratan de evitarla;

—clarividentes, descubren con facilidad desconcertante las culpas y errores de los adultos y, sin embargo, en ciertos días, se dejan arrebatar inconsideradamente por la peor de las causas;

Título original de la obra: *Les objections religieuses des jeunes*/
Editions Fides - Montréal et Paris/Versión del francés por
Alejo Oria León.

—sedientos de libertad, velan celosamente por su defensa; pero, al mismo tiempo, descubren en sí toda clase de esclavitudes voluntarias;

—atraídos por un ideal elevado, se creen capaces de todos los renunciamentos para alcanzarlo, pero, por otra parte, en ciertas horas, la trivialidad de su vida les hastía...

Muy exigentes con los adultos, fácilmente les decepciona su mediocridad. Cuando les ven escarnecer los valores que a sus ojos son sagrados: el trabajo, el amor, la entrega desinteresada, la religión verdadera, se sienten tentados a rechazar esos valores y entonces la vida les parece un «contrasentido», un engaño, un absurdo.

Los mismos valores religiosos han cambiado de color a sus ojos. A veces hacen una incursión en los tiempos de su infancia e inmediatamente vuelve a su memoria el recuerdo agradable de una vida religiosa llena de dulzuras, de alegrías y de consolaciones: por ejemplo, las que les proporcionaban los pequeños sacrificios hechos durante la cuaresma, las hermosas solemnidades de Navidad y Pascua, las grandiosas procesiones... ¡Y casi están espantados del camino recorrido!

Con los años su inteligencia se ha desarrollado y ahora exige un lujo mayor de pruebas.

Su personalidad en pleno desarrollo tiene horror a todo lo que es imitación y conformismo religioso. Ya no pueden contentarse con una fe infantil como la de otros tiempos. Tienen que conciliar absolutamente fe y razón. Quieren todavía servir a la Iglesia de Cristo, pero exigen que sea su Iglesia auténtica.

En su clarividencia no pueden ignorar que frecuentemente el rostro de la Iglesia está empañado. Les parece lleno de arrugas como el de una persona anciana y manchado como un rostro enlodado. Y entonces nacen en ellos numerosas objeciones contra la fe y la religión.

Este libro se ha escrito para hablar de ellas. Su origen ha sido una encuesta hecha entre 3108 jóvenes (2016 muchachos y 1092 muchachas). La edad de los participantes oscilaba entre 16 y 22 años, con una edad media de 18. Todos estos jóvenes recibían regularmente lecciones de doctrina cristiana. Se las daban principalmente sacerdotes (al 68% de estos jóvenes), pero también religiosos (23%), hermanos dedicados a la enseñanza (2%) y seglares (7%). Pertenecían a 40 colegios distintos del Canadá francés, 27 de muchachos y 13 de muchachas¹.

¹ Para mayores detalles sobre la composición de esta prueba véase la primera parte de la relación de esta encuesta: LA-

Con la franqueza y perspicacia de que son capaces estos jóvenes, expresaron las objeciones que hacían a su religión y a su Iglesia. Partiendo de sus afirmaciones queríamos entablar con ellos el diálogo.

Este diálogo supone una respuesta en común, un intercambio de ideas en un clima de respeto, comprensión y amor. Nos esforzamos por mantenerlo a este nivel. Pero, como debe ser, primeramente tendrán la palabra los jóvenes. Nos dirán lo que para ellos constituye un problema en la religión cristiana o católica, lo que deja a su espíritu insatisfecho, lo que choca con su deseo de compromiso.

Pueden estar seguros de antemano de que sus objeciones serán tomadas en serio. No trataremos de camuflar equivocaciones que con demasiada frecuencia son reales. Después de haberles permitido manifestar sus quejas, trataremos de responder a ellas apelando a la actividad sana de su razón, pero también a su amor, porque creer es también amar.

¿Encontrarán siempre satisfactoria nuestra respuesta? Nos sorprendería mucho; no porque supongamos en ellos una actitud de repulsa, sino porque frecuentemente las objeciones que proponen son muy difíciles y a

veces limitan con el misterio. Al menos trataremos de mostrarles que sus creencias religiosas no encierran contradicciones y que su entrega al servicio de la Iglesia de Cristo no es un engaño.

Al final de cada diálogo propondremos un trabajo más intenso de reflexión sobre problemas relacionados con cada una de las objeciones. Sabemos que este trabajo personal supone una ascesis dura, pero este ejercicio será muy precioso para profundizar en la fe. Invitamos a hacer, en cuanto sea posible, este esfuerzo de reflexión en equipo: esta colaboración de los compañeros y de las compañeras aplicados al estudio de los mismos problemas, será un estímulo y una fuente de enriquecimiento. Y ¿por qué no terminar con una oración humilde y confiada esas sesiones de reflexión intensa y de intercambios fraternales? Entonces Cristo mismo hará conocer muchas cosas: «Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque habiendo escondido estas cosas a los sabios y prudentes, las has revelado a los pequeñuelos» (Mt 11,25).

Actualmente vivimos días dramáticos. Se está jugando nuestro futuro religioso para muchas generaciones. Actualmente salta hecha astillas la religión demasiado conformista de muchos de nuestros compatriotas. Los jóve-

nes se encuentran en una encrucijada. ¿Qué dirección tomarán? ¿Escogerán una vida fácil, regalona, burguesa, sin esfuerzos, sin problemas, sin riesgos? En ese caso jamás conocerán las alegrías embriagadoras de las duras ascensiones ni la victoria final enconadamente disputada... ¿Preferirán, por el contrario, con el ímpetu de su hermosa juventud, darse totalmente, para siempre, sin miedo a los fracasos ni a los golpes que pudieran recibir? En este caso sentirán la satisfacción exaltante de haber contribuido por su parte a hacer más hermoso, más verdadero y más atrayente el rostro de la Iglesia de Cristo.

Queridos lectores, os invito a esta dura tarea: ¿recogeréis mi desafío? ¡Ojolá os anime a hacerlo este libro escrito pensando en vosotros!²

² Para esta encuesta entre los jóvenes, hemos recurrido al cuestionario del Padre Pedro Delooz, S. J. de Bruselas.

CUADRO I - Objeciones sobre la fe

¿Has sentido ya estas objeciones contra la fe?	H.	¿Sí - No?	R.	¿Sí - No?	F.1	¿Sí - No?	F.2	¿Sí - No?	Total	Med.
										¿Sí - No?
39 - ¿Por qué permite Dios todas estas desgracias?	M.	76 17 7	78 16 6	87 9	4 75 18	7	78 16	6		75 14 11
40 - ¿Son igualmente buenas todas las religiones?	Ch.	69 20 11	69 21 10	77 17 6	78 17 5	73 13	14			
41 - Los sacerdotes y los católicos no son mejores que los demás.	M.	56 33 11	52 39 9	67 28 5	59 34 7	57 34	9			47 44 9
42 - ¿La fe es buena para los niños y las mujeres.	Ch.	36 53 11	40 49 11	44 50 6	42 51 7	40 51	9			
43 - La religión es asunto de dinero, de explotación de la credulidad de la gente por los sacerdotes.	M.	67 22 11	68 21 11	77 17 6	71 19 10	70 21	9			59 31 10
44 - La religión sólo importa a mi vida privada.	Ch.	48 36 16	54 34 12	57 35 8	59 31 10	54 34	21			
45 - Los sacerdotes deberían contentarse con su ministerio.	M.	5 94 1	3 96 1	10 88 2	4 95 1	5 94	1			7 89 4
46 - ¿No perdona Dios mis faltas sin confesárselas?	Ch.	7 89 4	7 88 5	9 86 5	14 82 4	8 87	5			8 85 7
	M.	7 88 5	7 87 6	10 78 12	9 88 3	7 87	6			
	Ch.	6 89 5	7 86 7	10 82 8	9 83 8	8 85	7			
47 - ¿No perdona Dios mis faltas sin confesárselas?	M.	18 75 7	17 76 7	19 74 7	11 85 4	17 77	6			18 75 7
	Ch.	16 78 6	21 72 7	22 73 5	18 73 9	19 74	7			
	M.	19 69 12	22 67 11	24 66 10	22 66 12	21 68	11			26 63 11
	Ch.	25 65 10	31 58 11	37 52 11	26 62 12	30 60	10			
	M.	30 54 16	26 55 19	39 47 14	34 54 12	31 53	16			23 64 13
	Ch.	16 71 13	21 65 14	21 70 9	17 72 11	19 69	12			

H.: Humanidades
R.: Retórica
M.: Muchachos

F. 1: 1.º de filosofía
F. 2: 2.º de filosofía
Ch.: Muchachos

Media: % medio para los 3108 alumnos
Total: 1092 muchachas - 2016 muchachos

¿Por qué permite Dios tantos sufrimientos?

Sólo el 18% de todos los jóvenes que respondieron a esta encuesta no se habían propuesto la objeción de la permisión por parte de Dios del mal en el mundo.

C u e s t i ó n 39: *¿Por qué permite Dios todas esas desgracias?* Estamos aquí en presencia de la objeción que acude más frecuentemente a la mente de los jóvenes: sólo el 18% de los 3108 colegiales y colegialas que respondieron a la encuesta afirman que no se habían puesto esta objeción. Esta es aún más frecuente entre las muchachas que entre los muchachos y esto, en todos los grados de los cursos escolares, salvo en el segundo de filosofía, en el que los porcentajes prácticamente son los mismos. Este fenómeno parece bastante normal si se tiene en cuenta la mayor sen-

sibilidad inscrita en la psicología femenina: a la joven le chocan y le turban más fácilmente las manifestaciones del mal, sea éste físico o moral, social o individual.

Era de esperar la importancia que tendría a los ojos de los jóvenes esta objeción contra la fe. Para un número muy grande de ellos, el problema del mal constituye una dificultad enorme en sus relaciones con Dios. Por la psicología del niño sabemos hasta qué punto tiene necesidad de todo lo que puede afianzar su seguridad personal. Al principio de la vida se trata ante todo de una seguridad física que le procura la satisfacción de su necesidad de alimento y protección. Poco a poco esta necesidad de seguridad invade el campo de la vida afectiva y sus padres representan para él los seres que le aman más que los demás. Más tarde, el niño toma conciencia de la existencia del otro: es la aparición del sentido social. Desde entonces ya no se preocupa únicamente de su propia seguridad sino también de la de los demás. Le preocupa todo lo que puede comprometerla. Si a esta situación íntima de los jóvenes se añade el desarrollo en ellos del sentido de la responsabilidad de los actos, se comprende que les choquen fuertemente todos esos males que caen sobre los humanos, sobre todo cuando no ven ni en sí mismos ni en los demás la res-

ponsabilidad de todas estas desgracias.

Un número muy grande de jóvenes se ponen a sí mismos esta objeción del mal en el mundo, pero no todos la interpretan de la misma manera. Ante todo hay algunos que no se detienen en ella. Estos no ven ahí sino una imaginación pasajera y un pensamiento al que no deben dar demasiada importancia.

Me planteé estas cuestiones como observaciones, no como objeciones (Colegiala de humanidades).

Me propuse un poco esta objeción, pero son sólo imaginaciones pasajeras (Colegial de retórica).

Ciertamente, para éstos el planteamiento del problema no queda sino aplazado: un día u otro, tendrán que enfrentarse francamente con él y encontrarle una solución frente a la fe.

Otros jóvenes, cuando se enfrentaron con este problema del mal en el mundo, trataron de vencer la dificultad y calmar su inquietud recurriendo a distinciones entre los efectos *queridos* por Dios y los simplemente *permitidos*, o también distinguiendo los males que vienen de Dios de los que hay que atribuir a la naturaleza.

Estas desgracias no vienen de Dios, sino de

la naturaleza misma (Colegial de segundo de filosofía).

Entre los impresionados aun dolorosamente por este problema, varios resuelven la dificultad apelando a su fe en un Dios amor y providencia. Les repugna pensar que este Dios que los ama pueda querer al mismo tiempo su desgracia. Si la prueba existe, piensan, también ella forma parte del plan providencial sobre el mundo; Dios no puede permitirle con el fin de aplastar a los que ama; si la tolera, sin duda ninguna es para ayudarlos más a ir hacia El.

Dios permite estas desgracias para que nos volvamos a El. No lo hace para castigarnos sino para ayudarnos a salvarnos cuando nuestra ruta es sinuosa (Colegial de primero de filosofía).

Pero al contrario de estos jóvenes, hay otros que se sienten realmente perturbados y confundidos por este problema del mal en el mundo. Estos no sólo sienten duramente una aparente contradicción en Dios entre amor y castigo, sino que no logran escapar sino muy difícilmente a este problema que los obsesiona. No son raros los que encuentran en esta situación, insoluble a sus ojos, el origen de sus dudas contra la fe en Dios.

Jamás me planteé la cuestión de saber por qué permite Dios todas estas desgracias. Pero el conocimiento de las desgracias del mundo a veces me hace preguntar si habrá sido realmente creado por Dios (Colegiala de humanidades).

Digamos finalmente que la reacción de algunos jóvenes ante esta objeción contra su fe es de culpabilidad. Temen descubrir en esta comprobación una debilidad de su fe. Se apresuran a afirmar que esta objeción, si la formularon ya, no tuvo sino un carácter muy transitorio o también que fue el efecto de una debilidad pasajera.

Me puse esta objeción las más de las veces bajo los efectos de un decaimiento pasajero (Colegial de segundo de filosofía).

Hemos dicho precedentemente que de todas las objeciones que los jóvenes hacen a su fe cristiana, la de la existencia del mal en el mundo es la más frecuente. No se trata, pues, de eludir la dificultad diciéndoles simplemente que no deben detenerse en ella y que el tiempo lo arreglará todo. Al contrario hay que reconocer francamente la existencia del problema y tratar de aportar soluciones satisfactorias.

1. *Es un hecho: el mal existe*

No hay necesidad de largas demostraciones para convencer a los jóvenes de la *existencia del mal en el mundo*. Ellos mismos, más de una vez, fueron testigos impotentes de él. En el campo vieron cómo una tormenta repentina destruyó por completo cosechas enteras, fruto de largos meses de trabajo abrumador. Con mucha frecuencia los periódicos les trajeron el eco de una catástrofe minera o de una inundación devastadora. Por televisión pudieron asistir a incendios espectaculares en los que a veces niños de corta edad quedaron aprisionados por las llamas. Todos los años, aún en medio de las alegrías de Navidad, sobreviene un defecto eléctrico en el árbol adornado y ocurre la catástrofe: en un momento toda la casa no es más que una hoguera. Si tuvieron ocasión de visitar esos hogares de la miseria humana que son los hospitales para enfermos mentales, les habrá conmovido ese triste espectáculo de seres humanos en los que la luz de la inteligencia se ha extinguido para siempre. Tal vez tienen que contemplar, todos los días, en su vecindad más inmediata, el espectáculo repulsivo de un padre borracho que tiraniza a su familia. ¿Y qué decir de esa mujer joven, madre de varios niños, a quien el cáncer está consu-

miendo y que se desespera por tener que dejar solos a esos seres pequeños que todavía tienen necesidad de ella? Sería demasiado fácil alargar la lista de todas esas desgracias que la vida reserva aún a los seres más inocentes.

Los jóvenes no sólo son testigos de toda clase de desgracias, sino frecuentemente también sus víctimas. ¿Por qué, por ejemplo, permite Dios que todo un año de trabajo incansable en los estudios termine con un fracaso lamentable en los exámenes? ¿Por qué tolera que jóvenes serios y aplicados se vean en la imposibilidad de continuar los estudios superiores por falta de recursos económicos, mientras que otros despilfarran locamente su dinero y su juventud? ¿Por qué ese joven animado del noble ideal de servir a la humanidad tendrá que verse incapacitado para realizar sus más hermosas ambiciones por la irrupción repentina de una enfermedad im- placable?

2. *Explicaciones parciales*

Que el mal sea de orden físico o moral, pronto o tarde, el hombre se plantea la cuestión: ¿cómo Dios bueno, poderoso y justo puede permitir semejantes desgracias? A es-

ta situación se han dado respuestas muy diferentes. Muchas de ellas, sin embargo, no hacen más que reconocer nuestra impotencia para encontrar una respuesta satisfactoria a este problema. Responder al que se queja de las desgracias de la vida, que el sufrimiento aquí abajo es normal y que el tiempo de la recompensa llegará en la otra vida, frecuentemente no hace más que hacer aún más intolerable la situación del desgraciado. Querer consolar a los que sufren la pobreza recordándoles que Cristo dijo que siempre habría pobres sobre la tierra es aumentar a sus ojos la injusticia de que son víctimas. Afirmar ante los que gimen bajo las dificultades de toda clase, que es preferible no tratar de comprender, no puede de ninguna manera tranquilizarlos. Para esta cuestión angustiosa, según gran número de hombres, no queda más que una respuesta posible: es un misterio. No podemos, pues, con nuestros medios solos encontrar una explicación que arranque a la inteligencia el asentimiento que otorga a una cosa evidente. Pero quien dice misterio no dice algo absurdo para el espíritu. Cuando el espíritu humano se aplica con imparcialidad a dar una explicación a todas estas situaciones penosas en que los hombres se debaten, puede llegar a encontrar respuestas tranquilizadoras a lo que, a primera vista, le

parecían enigmas, contradicciones o injusticias.

Están ante todo los sufrimientos que se explican por el hecho de la *inmutabilidad de las leyes del universo*. La gravedad de los cuerpos, por ejemplo, es una ley de la naturaleza y al mismo tiempo un beneficio, pero puede ocurrir que accidentalmente, por esta misma gravedad, un cuerpo pesado aplaste a un individuo. Así también una de las propiedades del fuego es calentar; es un bien que ese calor pueda ser elevado hasta un grado muy alto de intensidad; pero también puede ocurrir que con esa ocasión abrase al obrero que trabaja junto a esta fuente de calor. Por otra parte fácilmente se concibe que no sería útil que Dios, autor de todas estas leyes de la naturaleza, interviniera continuamente para modificar su regulación; de lo contrario, ante semejante inestabilidad de las leyes naturales, ¿cómo podrían los ingenieros realizar sus audaces concepciones?

Otras desgracias son explicables por la *libertad del hombre*. ¡Cuántas enfermedades que son resultados de abusos en la bebida o en la comida! ¡Cuántos accidentes de carretera que son consecuencias directas de la conducta peligrosa de jóvenes o de menos jóvenes! Dios es el autor de la li-

bertad humana, de esa facultad que diferencia al hombre del animal. Una vez que nos ha hecho este regalo incomparable, es normal que nos deje su uso; de lo contrario tendría que intervenir en la conducta de los hombres con continuos milagros. Por otra parte, para el observador un poco sagaz, estas intervenciones no faltan: ¿no es sorprendente que no sean más frecuentes los accidentes mortales en los combates de boxeo o en las carreras de automóviles? Muchos de nuestros sufrimientos son consecuencia directa de nuestros propios abusos de la libertad: ¡cuántos se quejan de la antipatía que les tiene la gente e ignoran que esta antipatía es el fruto normal de su propio egoísmo! ¡Cuántos esposos claman contra la injusticia del cónyuge y olvidan que llegaron al matrimonio sin preparación conveniente y únicamente para encontrar en él el medio de procurarse el goce!

Pero se dirá: aun reconociendo que muchos sufrimientos humanos pueden imputarse, al menos parcialmente, a los que los sufren, siempre quedará por explicar de manera satisfactoria *el sufrimiento de muchos seres inocentes*. Niños que perecen en un incendio o sufren una enfermedad hereditaria o son abandonados por padres indignos. Es evidente que en estos casos no son responsables de sus sufrimientos. Madres de familia ejempla-

res que, a pesar de una paciencia y caridad a veces sobrehumanas, no llegan a curar a un esposo alcohólico, terror de su familia. Ancianos que comprueban dolorosamente que después de haberse gastado durante toda su existencia en educar cristianamente y hacer felices a sus hijos, en el ocaso de su vida, son vergonzosamente abandonados por sus hijos ingratos.

Ciertamente en todos estos casos no es cuestión de abuso de la libertad ni de consecuencias de vicios personales. Más bien hay que buscar la explicación de estas situaciones aparentemente injustas, en la gran *ley de la solidaridad* que existe entre los hombres y entre las sociedades. Dios permite que el sufrimiento de uno pueda ser salvador para otro. Como en la falta personal del hombre, hay un aspecto social que frecuentemente es causa de sufrimientos para otros, así también Dios permite que la pena sufrida pacientemente por alguien sea portadora de salvación para su hermano. Por otra parte ¿no es esta ley de solidaridad humana, querida por Dios, origen de grandísimos bienes tanto para el individuo como para la sociedad? A veces ocurre que los hijos tienen que sufrir la pobreza material o afectiva de sus padres, pero más frecuentemente pueden compartir, también sin

mérito por su parte, las ventajas debidas a los bienes materiales y al amor de sus padres. También por razón de esa ley de solidaridad entre los miembros de una familia, los padres llegados a la ancianidad pueden descansar en sus hijos para la satisfacción de sus necesidades, aunque a veces en casos excepcionales, hijos ingratos se olviden de las exigencias de esta ley.

3. Soluciones de los filósofos

El problema del mal en el mundo es tan antiguo como el primer hombre. Desde siempre el filósofo se ha inclinado sobre esta situación angustiosa para encontrarle una solución. No es de extrañar que hayan sido tan variadas las teorías inventadas para explicarla. Para los estoicos, la solución está en mantenerse tieso ante la desgracia. Toda la grandeza del hombre consistirá en ocultar exteriormente el efecto del sufrimiento. Pero ¿quién no ve en este comportamiento estudiado la manifestación de un orgullo insatisfecho?

El sabio *Buda* pensó que los sufrimientos del hombre le venían de sus numerosos deseos insatisfechos. Para él el remedio es adiestrarle por medio de una dura ascesis a salir de sí mismo, a renunciar a todas sus aspiraciones, a

no querer ya nada, si no es el vacío total. Pien-
sa el profeta que el hombre alcanza su dicha verdadera sólo cuando ya no tiene preocupaciones ni deseos. Ciertamente el budismo tiene razón para enseñar que gran parte de los sufrimientos humanos vienen de esa cantidad increíble de ambiciones y deseos nunca satisfechos. Pero ¿no es al mismo tiempo destruir la naturaleza misma del hombre querer hacer que renuncie a sus aspiraciones más elevadas y a la vez más íntimas?

Según el *materialismo* dialéctico, la materia es eterna. Sólo ella cuenta, porque sólo ella va a durar. En su evolución la materia produce el espíritu y, gracias a éste, el hombre puede orientar la marcha del mundo. El progreso consiste en perfeccionar las técnicas al servicio de los trabajadores. En esta marcha hacia adelante, los proletarios tienen que luchar contra los capitalistas, pero gracias a la lucha incesante de las clases sociales, el trabajador conseguirá la victoria final y en la Gran Noche alcanzará el paraíso sobre la tierra. En esta perspectiva el sufrimiento no tiene ningún valor. No aporta nada a la edificación de la ciudad. La felicidad final se realizará cuando todos los hombres hayan llegado a ser iguales y vivan lejos de toda explotación del débil por el fuerte, del pobre por el rico.

Entonces el sufrimiento se habrá reducido al mínimo y la verdadera felicidad consistirá en vivir lo más pacíficamente posible.

Pero la experiencia diaria está ahí para demostrar que la felicidad material sola es impotente para satisfacer al hombre totalmente. De otro modo ¿cómo explicar la actitud de esos miles de jóvenes que, todos los años, se suicidan en naciones que gozan del más alto nivel de comodidades materiales como los Estados Unidos de América o los países escandinavos? En un periódico londinense, Pablo Getty, quizá el hombre más rico del mundo, expresó recientemente su desilusión explicando que en otros tiempos los multimillonarios podían vivir en un mundo aparte, mientras que hoy numerosos millonarios gozan del mismo confort y participan de los mismos privilegios: ¡sus miles de millones no habían logrado hacerle verdaderamente feliz! Ciertamente para la práctica de la virtud es necesario un mínimo de confort material, pero creer que el goce de los bienes de la tierra puede, por sí solo, asegurar la perfecta felicidad del hombre, es hacerse ingenuamente ilusiones. ¡Qué pesado le resulta llevar aquí abajo el sufrimiento a quien no cree en la existencia de otra vida!

En cuanto al *existencialismo ateo*, enseña

que el hombre vino como por azar a este mundo sin sentido, en el que no hay nada estable, ni inteligible. Por consiguiente aquí abajo el ser humano no tiene nada que comprender ni puede contar verdaderamente con su persona. Debe gozar de una libertad absoluta: la existencia de un ser superior es una utopía. Le está permitido todo, pero debe evitar perjudicar a otros: «el infierno son los otros», decía Sartre. Perdida en medio de este mundo absurdo, la inteligencia tiene una reacción normal: la inquietud, la angustia. A veces la única salida posible es la desesperación y el suicidio. Si, a pesar de todo, el hombre es bastante grande para aceptar vivir en medio de este absurdo, su única alegría es satisfacer sus sentidos aquí abajo, porque después de esta vida viene la nada. Fácilmente se concibe que en esta lógica el sufrimiento es un contrasentido y una manifestación más de lo absurdo del mundo.

Esta doctrina, que hace algún tiempo tentó a cierta juventud, ahora está perdiendo adeptos. Efectivamente los jóvenes han comprendido que en esta lucha íntima de las fuerzas de vida y de las fuerzas de destrucción de las que son el teatro, tienen algo mejor que hacer que abandonarse a esa muerte prematura. La juventud sana, que siente her-

vir en sí posibilidades incomparables para las más hermosas realizaciones, ambiciona una vida de superación. Ahí encuentra la felicidad a la que aspira con todas las fibras de su ser.

4. *La orientación del hombre*

En el fondo, para encontrar una explicación satisfactoria al problema del mal, es preciso que ante todo el hombre trate de situarse bien en el conjunto del mundo que habita. Es preciso que *encuentre su verdadera orientación*. Por otra parte, a todos los niveles de la creación, se encuentran seres que realizan esta orientación, de modo consciente o inconsciente. Las plantas se orientan naturalmente hacia el sol del que tienen necesidad para su crecimiento. Los pájaros emigrantes, después de haber recorrido distancias inmensas, vuelven todos los años al lugar de su antiguo nido. Aun los seres inanimados, gracias al impulso dado por la inteligencia humana, saben realizar una orientación: las máquinas electrónicas realizan los cálculos más complicados; los robots evitan tal o cual obstáculo; los aviones aterrizan sin piloto, etc.

¿Sería el hombre el único ser de la creación que pudiera prescindir de orientación? Y, a diferencia de los seres inferiores, gracias

a su inteligencia, puede comprender el sentido de su orientación en la vida. En esta tendencia general de todo ser hacia su fin hay que situar el problema del mal y del sufrimiento. Más arriba hemos visto diferentes explicaciones propuestas por la razón humana, pero en realidad ninguna puede satisfacer plenamente las esperanzas del hombre. Únicamente Cristo, es preciso reconocerlo, ha hecho descubrir a la humanidad un sentido verdaderamente positivo en el sufrimiento. Su doctrina enseña que el mundo fue creado por un Dios amor y obró por amor. Libremente quiso que este mundo fuera algo imperfecto y llamó al hombre a colaborar con El en la terminación y perfeccionamiento de esta creación. Pero precisamente porque este mundo creado es imperfecto, resulta que es fuente de sufrimientos para el hombre. Además, Dios quiere que esta obra de colaboración entre El y el hombre suponga igualmente otra de los hombres entre sí, lo que los hace solidarios en el bien y en la felicidad, pero también en el mal y en el sufrimiento.

5. *Ejemplo de Cristo*

Pero en medio de esta obra de perfeccionamiento a la que está invitado, el hombre

no está abandonado a sí mismo. Para animarse y sostenerse, tiene *la enseñanza de Cristo y también su ejemplo*, porque «se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz» (Flp 2,8). Para el creyente, esta enseñanza y este ejemplo son una luz y una fuerza en la prueba. Sabe que el sufrimiento aquí abajo tendrá un fin y que le sucederá un peso inmenso de gloria: «pues el peso momentáneo y ligero de nuestras tribulaciones produce, sobre toda medida, un peso eterno de gloria» (2 Cor 4,17).

Ha sido, pues, Cristo quien ha hecho comprender al mundo el verdadero sentido del sufrimiento. Ante él evita la actitud de la resignación pasiva y a la vez la de la agresividad que se venga; con su conducta más bien manifiesta que *el sufrimiento puede tener una significación y un valor*. Para convencer mejor de ello a los hombres, quiso tomar un cuerpo y una personalidad que no estuviera al abrigo de ninguno de los sufrimientos de sus hermanos: conoció la fatiga, la pobreza, el hambre, el abandono de los amigos, la incomprensión de los discípulos, la oposición de los compatriotas, el fracaso aparente de su misión, el miedo a la muerte, las angustias de la agonía, la muerte misma. Para que esta lección no fuera incomprendida, tomó la precau-

ción de recordar que «el siervo no es más que su señor» (Jn 15,20).

No es que haya amado el sufrimiento por sí mismo: al contrario, lo combatió constantemente curando las enfermedades, aliviando toda clase de miserias. Tuvo palabras de compasión para los que padecen: «Venid a mí todos los que estáis cansados y oprimidos, y yo os aliviaré» (Mt 11,28). Pero quiere que el sufrimiento que continuará habitando el mundo tenga por misión purificarlo. Por eso, desde que Cristo dejó la tierra, todos los grandes apóstoles de su causa retuvieron la lección y aceptaron libremente contribuir, al precio de su sudor, de su descanso y aun de su sangre, a la terminación y perfeccionamiento de la creación: «completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1,24).

6. *El pecado, fuente de sufrimiento y de muerte*

Fácilmente nos dejamos impresionar por el mal físico bajo todas sus formas, porque es más sensible. Pero *existe un mal mucho más grave, el mal moral, o sea, el pecado*. Efectivamente ésta es la verdadera causa del sufrimiento y de la muerte en el mundo.

El libro del Génesis nos presenta a Dios viviendo en gran familiaridad con el primer hombre y la primera mujer: «Oyeron después los pasos de Yavé Dios que se paseaba por el jardín a la brisa de la tarde...» (Gén 3,8). Esta amistad divina los había preservado del sufrimiento y de la muerte. Efectivamente la orden de Dios era formal; a propósito del árbol que estaba en medio del paraíso había dicho: «No comáis de él, ni lo toquéis siquiera, de otro modo moriréis» (Gén 3,3). *He aquí las consecuencias desastrosas del primer pecado:* «Porque has comido del árbol del que te había prohibido comer, maldita sea la tierra por tu culpa... Ella te dará espinas y cardos y comerás la hierba de los campos. Con el sudor de tu frente comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella fuiste tomado, ya que polvo eres y en polvo te has de convertir» (Gén 3,17-19).

El plan primitivo de Dios, pues, no incluía el sufrimiento y la muerte para el hombre; fue el pecado el que trastornó por completo este plan divino. San Pablo nos lo recuerda: «Por tanto, así como por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte y así la muerte pasó a todos los hombres, porque todos pecaron...» (Rom 5,12).

Esta muerte es ante todo la muerte espi-

ritual, pero es igualmente la muerte física. En el Nuevo Testamento, ¿no está asociada la resurrección corporal de Cristo al triunfo sobre el pecado? «Sabiendo que Cristo, resucitado de entre los muertos, ya no muere; la muerte ya no tiene dominio sobre El. En realidad, lo que murió en El, murió al pecado una vez para siempre» (Rom 6,9-10). En otra carta, san Pablo afirma igualmente: «Si Cristo no resucitó, es vana vuestra fe; y todavía estáis en vuestros pecados» (1 Cor 15,17). El pecado, pues, es la causa de la muerte y, por la resurrección, Cristo triunfa de uno y de otra. También nosotros tenemos la seguridad de obtener una victoria parecida: «Y Dios resucitó al Señor y nos resucitará también a nosotros con su poder» (1 Cor 6,14).

Hoy hay una fuerte *tendencia a modificar el sentido del pecado*. Los desarrollos considerables de la psicología moderna han atraído la atención sobre el hecho de que en muchos de nuestros actos la responsabilidad está disminuida. No se pueden rechazar esos progresos de la ciencia; pero, por otra parte, no hay que pensar ingenuamente que el pecado se reduce al error o a la enfermedad. La teología neo-testamentaria nos impulsa a descubrir el verdadero sentido del pecado.

7. Solución última del problema del mal: la salvación realizada por Cristo.

Con su poder y con su amor Dios es capaz de sacar bien del mal. Después de haber creado el mundo en el bien, el pecado vino a destruir este orden. Pero la redención realizada por Cristo va a restaurarlo todo: «Oh Dios, que creasteis al hombre de modo admirable y de un modo más admirable aún lo habéis rescatado...» (oración en la Vigilia Pascual). ¿No llega la liturgia hasta hablar de la necesidad y de la oportunidad del pecado? «Verdaderamente, ¡qué necesario era el pecado de Adán, pues lo destruyó la muerte de Cristo! ¡Dichosa falta que nos valió tal redentor!» (Canto del Exsultet). Aunque el pecado es la fuente de todos los males, san Pablo no puede menos de afirmar con entusiasmo: «Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Rom 5,20).

Pero guardémonos de disminuir el alcance de esta salvación realizada por Cristo. Para demasiados cristianos esta salvación consiste en salvar su alma, sin más (como en la vieja letrilla: «Sólo tengo un alma que salvar»). La redención realizada por Cristo es más que esto. Ha sido restaurado todo el ser humano, cuerpo y alma, y toda la creación; todo ha sido introducido en una vida verda-

deramente nueva. Cristo viene en el dolor para restablecer el orden del principio: «Se entregó a sí mismo por nuestros pecados para sacarnos de este presente siglo malo» (Gál 1,4).

Pensemos también que *la salvación realizada por Cristo es ya definitiva y universal.* Ya no habrá vuelta al estado anterior de sufrimientos y de muerte: «Porque la ley del espíritu de la vida en Cristo Jesús, te libró de la ley del pecado y de la muerte» (Rom 8,2).

Es cierto que aquí abajo no gozamos aún de todos los efectos de esta redención, no los vivimos sino en esperanza. Pero al fin, el cuerpo mismo entrará efectivamente en esa restauración y entonces ni el sufrimiento ni la muerte harán presa en él. Como Cristo resucitado ya no puede sufrir, lo mismo ocurrirá con cada uno de nosotros: «Por eso hablamos convencidos de que quien resucitó al Señor Jesús, también nos resucitará con Jesús y nos dará un puesto con El en vuestra compañía» (2 Cor 4,14).

La resurrección de Cristo, pues, es el centro de la vida cristiana, es la que le da todo su sentido. Si la resurrección no hubiera tenido lugar, la vida sería un absurdo: el hombre viviría con una imperiosa aspiración a una

felicidad sin fin y, después de algunos años de sufrimientos y frustraciones, volvería a la nada. En esta hipótesis sólo un estado de alma sería lógico: el más negro pesimismo.

Pero si nuestra fe en la resurrección es verdadera, toda la vida adquiere un sentido nuevo. Durante su corta peregrinación el hombre sufre las consecuencias del pecado, pero al mismo tiempo sabe que *su victoria definitiva está asegurada* y que precisamente el sufrimiento aceptado con amor le introducirá en esta vida de felicidad sin mezcla a la que aspira constantemente.

Esta es la explicación final y la mejor justificación del sufrimiento en el mundo. Seguramente el sufrimiento sigue siendo un mal que no se puede desear por él mismo, pero cuando un día se ha descubierto que puede tener un sentido y que no es un absurdo, se hace más fácilmente soportable y aun portador de remedios saludables. Aludiendo a los años atroces que conoció su patria durante la última guerra, la gran novelista alemana Gertrudis von Le Fort no duda en escribir: «A pesar del horror de los recuerdos, no quisiera que el camino de la noche estuviera ausente de mi vida... Estoy grave y dolorosamente agradecida por haber podido vivir en Alemania este camino de dolor. No son los días luminosos los únicos que tienen

sus prodigios: también se los encuentra en las noches oscuras. Algunas flores no crecen sino en las regiones salvajes y algunas estrellas no aparecen sino en el horizonte del desierto. Así también algunas revelaciones del amor divino no se nos dan sino en el límite extremo del desamparo y en el umbral mismo de la desesperación»¹.

También hoy, entre los jóvenes de esta generación, se encuentran quienes aspiran a un ideal semejante. Sobre todo ¡que no se piense que su actitud ante el sufrimiento testimonia en ellos una baja resignación o una vulgar debilidad de alma! Al contrario, esta perfecta colaboración en la terminación y perfeccionamiento de la obra de Cristo exige una grandeza de alma, un valor, una personalidad que rebasan la medida común. ¡El hombre no demuestra su grandeza abdicando de sus deberes o permaneciendo desesperado bajo el sufrimiento!

Puntos de reflexión

1. Si Dios creó el mundo por amor, ¿por qué la herencia del hombre son el sufrimiento y la muerte?... ¿Tienen razón los jóvenes en

¹ LE FORT, Gertrud Von, *Dans la nuit allemande*, pp. 8-9.

encontrar absurda esta vida terrena? ¿Por qué?

2. La doctrina cristiana enseña que el hombre debe *aceptar el sufrimiento como permitido por Dios*. ¿No hay peligro en esta actitud de alentar la opresión de los débiles por los fuertes?... ¿Por qué?

3. En la última guerra mundial, algunos hombres *prefirieron sufrir torturas atroces antes que traicionar a sus amigos*: ¿qué piensas de esta actitud?... ¿Grandeza o locura?

4. En tu parroquia tal vez conoces a *un padre desnaturalizado que maltrata a su familia*. ¿Cómo reaccionas ante esta situación?... ¿Puedes hacer algo concreto para cambiarla?... Concretamente ¿qué?

5. Se dice que *el pecado es el mayor de todos los males*. ¿Es un modo de hablar o una realidad?... ¿Por qué deja más insensible que el mal físico?

Todas las religiones son igualmente buenas

El 57% de las muchachas que respondieron a la encuesta y el 40% de los muchachos reconocieron que ya se habían puesto esta objeción. El 9% de cada uno de los dos grupos está incierto. Sólo, pues, el 34% de las colegialas y el 51% de los colegiales jamás pensaron que todas las religiones eran igualmente buenas.

Cuestión 40. *Todas las religiones son igualmente buenas.* Los porcentajes indicados más arriba hacen ver que estamos aquí en presencia de un problema muy frecuente entre los jóvenes. Por otra parte, hay que reconocer que si siempre fue difícil resolverlo, lo es aún más en nuestra época. Efectivamente parece que los jóvenes tienen dificultad en conciliar la enseñanza que recibieron con lo

que les parece exigir la mentalidad más abierta, más vuelta hacia el diálogo, que hoy conocemos. Sin duda ninguna; ante su imposibilidad a hacer esta conciliación muchos creyeron tener que añadir algunas explicaciones a su respuesta.

Unos distinguieron entre el valor objetivo y el valor subjetivo de las religiones.

Todas son buenas sólo subjetivamente. Pero no hay derecho a ser subjetivo cuando se tiene duda sobre el valor de su religión (Colegiala de humanidades).

De suyo no todas las religiones son buenas, pero los que las practican serán justificados según sus conocimientos y su sinceridad (Colegiala de humanidades).

Otros afirmaron que lo que asegura la salvación es la sinceridad.

Creo que un hombre de cualquier religión que sea puede salvarse, si cree sinceramente en su religión (Colegial de humanidades).

Todas las religiones son buenas en cuanto que el individuo cree que está en la religión buena (Colegial de humanidades).

Sí, porque la religión es ante todo algo personal, a base de sinceridad consigo mismo (Colegial de segundo de filosofía).

Algunos piensan que para resolver el problema de la igualdad de todas las religiones, hay que distinguir entre su bondad y su verdad.

Sí, todas son buenas, pero no todas son verdaderas (Colegial de humanidades).

Para otros, finalmente, el criterio de comparación es la apariencia exterior de las religiones o de los que las practican.

No todas son igualmente buenas, pero he mirado mucho a las otras religiones para comprobar que otras eran tan buenas como la religión católica (Colegiala de humanidades).

Se habrá comprobado que reina gran confusión en el espíritu de los jóvenes sobre el valor comparativo de las diferentes religiones. Frecuentemente se ponen a sí mismos esta objeción, frecuentemente también se la ponen a sus educadores. Para tratar de poner un poco de claridad en un asunto tan difícil, planteemos, ante todo el problema tal y como ordinariamente existe en el espíritu de los jóvenes... o de los menos jóvenes.

1. En favor de la igualdad de las religiones

No reconocer, se piensa, que todas las re-

ligiones son buenas con tal de que el hombre sea sincero consigo mismo, es *resignarse a la aberración, a la injusticia, a la intransigencia y al proselitismo*. Efectivamente, uno de los rasgos de la psicología de los jóvenes es la lucidez, la sinceridad. Ahora bien, con el desarrollo de los medios modernos de difusión, están en condición de oír exponer las teorías más diversas, por no decir contradictorias, sobre las religiones. ¿Cómo, pues, se puede pensar que todos esos hombres estén en el error y que deban renunciar a sus creencias para aceptar las de la religión cristiana?

Por otra parte, en esta época de ecumenismo en que vivimos, realmente, ¿podemos estar «en órbita» si rehusamos estudiar la teoría del otro, *dialogar* con él, reconocer la legitimidad de sus creencias religiosas?

Además nuestro tiempo es sumamente celoso de la *libertad*. Y los jóvenes no son los más indiferentes a este valor. Ahora bien, pensar que sólo la religión cristiana es la verdadera, ¿no es minar por su base esta libertad que se debe reivindicar para todos los hombres, aun en el campo de las creencias religiosas?

Para mayor abundamiento, muchos cristianos justamente preocupados de los progresos crecientes realizados por el materialismo contemporáneo, creen que sería una locu-

ra no «*hacer un frente común*» con todas las otras religiones, para aunar todas las fuerzas vivas y luchar más eficazmente contra esta invasión de paganismo.

¿No es igualmente cierto que rechazar la igualdad de todas las religiones, es *alentar el infantilismo* de demasiados cristianos que se atrincheran en un falso sentimiento de seguridad, no haciendo ningún esfuerzo para profundizar en su fe religiosa y mejorar la práctica de su vida moral?

A todos estos argumentos en favor de la igualdad de las religiones habría que añadir todavía que con demasiada frecuencia, los más hermosos *ejemplos del humanismo religioso* más acabado nos vienen de los que no profesan la religión cristiana. ¿No ha quedado vivo en todo el mundo el recuerdo del ejemplo admirable de dulce paciencia dado por Ghandi? En cambio, ¡cuántos ejemplos de conducta, la más irreligiosa imaginable, por no decir inhumana, no dan todos los días hombres que reivindican para sí el título de cristianos!

Esta objeción que se hacen los jóvenes sobre la igualdad de todas las religiones es, pues, muy seria y al mismo tiempo muy difícil. No debe sorprendernos que ante este problema se sientan con demasiada frecuencia cogidos en un *dilema*: o reconocen que todas

las religiones son buenas y se expresan diferentemente según los medios geográficos, culturales, sociales, pero entonces contradicen la enseñanza que siempre recibieron sobre la unicidad de la verdadera religión; o piensan que sólo la religión cristiana es la verdadera y que «fuera de la Iglesia no hay salvación», pero entonces se sienten culpables de una intolerancia insoportable con todos esos hermanos que no comparten sus creencias.

2. Nuevos motivos de tolerancia

A primera vista, preguntarse si todas las religiones son iguales puede parecer a algunos una cuestión inoportuna y aberrante; sin embargo, hay que reconocer que tenemos *razones particulares para planteárnosla actualmente*. Desde la arrancada realizada por Juan XXIII, las ideas se han abierto camino rápidamente. Primero fue una apertura hacia los hermanos separados de la religión cristiana: era éste uno de los fines del concilio Vaticano II. Su sucesor Pablo VI no dio marcha atrás. Invitó a abrir el diálogo no sólo con los cristianos sino con todos los creyentes. «No queremos rehusar reconocer con respeto los valores espirituales y morales de las dife-

rentes confesiones religiosas no cristianas. Queremos con ellas promover y defender los ideales que podemos tener en común en el campo de la libertad religiosa, de la fraternidad humana, de la cultura sana, de la beneficencia social y del orden civil. A propósito de estos ideales comunes es posible un diálogo de nuestra parte y no dejaremos de ofrecerlo donde sea aceptado con benevolencia y respeto recíproco y leal»¹.

Y para demostrar que se trataba de un deseo muy sincero de diálogo, de estudio en común y de cooperación, el Papa anunció en su discurso de Pentecostés del año 1964 la formación del «Secretariado para los no cristianos».

Otro hecho significativo de esta apertura de los católicos de hoy respecto de los que no comparten sus creencias religiosas: el concilio Vaticano II aprobó *un esquema sobre la libertad religiosa*. Quiso mostrar al mundo que la Iglesia reconoce los valores positivos que se encuentran en todas las grandes religiones de Oriente: hinduismo, budismo, mahometismo, judaísmo... «En nuestro tiempo, en el que el género humano está cada día más unificado y aumentan las relaciones entre los

¹ PABLO VI, Encíclica *Ecclesiam Suam*, en «Documentation catholique», 6 sept. 1964, col. 1090.

diversos pueblos, la Iglesia examina atentamente cuál es su relación con las religiones no cristianas. Efectivamente todos los pueblos forman una sola comunidad, tienen un mismo origen, pues Dios ha hecho habitar a todo el género humano en la tierra; tienen un mismo fin último, Dios, cuya providencia, testimonios de bondad, designios de salvación se extienden a todos, hasta que los elegidos se encuentren reunidos en la ciudad santa, que iluminará la gloria de Dios y en la que todos los pueblos caminarán a su luz»².

3. *Trascendencia de la religión cristiana*

Después de tales testimonios, ¿puede parecer todavía inoportuno plantearse el problema de la igualdad de todas las religiones? Y, sin embargo, aun después de haber reconocido la aportación bienhechora que nos viene de todas las grandes religiones no cristianas, hay que hablar de la trascendencia del cristianismo. Todavía hay que comprender bien su razón de ser. Su supremacía no viene del número de sus fieles, ni de las obras que realiza, ni de su edad venerable, ni de ningún otro argumento de esta naturaleza: sino únicamente del hecho que la religión cristiana es

la religión revelada por Dios mismo. Por parte del hombre, pues, se trata de la respuesta que da a esta llamada que Dios hace al corazón de toda criatura.

Efectivamente, la etnografía, la arqueología, la sociología, la historia, la psicología, toda la ciencia está ahí para atestiguar que desde siempre *los pueblos que habitaron la superficie de la tierra mostraron sentimientos religiosos*. Pero estos sentimientos estuvieron fuertemente marcados por el medio cultural y aun simplemente por el ambiente natural en el que se desarrollaron. Por eso, a medida que las civilizaciones y las ciencias iban progresando, era normal que se produjera una decantación de todas esas creencias. Pero ocurrió que al tratar de separar la cizaña del buen trigo, se tuvo la tentación de sacrificar al trigo mismo. Queriendo rechazar a los dioses falsos, a veces se rechazó a Dios mismo.

Y para llenar este vacío se propuso poner la fe ya no en Dios, sino en la materia o aun en el hombre. Tal es el *materialismo de las naciones comunistas*, y también el de las *naciones capitalistas* que abundan en bienes materiales hasta el punto de ahogar sus aspiraciones espirituales. En esta religión materialista, la divinidad central es el hombre y la materia que hay que dominar y utilizar. El fin del hombre es únicamente terrestre: gozar de

² En «Fêtes et Saisons», mayo 1965 p. 3.

la vida. Cuando la esperanza se limita al dominio de la materia, el ideal del hombre es muy restringido, su existencia ya no tiene verdadero sentido y sus aspiraciones más profundas, si todavía no han sido ahogadas, permanecen insatisfechas.

Pero en la parte opuesta de este materialismo occidental se encuentran todas las *místicas orientales*. Estas no carecen de atractivo para muchos jóvenes de hoy. Efectivamente, en medio de un siglo de agitación y de activismo, predicán la necesidad de la meditación y de la contemplación. A un mundo trastornado por los odios y las guerras sangrientas, invitan a la paz entre los hombres. En un ambiente hipersensible para los placeres bajo todas sus formas, invitan a la práctica de una ascesis progresiva que libera de los deseos y, por lo mismo, de las inquietudes y de las desgracias.

Pero a pesar de los valores positivos de estas místicas, no carecen de *equivocos* y engaños. Efectivamente enseñan que el hombre llegará a la contemplación, a la paz, a la indiferencia, a lo divino, por su esfuerzo personal, por su ascesis. Tienen razón en afirmar que una de las causas fundamentales de la insatisfacción y de la desgracia del hombre es precisamente esa proliferación constante de ambiciones y de deseos insatisfechos. Pero

esta negación de la materia, esta especie de aniquilación progresiva de la persona, ¿no está en oposición con las aspiraciones más profundas del hombre? Ciertamente también para los cristianos la ascesis es necesaria, pero es para disponerlos mejor a recibir y utilizar el auxilio divino, para engrandecer su persona y no para destruirla.

Se podría decir, pues, que entre esos extremos que constituirían el materialismo occidental y las místicas de las religiones asiáticas, se sitúa el cristianismo que trasciende a todas esas cosas.

Para el cristiano la naturaleza no es fundamentalmente mala ni digna de destrucción; pero porque se desvió de su fin propio, tiene necesidad de rectificación gracias a una ascesis bienhechora. El cristianismo asegura la *promoción de todos los verdaderos valores humanos*, porque ve en ellos no su fin sino simples medios de progreso: esos valores son como instrumentos a disposición del hombre para ayudarle a superarse y a alcanzar más seguramente su fin sobrenatural. Por una parte cree en la necesidad de defender enérgicamente la verdad, promover la justicia social y asegurar la paz; pero por otra enseña la tolerancia, incita a la no-violencia y recomienda el perdón. Por encima de todo hay que creer en una persona que

está en el origen de todas esas enseñanzas, en una persona divina que se encargó para traer a todos los hombres la enseñanza divina y el ejemplo de la vida divina. En una palabra, es una invitación a todos a no dejarse engañar por el falso espejismo de una justicia social que no sería más que la negación de la libertad verdadera y de las aspiraciones más profundas del hombre; pero pone en guardia igualmente contra el atractivo falaz de una contemplación y de una paz cuyo centro sería el hombre mismo más que Dios.

Pero afirmar esta transcendencia del cristianismo, es al mismo tiempo afirmar que *no todas las religiones son iguales*. Además hay que ver bien de qué se trata. Si la religión consiste simplemente en que el hombre sea sincero consigo mismo, parece bien que no se le pueda exigir más que esa completa sinceridad. Pero, ¿no puede el hombre estar sinceramente en el error? Todos los valores positivos que reconocemos en las diferentes religiones no cristianas son como fragmentos de la única verdad total y hay que caminar hacia ella siguiendo las luces recibidas, pues Dios mismo se encargó de hacer conocer a los hombres «el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6). Asimismo, si la religión consiste simplemente en unir con lo divino, se puede decir que todas las religiones son iguales; pues todas las

religiones enseñan la noción de lo divino. Pero, ¿cómo varía de una a otra el objeto de esta divinidad! Para una es la divinización de las fuerzas de la naturaleza, mientras que para otra es la glorificación de la persona humana o de alguno de sus atributos. Pero entre estas nociones diferentes, hay que escoger una y la verdadera. ¿Dónde está el criterio? Dios mismo lo ha decidido revelándose a la humanidad.

4. «Fuera de la Iglesia no hay salvación»

Y si el cristianismo es la única religión verdadera, ¿hay que concluir que todos deben abrazarla o aun, según el adagio famoso, hay que admitir que «fuera de la Iglesia no hay salvación»? ¿No se puede afirmar que es ésta la enseñanza del mismo Cristo: «El que crea y sea bautizado se salvará; pero el que no crea se condenará»? (Mc 16,16). Fácilmente se comprende que, hoy quizá más que nunca, esta aparente intransigencia desagrade sumamente a muchos jóvenes. Ven en esta posición *la negación de la buena voluntad y de la buena fe de muchas almas profundamente religiosas* que, gracias a esfuerzos a veces heroicos, llegan a asegurar en ellas la prioridad a los valores espirituales. Por otra

parte, piensan también: si es cierto que Dios quiere la salvación de todos los hombres, ¿por qué han de ser los únicos predestinados los cristianos que de hecho no son más que una minoría en la población total del globo?

Hay que reconocer que la objeción es seria y que *la solución del problema es difícil*. Durante mucho tiempo se trató de responder a la dificultad distinguiendo entre el «cuerpo de la Iglesia» que sería la Iglesia católica y el «alma de la Iglesia» que sería el Cuerpo Místico. Pero se terminó por comprobar que no puede satisfacer una solución que opone a Cristo a sí mismo en su Cuerpo Místico y en su Iglesia. Por otra parte, la encíclica de Pío XII sobre el Cuerpo Místico, ¿no enseña que la Iglesia y el Cuerpo Místico de Cristo son la misma cosa?

Hoy los teólogos proponen otra solución a este problema difícil. Es de fe que *Dios quiere la salvación de todo el mundo*: «Tengo otras ovejas que no son de este redil. Y es necesario que yo las guíe también; y escucharán mi voz y habrá un solo rebaño y un solo pastor» (Jn 10,16). Así es como entendió Pablo la enseñanza de Cristo: «Dios, nuestro Salvador, quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad. Porque uno es Dios, único también el media-

dor entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, también El hombre, que se entregó a sí mismo para redención de todos» (1 Tim 2,4-6). Una enseñanza idéntica encontramos en la carta a Tito: «Se ha manifestado la gracia de Dios, que ofrecé la salvación a todos los hombres» (Tit 2,11).

Por otra parte, es de fe igualmente que *la salvación de todos los hombres se encuentra sólo en Cristo y en su Iglesia*, sociedad universal de salvación. «Lo constituyó a El como cabeza sobre todas las cosas de la Iglesia, la cual es el cuerpo de El, la plenitud del que lo llena todo en todos» (Ef 1,22-23). La misma doctrina en la carta a los colosenses: «El es también la cabeza del cuerpo de la Iglesia» (Col 1,18). Por eso el que a sabiendas y libremente rechazare a Cristo y a su Iglesia, rehusaría la salvación.

Pero en esta pertenencia necesaria a Cristo y a la Iglesia se puede distinguir *una pertenencia visible y otra invisible*. Los que recibieron el bautismo forman esta Iglesia visible con sus cuadros, su culto, sus dogmas. Pero otros, aun ignorando esos dogmas, pueden pertenecer a la Iglesia invisible de Cristo: a éstos los salva la buena fe, su deseo implícito de estar unidos con Cristo, su fidelidad a seguir las luces de su conciencia, su disponibilidad para el amor, su creencia en un Dios

providencia: «Aquel que se acerca a Dios debe creer que existe y que es remunerador de aquellos que le buscan» (Heb 11,6). Es posible, pues, que los que todavía no forman parte de la Iglesia visible de Cristo lleguen a la fe necesaria para la salvación: la gracia de Dios les basta y ésta no se niega a quien manifiesta buena voluntad: «Me buscaréis y me hallaréis, porque me habréis buscado de todo corazón» (Jer 29,13s). Lo mismo leemos en el salmo: «Otorgaré salud a quien la busca» (Sal 12,6). Se puede afirmar, pues, que muchos hombres de todas las religiones se salvarán gracias a que pertenecerán a esta Iglesia invisible de Cristo y no por Buda, ni Vichnu, ni Mahoma, sino por Cristo mismo, salvación de todos los hombres.

5. *¿Está de sobra el esfuerzo misionero?*

Si todos los hombres de buena fe, es decir, todos los que buscan a Dios con sinceridad de corazón y viven una vida moral conforme con los datos de su conciencia pueden salvarse, ¿ha terminado para la Iglesia la época de las misiones? Realmente ¿no habrá que dejar de enviar hombres y mujeres a los países llamados de «misión» para conseguir su adhesión a la Iglesia cristiana? ¿Por qué tur-

bar a todos esos seres sinceros, pues la buena fe basta para su salvación? ¿No habrá que reconocer humildemente que se ha gastado inútilmente mucho dinero y aun vidas humanas en esos territorios lejanos, por una causa que estaba llamada a desvanecerse?

A esta objeción hay que responder sin rodeos: ¡no! Ciertamente hay una forma de actividades misionales que ha prescrito y que debe desaparecer, pero la «misión» misma, es decir, el envío de apóstoles a todas las regiones del mundo para llevarles la luz del Evangelio, no puede desaparecer. «Id, pues, y haced discípulos míos todos los pueblos bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo cuanto yo os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,19-20).

La Constitución dogmática «*Lumen gentium*» aprobada por los Padres del concilio Vaticano II nos presenta a la Iglesia de Cristo como *una Iglesia esencialmente misionera*. «Por lo cual la Iglesia, recordando el mandato del Señor: «Predicad el Evangelio a toda criatura» (cfr. Mc 16,16), fomenta encarecidamente las misiones para promover la gloria de Dios y la salvación de todos»³. Desea,

³ «Documentation catholique», 20 dic. 1964, col. 1647.

pues, que «la totalidad del mundo se incorpore al pueblo de Dios, Cuerpo del Señor y templo del Espíritu Santo» ⁴.

Actualmente en más de una nación cristiana se comprueba una baja en las *vocaciones misioneras de jóvenes de ambos sexos*. Aquí, en Quebec, en varios de nuestros colegios, sobre todo en los que todavía ayer daban un número importante de «los que acababan» en las misiones extranjeras, se nota también un claro descenso. Que los jóvenes enamorados del ideal apostólico sepan que la Iglesia sigue contando con ellos para ir a difundir el mensaje evangélico por esas tierras extranjeras que todavía no han recibido la palabra de Cristo. Que traten de comprender el verdadero motivo de la Iglesia cuando anima así a sostener las misiones: no se trata de ninguna manera de consagrarse a un proselitismo olvidadizo de la libertad de los que no comparten nuestras creencias, sino únicamente de tener en cuenta la recomendación de Cristo: «Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies» (Mt 9,38).

6. Intransigencia y diálogo

Otro deber, pienso, se impone también en nuestro ambiente. En el transcurso de los últimos años, en Quebec *ha evolucionado rápidamente el clima religioso*. Durante largo tiempo nuestro catolicismo muy estructurado sobre nuestras parroquias formaba literalmente un bloque monolítico. Los cambios sociológicos de las últimas décadas han traído un relajamiento de estas estructuras y una evolución religiosa cuyos efectos sólo se empieza a medir. La creación en Montreal de un Movimiento seglar de lengua francesa, atrajo la atención sobre la existencia en nuestro ambiente de cierto número de gnósticos. Muchos de ellos son sinceros y tienen derecho a nuestro respeto. Aunque debemos reprobar el error, no hay que olvidar que la luz del Evangelio no se impone ni por la coacción, ni por el desprecio de los que rechazan nuestro Credo, sino más bien por el espíritu de justa tolerancia y de verdadera caridad y por la irradiación de una auténtica santidad personal. Tratemos de abandonar cierta intransigencia religiosa que nos caracterizó en el pasado, para abrirnos al diálogo y a la comprensión de cada uno de nuestros interlocutores: «con los judíos me hice judío... con los que están sin Ley, como quien está sin ella para ganarlos...

⁴ Ib. col. 1648.

Me hice débil con los débiles para ganar a los débiles; me hice todo para todos para, en todo caso, ganar algunos» (1 Cor 9,20-23).

No olvidemos que *los siglos anteriores de fe católica en el Canadá francés* no nos han preparado para este espíritu de tolerancia. Frecuentemente nos llegan ciertos ecos de las dificultades religiosas de países extranjeros aun cristianos: se oye, por ejemplo, que en Finlandia luterana está prohibida la fundación de nuevos monasterios ortodoxos; la católica España no hace más que empezar a aplicar un estatuto de tolerancia para los protestantes; Suiza mantiene su prohibición a la Compañía de Jesús; el Sudán expulsa a los misioneros, mientras que Egipto obliga aun a los cristianos a enseñar el Corán en las escuelas. Nos apresuramos a escandalizarnos de esta conducta cuando se trata del extranjero, pero nos resulta mucho más difícil abandonar la intolerancia religiosa que puede encontrarse entre nosotros y que ni siquiera habíamos advertido. Sólo un cambio profundo de nuestra mentalidad podrá corregir esta situación: el concilio Vaticano II, la era ecuménica que vivimos actualmente, el espíritu del Evangelio, todo nos invita a este esfuerzo en vista del diálogo, la comprensión y el respeto a los demás.

Es preciso que el diálogo se convierta en un medio de contacto apostólico. Se debe mantener lúcidamente, sin ningún espíritu de dominio ni de orgullosa superioridad. Permittiéndonos comprenderlo mejor, nos ayudará a descubrir el servicio que podemos prestarle. En su encíclica *Ecclesiam suam*⁵, Pablo VI precisó las principales cualidades que debe tener este diálogo para que logre su fin.

Ante todo debe ser claro. Como se trata de una actividad del espíritu, de un medio de comunicación, es preciso que se haga de manera clara; de lo contrario no hay comprensión posible. Y para llegar a esta claridad tenemos que repensar nuestro cristianismo. Este trabajo nos permitirá reconocer nuestros prejuicios, alejar temores injustificados, rechazar creencias supersticiosas. Gracias a este trabajo preliminar de puesta al día, podremos dar cuenta claramente de nuestras creencias y de nuestras prácticas religiosas. Sin este esfuerzo, nuestro diálogo resultará vano, porque nuestro lenguaje será incomprensible para nuestro interlocutor.

Después de la claridad, *la dulzura*. Para

⁵ PABLO VI, Encíclica *Ecclesiam Suam*, en «Documentation catholique», 6 sept. 1964, col. 1090.

que nuestro diálogo sea fructuoso, hay que volver a la enseñanza y al ejemplo de Cristo: «Venid a mí todos los que estáis cansados y oprimidos... aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón y encontraréis descanso para vuestras almas» (Mt 11,28-29). Nuestra dulzura en el modo de llevar el diálogo evitará herir a los demás por demasiada precipitación. Efectivamente hay que tener la paciencia necesaria para dejar a la gracia de Dios tiempo para obrar. No olvidemos que la convicción que hay que engendrar en el otro no es sólo el resultado de la verdad que se expone, sino también el de la caridad que habrá acompañado el intercambio de puntos de vista. Nuestra función no es mandar ni imponer por la violencia, sino únicamente exponer con sencillez lo que creemos y lo que vivimos.

Nuestro diálogo deberá desarrollarse también en un *clima de confianza*. Confianza ante todo en la verdad que se expone: nuestra certeza se apoya en la palabra misma de Dios que no puede engañarse ni engañarnos. Confianza también en la apertura, en la buena fe y en la acogida benévola del otro. Esta atmósfera de confianza favorece la libre expresión y las confidencias sobre las dificultades y las dudas. Si, por el contrario, nos mostramos in-

transigentes, quitamos toda confianza recíproca y matamos las posibilidades de diálogo verdadero. Es un hecho de experiencia que la confianza engendra amistad y permite la búsqueda de un bien común, la verdad.

Una última cualidad será necesaria al ejercicio del diálogo: *la adaptación*. Hay que hacer un esfuerzo de comprensión para poder presentar al otro la verdad según el modo que mejor le conviene: no se puede hablar de la misma manera sobre problemas religiosos con los adolescentes que con los jóvenes; una exposición puede llamar la atención de un hombre culto y dejar indiferente al que no lo es; unos se sienten detenidos en el camino de la fe por dificultades de orden intelectual, mientras que otros lo son por dificultades de orden moral; en unos se trata simplemente de impotencia para dar cuenta de ciertas verdades religiosas, mientras que en otros se trata de verdaderas dudas contra la fe o aun de ausencia de fe; tampoco es posible, en el desarrollo del diálogo, ignorar las exigencias de la sensibilidad femenina o las de la lógica masculina... Por otra parte en todos los casos habrá que respetar el ritmo de comprensión y de apertura del otro. Si es necesario habrá que saber modificar nuestra presentación con miras a una adaptación mejor.

Si el diálogo tiene estas cualidades, servirá al mismo tiempo para convencer la inteligencia y para ganar el corazón. Supone en el punto de partida que se reconoce que Dios lleva a los hombres por caminos distintos y que debemos imponernos respetar estos caminos. Porque «todo es gracia». Dios atrae a sí por los medios más variados. Si sabemos verdaderamente mantener el diálogo con claridad, dulzura, confianza y prudencia, nuestro esfuerzo producirá resultados ciertos: gracias a nosotros algunos hermanos verán más claro y se harán mejores, por la verdad que les hayamos enseñado y el ejemplo de vida que les hayamos dado.

Puntos de reflexión

1. Si en el punto de partida sostengo que *la religión cristiana es la única verdadera*, hago el diálogo imposible con el que no profesa esta religión. Entonces ¿qué hacer?... ¿Renunciar a esta creencia?... ¿Evitar hablar de ella?... ¿Salvar a toda costa la verdad?...

2. Dios quiso que el hombre gozara de la *libertad*. Por otra parte es muy útil al hombre adherirse *a la fe en Cristo*. Esta utilidad ¿permite quebrantar su libertad?... ¿Es preferible, por el contrario, no forzarle?

3. Una religión auténtica no sólo debe incluir verdades que creer, sino además influir en *el estilo de vida*. El que no está adherido a ninguna religión, pero vive según las luces de su conciencia, ¿es superior al que está en la verdadera religión, pero se deja llevar frecuentemente a vivir contra sus creencias?

4. Todos los que practican sinceramente su religión están convencidos de que están en la verdad. ¿Es posible salir de esta seguridad subjetiva y llegar a un *criterio objetivo sobre la verdad de la religión*?

5. El axioma «*fuera de la Iglesia no hay salvación*» parece ser la condena de todos los hombres de buena voluntad que no viven en el seno de las iglesias cristianas. ¿Hay que atenerse todavía a este axioma?... ¿Puede tener un sentido aceptable para todos los hombres religiosos, aun no cristianos?... ¿Cuál sería ese sentido?

6. El Concilio aprobó un esquema sobre la libertad religiosa. Desea *que nadie sea forzado ni impedido en lo que se refiere a la fe*. ¿Debe la Iglesia continuar enviando misioneros a tierras lejanas para que trabajen en la conversión al catolicismo de esas regiones?... ¿Te parece superada esta política?... ¿Está en contradicción con el deseo de libertad religiosa para todos los hombres?... Si debe continuar el esfuerzo misionero ¿con qué espíritu deberá continuar?

7. Hoy más que nunca se habla de *diálogo*. Particularmente los jóvenes quieren practicarlo. Por otra parte en el plan religioso, el católico acepta cierto número de dogmas presentados por la Iglesia. ¿Te parece que todavía hay lugar para un diálogo en este contexto?... ¿Cómo se puede concebir con los que profesan la misma fe que nosotros?... ¿Con los que no comparten nuestra fe?... ¿Crees que encierra el peligro de debilitar la firmeza de nuestras creencias?... ¿Piensas, por el contrario, que puede producir efectos benéficos en los otros católicos?... ¿En los no creyentes?... ¿Con qué condiciones?...

Los sacerdotes y los católicos no son mejores que los demás

*El 70% de las colegialas
y el 54% de los colegiales que
respondieron a la encuesta se
habían puesto ya esta obje-
cción.*

Cuestión 41. *Los sacerdotes y los católicos no son mejores que los demás.* De todas las objeciones que los jóvenes hacen a su religión, ésta es la segunda en importancia, después de la objeción de la existencia del mal en el mundo. El 59% de todos los participantes en la encuesta reconocen hacerse esta objeción. Es aún más frecuente en las muchachas que en los muchachos: el 70% contra el 54%. Además se comprueba que en los muchachos la frecuencia está en progresión constante desde la clase de humanidades hasta la del segundo de filosofía. El fenómeno

es casi parecido en las muchachas: la progresión es constante hasta el primero de filosofía, pero después hay un descenso en segundo de filosofía.

Aun entre los jóvenes que reconocen tener esta objeción contra su religión, varios se creyeron obligados a justificar o al menos a explicar su respuesta. Por otra parte lo hacen de maneras muy diversas.

Para algunos se trata de una verdad que salta a los ojos y que ni que decir tiene; para otros ni siquiera es una objeción:

Esto no es una objeción contra la fe. Para mí es una realidad (Colegial de retórica).

Otros, por el contrario, quieren añadir algunos matices a su respuesta como para evitar un juicio injusto:

La mayor parte de los sacerdotes y muchos católicos son mejores que los demás, pero hay muchos que no son mejores, sino peores (Colegial de humanidades).

En cuanto hombres no son mejores que los demás. Pero cuando se considera que han recibido el bautismo y los otros sacramentos que pueden recibir, son superiores a los que no han recibido el bautismo, porque gozan de una gracia que los otros no tienen (Colegial de retórica)

Ante esta objeción algunos se contentan con deplorar la situación:

¡Ay! ¡muchas veces es demasiado cierto!
(Colegial de retórica).

Otros, por el contrario, tratan de excusarlo o, al menos, explicarlo:

Aunque sean católicos siguen siendo hombres (Colegial de humanidades).

Muchos quisieron explicar su respuesta distinguiendo entre la santidad adquirida y la santidad por adquirir:

Los católicos no son mejores, pero son llamados a una perfección mayor (Colegial de humanidades).

Por lo menos tienen lo que necesitan para ser mejores (Colegial de segundo de filosofía).

Otros, finalmente, distinguieron claramente entre el valor de la religión y el valor de sus adeptos:

Esto no se discute. No entramos en la religión católica queriendo que los sacerdotes y los católicos sean mejores que los demás. Hay que tener convicciones y no dejarse influenciar por la conducta de algunos católicos. Somos católicos para acrecentar la gloria de Dios y no para

analizar la conducta de los otros católicos. No hay que clasificar a una religión sólo mirando cómo actúan sus miembros, sino estudiando su doctrina (Colegiala de humanidades).

Hay que reconocer, pues, que el valor moral de los católicos y aun el de sus ministros plantea una objeción seria a la mayoría de nuestros colegiales y de nuestras colegialas. Tratemos de ver el contenido de esta objeción.

1. *Ir a Dios sin intermediario*

En el espíritu de muchos, objetar la malicia de los católicos es manifestar su deseo o su anhelo de *una religión de contacto directo con Dios*. En efecto, ¿por qué no prescindir de los intermediarios, sobre todo si, como a veces es el caso, éstos son más bien obstáculos que medios eficaces para favorecer el contacto con la divinidad? Y entonces se sueña con una religión completamente simplificada, muy próxima a Dios y, además, al Dios de la naturaleza, en la que nadie viene a hacer de pantalla para ocultar a Dios. ¿Quién no ha reconocido en este vago sentimiento religioso la religión preferida de Rousseau?

Pero, ¿se ha reflexionado en el hecho de que *el sentimiento religioso es ante todo un*

sentimiento humano, es decir que nace y se desarrolla en el individuo al contacto con un medio social? Todos los grandes psicólogos contemporáneos han mostrado la importancia de este condicionamiento humano en la elaboración y desarrollo del sentimiento religioso¹. Es, pues, normal, aun desde el punto de vista puramente psicológico, que el hombre, hasta en su vida religiosa, pase por una institución que se llama Iglesia. Su vida de ser sociable le impulsa también a ir hacia Dios con sus hermanos y no como un ser aislado en una isla desierta.

Para otros, objetar la debilidad moral de la Iglesia o de sus miembros es *envidiar la situación de ciertas confesiones cristianas* que quieren ser educadas por el Espíritu Santo en persona. Aquí importa indicar claramente los puntos que son comunes a todas las confesiones cristianas, así como los que las dividen. Para las grandes religiones cristianas, la fe viene de un poder interior y de uno exterior al individuo. Exteriormente se presenta al hombre la palabra divina como objeto de creencia y una invitación a aceptar a Dios, pero interiormente es la acción del Espíritu Santo la que determina la adhesión final a la palabra.

¹ LARIVIERE, J. J., *Nos collégiens ont-ils encore la foi?* Montréal, Fides, 2.^a ed., 1966, capítulo primero.

Donde el catolicismo se separa de las otras religiones cristianas es en la forma que toma esta presentación exterior del mensaje. Para las confesiones protestantes, la revelación presentada por los apóstoles en la sagrada Escritura es la fuente única, y es el Espíritu Santo el que actúa directamente sobre el individuo para hacer actual esta palabra divina leída en la Biblia; ningún intermediario humano viene a interponerse entre el Espíritu y la inteligencia del que lee el mensaje bíblico. Para los católicos es también el Espíritu Santo quien va a impulsar al alma a adherirse al mensaje y a abrirse a la fe, pero la revelación contenida en la Escritura está ya actualizada concretamente para el individuo por la proposición bajo la cual la Iglesia la presenta. Así la Iglesia católica no se contenta con recomendar el contacto con la Escritura; hace más, la presenta, la explica, la comenta. Si interviene de esta manera para disponer a la acción del Espíritu Santo es porque considera su propia acción como conveniente a la naturaleza y al fin del mensaje que hay que transmitir: «Una revelación que se ha comunicado bajo forma de verdad encarnada no puede ser transmitida sino por una Iglesia visible. La economía de encarnación de la revelación perdura en el tiempo de la

Iglesia»². Por tanto no hay que ver en esta intervención de la Iglesia una intención de coartar una vez más la libertad individual, mucho menos la pretensión de inmiscuirse en la acción del Espíritu, el único que atrae de una manera próxima e inmediata al acto de fe.

2. *Las tareas de la Iglesia*

Pero para un número mucho mayor de jóvenes esta objeción expresa *una profunda decepción por las bajezas que descubre en la Iglesia de Cristo*. En lo que, por otra parte, tienen razón. Por desgracia estas manchas son demasiado reales. En el espíritu del papa Juan XXIII el concilio Vaticano II tenía como fin hacerlas desaparecer. «Con la gracia de Dios, pues, reuniremos el Concilio; y queremos prepararlo teniendo delante lo que más necesita ser reforzado y revigorizado en la unión de la familia católica, según el designio de nuestro Señor. Después, cuando hayamos realizado esta formidable tarea, eliminando lo que, en el plano humano, pudiera ser un obstáculo para una progresión más rápida, presentaremos a la Iglesia en todo su esplendor sin mancha ni arruga...»³

² DUNAS, N., *Connaissance de la foi*. Paris, Le Cerf, 1963, p. 127.

³ JUAN XXIII, Alocución a los dirigentes diocesanos de

Efectivamente la Iglesia, a lo largo de su historia, conoció papas indignos, obispos sedientos de honores y poder, religiosos cuidadosos sobre todo del bienestar temporal. Aun hoy a los cristianos les choca frecuentemente *la conducta de algunos sacerdotes*. Se les reprocha un régimen de vida que se compagina mal con su vida sacerdotal: largas horas perdidas en una pradera de golf, al borde de un lago o alrededor de una mesa de bridge. Se les acusa de no testimoniar exteriormente verdadero amor a la pobreza: viajes de vacaciones costosos, automóviles lujosos, casas parroquiales espaciosas. No gusta verles ocupados en toda clase de funciones que no tienen nada de sacerdotal: sacerdotes fotógrafos, cineastas, aun joyeros. No se admite el tono altivo, dogmático que emplean para transmitir la palabra de Dios o la enseñanza de la Iglesia y que no hace sino alejar de Cristo a los mismos que por misión tendrían que acercar a El.

Por lo demás, los reproches no se dirigen únicamente a los sacerdotes: se escandalizan también de *la conducta de demasiados católicos*. ¡Cuántos fieles que faltan a la caridad en sus relaciones con los demás, o a la justicia

la Acción Católica italiana, en «Documentation catholique», 6 de sept. 1959, col. 1099.

en el modo de llevar sus negocios, se ufanan sin embargo de su nombre de cristianos! Pero, ¿para qué recargar el cuadro? Lo repetimos, estas acusaciones con demasiada frecuencia son fundadas.

Hay que decirlo sin rodeos: es una desgracia que hombres de la Iglesia den mal ejemplo. Los que debieran ser la sal de la tierra, si dejan que la sal se vuelva insípida serán gravemente culpables, ante Dios, de la vida divina que llegará con menos abundancia al pueblo cristiano.

Pero dicho esto, el cristiano verdaderamente adulto no puede poner como pretexto esta situación para dudar de Dios mismo. Ciertamente es difícil no ver al hombre bajo su función, pero hay que hacer esfuerzos para llegar a ello. De lo contrario sería condicionar el valor de los sacramentos en la Iglesia a la santidad de los que los administran: ésta fue la posición de los donatistas, error condenado ya hace mucho tiempo. Hay que tratar de *ver en el sacerdote lo que realmente es*: un hombre como todos los otros, pero que ha sido elevado por elección libre y gratuita de Dios al ejercicio de poderes que trascienden su pobre naturaleza. Es, pues, una mezcla admirable de grandeza y de miseria. Es para los hombres, sus hermanos, un signo de lo sobrenatural sobre la tierra, que recuer-

da a todos las exigencias pero también las condescendencias de Dios. Es igualmente el que inquieta la conciencia de los hombres, el que los impide dormirse en una tranquilidad engañosa y en una pereza espiritual ruinosa para su vida presente y futura. Sólo por este título, ¿no habría que reconocer su papel eminentemente útil en el seno de la comunidad humana? ¡Y habría que hablar también del sacrificio desinteresado y de la abnegación apostólica de tantos verdaderos sacerdotes! No está permitido, pues, al sacerdote contentarse con llevar sus propias penas, tiene que llevar en todas partes los sufrimientos, las inquietudes, las angustias de todos los que le han sido confiados. En una palabra, es entre los hombres otro Cristo.

Por eso el cristiano verdaderamente adulto debe esforzarse por *juzgarle según las normas de la fe verdadera*: si el sacerdote está dotado de una hermosa personalidad humana, hay que rebasar esa envoltura y atribuir a su carácter sacerdotal la razón misma de su dignidad y la grandeza de sus poderes; si, por el contrario, lo que hiere a primera vista en él es lo terreno, lo mortal, hay que hacer de modo que esta conducta exterior, llena de limitaciones y debilidades, no falsee el juicio que formulamos sobre el ministro que hay en él.

3. Las arrugas de la Iglesia

Pero en esta objeción hecha a la Iglesia católica, hay que descubrir también el sentimiento de que *algo viejo, arrugado, gastado* se encuentra en ella. Se piensa que bajo su forma actual es buena sobre todo para los niños y las mujeres, para los que todavía tienen miedo a Dios. Se encuentra ridículo y completamente fuera de moda ese hábito con que se visten sacerdotes, religiosos y religiosas. Se afirma que el derecho que lo rige es de inspiración medieval. Se pretende que la forma de vida impuesta a los religiosos y sobre todo a las religiosas es ideal para mantener el infantilismo y preparar un terreno estupendo a las neurosis. Se dice que choca la fastuosidad que todavía se encuentra en la corte de Roma y en ciertas residencias episcopales. Se subraya la dificultad que experimenta la Iglesia para librarse de una concepción arcaica de la libertad de conciencia. Choca esa centralización a ultranza en la administración de la Iglesia y su lentitud exasperante.

Todas estas acusaciones, reconozcámoslo honradamente, frecuentemente tienen una amplia base de verdad. ¿Hay que escandalizarse de que choquen a los cristianos y sobre todo a los jóvenes? Pensamos, por el contrario, que frecuentemente hay ahí *un indi-*

cio de su salud religiosa y del interés que tienen por la Iglesia de Cristo. Todo lo que es viejo, pasado de moda, arcaico, no puede obtener su audiencia. Quieren pertenecer a una Iglesia que, a pesar de su edad venerable, seguiría siendo siempre joven, siempre capaz de adaptación a todas las épocas, a todas las mentalidades, a todas las latitudes. ¿Hay que temer esas exigencias? Fueron también las de ese anciano extraordinario: Juan XXIII. También él soñaba con una Iglesia rejuvenecida, sin arrugas, y ésa fue la esperanza que puso en el Concilio que convocó. Hay que felicitarse de que haya empezado esa «actualización» que creía necesaria en la Iglesia. Todos los que siguieron aun a distancia las sesiones conciliares se sorprendieron y al mismo tiempo se alegraron de las intervenciones valientes de muchos Padres, para reconocer humildemente culpas e invitar a la Iglesia a salir de ciertas sendas trilladas desde hace siglos, pero que ya no conducen a Cristo ni a sus hermanos. ¡Cómo, en particular, no ver las más hermosas promesas de esperanza en una Iglesia que reconoce sus errores en el plano de la unidad y que, en un nuevo clima de diálogo y de caridad, se pone resueltamente a trabajar para rehacer la túnica inconsútil de su divino fundador!

Lo decimos sin rodeos: *lo que nos inquie-*

ta en los jóvenes católicos no son sus exigencias respecto de la religión, ni su intransigencia para juzgar severamente a sus ministros, ni su impaciencia por ver realizadas reformas hace tiempo esperadas. Todo esto, lo repetimos, testimonia la esperanza que ponen en la Iglesia del Señor. Pero, ¿cómo no inquietarse, por el contrario, por esa masa de simples «practicantes» del domingo, que se hunden cada vez más en una tranquila indiferencia, que ya no se inquietan por las cosas religiosas, que ya ni siquiera se escandalizan de la conducta más pagana de sus hermanos en religión?

Recordemos simplemente a todos los jóvenes que hacen una objeción de las debilidades de su Iglesia, que *ésta es santa aunque sus miembros o sus ministros no lo sean*. Efectivamente cuando se habla de la santidad de la Iglesia hay que distinguir muy bien por una parte la santidad vivida de hecho en el amor por todos sus miembros y, por otra, el poder de santificar ejercido por los ministros y que puede serlo aunque sus ministros sean indignos. Recordémosles igualmente que la Iglesia en la tierra no es todavía la reunión de los santos sino la de los pobres pecadores en marcha hacia la santidad: «No vine a llamar a justos, sino a pecadores» (Mt 9,13). Cristo dio a su Iglesia el poder de quitar los pecados;

pero queda siempre la inclinación al mismo, consecuencia del pecado original. Aquí abajo hay que aceptar obrar en un contexto del pecado, aun detestándole, y soslayar al pecador, pero amándolo. Sólo al final se restablecerá la situación de justicia: «Así será al fin del mundo: los ángeles se presentarán y separarán a los malos de los justos» (Mt 13,39).

Puntos de reflexión

1. A veces ocurre que se encuentra la doctrina cristiana muy complicada: exige el asentimiento a dogmas, el respeto de preceptos morales, la participación en manifestaciones de culto. ¿Se puede concebir *una religión que pusiera en comunicación directamente con Dios*, sin pasar por los intermediarios humanos?... ¿Sería más o menos ventajosa para nosotros esta situación?... ¿Por qué?...

2. Algunos católicos tienen una conducta muy poco conforme con la fe cristiana que profesan. Por otra parte, algunos ateos manifiestan una probidad de vida, una rectitud natural, un sacrificio que causan admiración. De esta doble comprobación, ¿se puede concluir que no son las creencias las que importan sino el valor de las acciones?... ¿Te parece justa esta afirmación: *la religión cristiana no es superior*

a las otras religiones pues a veces estas últimas forman fieles que viven mucho mejor que los católicos?... ¿Cómo justificar la respuesta?

3. Nuestros hermanos separados no están obligados a confesar sus pecados a un ministro. Los católicos, por el contrario, deben *acusar sus debilidades en el confesionario*. ¿Ves tú ventajas en una y otra práctica?... ¿Cuáles?... ¿Ves también inconvenientes?... ¿Cuáles?... ¿Cómo puedes justificar la práctica de los católicos a propósito del sacramento de la penitencia?

4. Estudiando la historia de la Iglesia se ve que *algunos de sus jefes, papas u obispos se portaron mal*. Cuando conoces estos hechos ¿cuál es tu reacción natural?... Esta conducta reprensible ¿puede excusar o legitimar nuestras propias debilidades?... ¿Qué piensas de la actitud del que afirma: «Si algunos hombres de Iglesia se permitieron tales desviaciones, a fortiori puedo yo permitírmelas»

5. Quizá tú has tropezado ya con *algún sacerdote que parecía más entregado a empresas temporales que a las necesidades del ministerio de las almas*. ¿Cómo juzgaste tú a ese hombre?... ¿Disminuyó tu confianza en él?... ¿Qué idea tienes del sacerdote santo?... En tu opinión ¿debe ser ante todo un hombre entregado al servicio de sus hermanos o un orante consagrado al culto de Dios?... ¿Piensas que un

sacerdote puede conciliar estos dos aspectos en su persona?... ¿Cómo?

6. La Iglesia católica fue fundada por Cristo hace 20 siglos. ¡Es una edad venerable! ¿Crees que *en algunos puntos ha envejecido hasta no ser ya reconocible?*... ¿En qué puntos especialmente?... ¿Conoces otros campos en los que ha permanecido fiel a sí misma?... ¿En cuáles?... Si encuentras que ha envejecido, ¿qué propones para ayudar a su rejuvenecimiento?

¡La fe es buena para los niños y las mujeres!

El 7% de los jóvenes que respondieron a esta encuesta se habían hecho ya esta objeción.

Cuestión 42. *La fe es buena para los niños y las mujeres.* Parece que son pocos los jóvenes que se ponen esta objeción: en conjunto el 7% de todos los que tomaron parte en la encuesta: el 5% de las muchachas y el 8% de los muchachos. El análisis de las respuestas según las edades indica que en los muchachos hay una progresión lenta pero continua de esta objeción: el 7% en humanidades y el 14% en segundo de filosofía. Entre las muchachas, por el contrario, hay un máximo del 10% en primero de filosofía.

Entre los que se ponen a sí mismos esta objeción, muchos consideran el pertenecer

a la fe cristiana como un medio de compensar cierta debilidad, o también como un remedio contra el miedo a Dios.

La fe es buena para los débiles, lo mismo para las mujeres que para los hombres (Colegiala de humanidades).

Sí, porque las ropas negras presentan la fe o la religión como algo sentimental (Colegial de segundo de filosofía).

No; quizá no especialmente para los niños y las mujeres, sino para todos los seres débiles que deben agarrarse a otro para vivir (Colegiala de retórica).

Como se ve por estas reflexiones, esta objeción que se ponen los jóvenes viene de *una falsa idea de lo que es la verdadera fe*. Se piensa que creer es entregarse al sentimiento o abdicar de las exigencias superiores de la razón o también camuflar su debilidad ante la vida, su temor a Dios. Efectivamente, se piensa que creer supone la aceptación de una persona, por consiguiente cierta afinidad para con ella, como es el caso en el amor. Y si la fe se reduce al amor, según la expresión de san Agustín «es el amor quien hace creer», es cuestión de sentimiento y encierra algo de ciego, pasional, avasallador, como ocurre en todo amor. A no ser que, se añade, la fe sea la su-

blimación de las potencias afectivas del niño. Este, como enseña la psicología, tiene una necesidad casi biológica de amar y ser amado, de ser asegurado cuando tiene miedo, de ser consolado cuando llora, de ser aliviado cuando sufre. Por otra parte, el vocabulario empleado por los místicos ¿no viene a corroborar esta tendencia a ver en la fe la necesidad de satisfacer las tendencias amorosas del niño?

Y sin embargo reducir la fe a un vago sentimiento religioso, a una disposición natural parecida al gusto estético o también ver en ella una regresión a una situación infantil, es hacerse una idea muy falsa de su verdadera naturaleza.

1. *Fe y facultades superiores*

La fe supone ante todo *la actividad de la inteligencia*. Es necesaria para conducir la investigación sobre la credibilidad del que apela a nuestra confianza. Es necesaria también para captar el sentido del mensaje transmitido, para conocer su valor, su coherencia. Seguramente habrá siempre cierta tensión entre la fe y la razón. Esta tensión nace del hecho de que la razón no puede llegar a la evidencia de su objeto; y ahí está una dificultad que no hay

que minimizar. En cambio, es una certeza absoluta que deja a la facultad en descanso, la seguridad y la paz de que tiene necesidad. Nadie se sorprenda, pues, de estas «dificultades» que la fe presenta a la inteligencia. Y sobre todo, cuídese de no identificarlas con la duda, como con demasiada frecuencia tienen tendencia a hacerlo los jóvenes: «Mil dificultades no forman una duda», según la frase célebre de Newman.

La fe exige también *la actividad de la voluntad*. Es necesaria, ya se entiende, para asegurar ante todo la aplicación de la inteligencia al estudio de su objeto. Pero lo es también para acoger libremente al Autor del mensaje así como para aceptar su contenido. Lo es también para asegurar a la vida moral esa rectitud que es una preparación para el acto de fe. Finalmente, como la fe verdadera debe llevar consigo consecuencias prácticas en la vida del individuo, la voluntad permitirá la entrega personal y total del creyente al seguimiento de Aquel en quien pone su confianza.

2. Fe y gracia

Pero cuando el hombre de buena voluntad ha prestado así su total colaboración, para adherirse a la fe le falta *ser impulsado*

y sostenido por la gracia. Y esta gracia se concede a los que la desean sincera y humildemente: «Pedid y se os dará, buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe y el que busca halla y al que llama se le abre» (Mt 7,7-8). Con una imagen de una amistad muy grande Dios manifiesta su deseo inequívoco de admitir a su intimidad al que quiere realmente entrar en contacto con El: «He aquí que estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y me abre, entraré en su casa; cenaré con él y él conmigo» (Ap 3,20).

Si, pues, la fe exige la actividad de las facultades más nobles del hombre; si además, moviliza la colaboración inequívoca de Dios mismo: ¿se puede pensar todavía que en el fondo no es más que la expresión de una tendencia sentimental propia de las mujeres o la manifestación de una conducta parecida a la de los niños pequeños? La fe, hay que reconocerlo, supone una actividad digna del ser humano más inteligente, más voluntario, en una palabra, más adulto.

Pero por la importancia fundamental del asunto, queremos volver brevemente sobre las relaciones entre la fe religiosa y la inteligencia, para mostrar que creer no es renunciar a saber, ni volver a un estadio infantil del desarrollo del hombre. Todo lo contrario; la fe

religiosa no puede sino ensanchar el horizonte de los conocimientos humanos: al mismo tiempo, encamina al hombre hacia un saber que, sin ella, permanecería siempre inaccesible para él. Citaremos de paso las reflexiones de algunos sabios contemporáneos entre los más ilustres; nos ayudarán a comprender mejor cómo en el mismo hombre el pensamiento científico más elevado puede compaginarse muy bien con el humilde conocimiento de fe.

3. Razón y fe

La inteligencia es un don de Dios que permite al hombre entrar en relación con su Creador, con sus hermanos y con toda la creación. Gracias a ella el hombre es capaz no sólo de descubrir la naturaleza, sino también de mejorarla y terminar la creación. Dios es el autor de las leyes de la naturaleza; pero ha querido que el hombre tenga el placer de descubrirlas con un esfuerzo personal. El papel de la ciencia es conducir poco a poco hacia este descubrimiento. No hace leyes que ya existían, sino las estudia y las utiliza. Así, por ejemplo, la energía atómica siempre existió; pero sólo en el siglo veinte, como resultado de largos trabajos de investigaciones, los

sabios descubrieron las leyes de su funcionamiento y los medios de su utilización.

Así no puede haber oposición entre la ciencia y la fe. La ciencia permite descubrir las leyes que Dios ha fijado en la naturaleza y la fe permite conocer las verdades que Dios ha revelado a los hombres. En ambos procesos se termina en Dios y no se puede concebir en El contradicción. El ilustre sabio Pedro Teilhard de Chardin mostró que la ciencia y la fe no pueden sino estar de acuerdo. «Poco a poco... se irá haciendo naturalmente el acuerdo entre la ciencia y el dogma en la tierra ardiente de los orígenes humanos. Mientras tanto evitemos rechazar el menor rayo de luz de cualquier lado que venga»¹.

En otra obra se expresa en términos muy parecidos: «Religión y ciencia son los dos aspectos conjugados de un mismo acto completo de conocimiento, el único que puede abarcar, para contemplarlos, medirlos y acabarlos, el pasado y el futuro de la evolución»².

Si a veces ocurre que *la fe y la ciencia parecen oponerse*, es que una u otra se salen de su campo propio: o bien es el sabio que reba-

¹ TEILHARD DE CHARDIN, P., *Les hommes fossiles*, à propos d'un livre récent, en «Etudes», marzo 1921.

² TEILHARD DE CHARDIN, P., *Les hommes fossiles*, à propos d'un livre du Seuil.

sa el orden de las causas materiales de su saber o es el creyente que toma por verdad revelada lo que en realidad no es más que una simple hipótesis teológica. El gran sabio alemán Max Planck, el fundador de la teoría de los quanta que hoy sirve de base a toda la física moderna, quiso mostrar que no puede haber oposición entre la ciencia y la fe. «En ninguna parte, por lejos que lleguen nuestras miradas y cualquiera que sea su objeto, encontramos contradicción entre la religión y las ciencias naturales. Más bien comprobamos una armonía absoluta en los puntos esenciales. Religión y ciencia no se excluyen de ninguna manera como creen y temen muchos de nuestros contemporáneos; al contrario, están de acuerdo y se completan mutuamente»³.

Además, hay que subrayar que *la fe no constituye de ninguna manera para el hombre de ciencia una barrera* que viene a limitar las posibilidades de su inteligencia. Al contrario, no hace más que ensanchar aún más su campo de percepción y retrotraer sus límites. Pensar que la fe obliga al hombre a resignarse, en el plano intelectual, a una especie de infantilismo, es no comprender las relaciones que existen entre fe y razón. Luis Leprince-

³ PLANCK, M., *Wege zur physikalischen Erkenntnis*. Leipzig, S. Hinzl, 1944.

ce-Ringuet, director del laboratorio de los rayos cósmicos en la Escuela politécnica de París, se expresaba así sobre la conciliación de estos dos campos: «Para nosotros la visión cristiana del mundo, tan armoniosa y universal, es muy compatible razonablemente con el progreso científico: enmarca maravillosamente bien la contemplación del mundo, y el sabio cristiano puede desarrollarse excelentemente a la vez como sabio y como cristiano... No se nos puede tachar de infantilismo; ante nuestros hermanos sabios que no creen estamos orgullosos de esta elección; en adelante no por eso seremos menos buenos científicos»⁴.

El verdadero hombre de ciencia sabe reconocer sus limitaciones. Cada nuevo descubrimiento, en definitiva, no hace más que retrotraer aún más el campo de sus investigaciones. En estos últimos años, las ciencias espaciales han dado saltos formidables y, sin embargo, en la medida misma de estos progresos, se toma conciencia de nuevos misterios.

⁴ LEPRINCE-RINGUET, L., *L'Eglise et les civilisations*. Semaine des Intellectuels catholiques. Paris, Editions Horay, 1955.

4. Ciencia y misterio

Efectivamente hay que reconocerlo humildemente: *el misterio existe por todas partes*. La ciencia sola no puede hacerle desaparecer. No está equipada para este fin, porque estudia el mundo material para conocer sus causas materiales, pero no puede llegar a la última razón de las cosas.

En todos los órdenes de la creación bordeamos el misterio. Se le encuentra primeramente *en el mundo material*. Las experiencias submarinas del comandante Cousteau han permitido tomar contacto con ese mundo del silencio que constituyen los océanos, pero ¡cuántos enigmas quedan por penetrar! Los vuelos espaciales de los últimos años nos han permitido conocer muchas cosas especialmente sobre la luna; pero ¿cómo se puede entrever la existencia de todas esas leyes misteriosas que presiden la formación de las innumerables galaxias del cosmos?

En el mundo animal, igualmente misterios. El sabio puede estudiar las apariencias de las reacciones, pero ¿cómo puede saber lo que realmente pasa dentro del animal? En tal circunstancia dada se puede comprobar que el perro reacciona de tal manera, pero ¿cómo el que está fuera de él, puede conocer el estado real del psiquismo animal?

¿*El mundo de los hombres* es menos misterioso? ¡También ahí cuántas incógnitas! Aun después de años de intercambios confidenciales, el amigo sigue siendo un misterio para su amigo. Aun después de cincuenta años de vida común en el matrimonio, todavía la esposa se explica difícilmente ciertas reacciones de su esposo. A pesar de su intuición maternal y de su observación de todos los momentos, la madre no llega a descifrar ciertas conductas de su hijo.

Por otra parte, ¿*no sigue siendo el hombre un misterio para sí mismo?* A pesar del esfuerzo que pone en el estudio de su conducta, no puede explicarse tantos deseos contradictorios como hay en él. ¡Cuántas veces es incapaz de pronunciarse sobre el grado de responsabilidad de sus actos! Permanece desorientado ante esa falta de estabilidad que descubre en sí mismo: conoce sucesivamente períodos de alegría y de pena, de euforia y de depresión, de deseos magnánimos y de ambiciones egoístas. Con mucha frecuencia puede hacer suyo el desencanto de san Pablo: «No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso es lo que hago» (Rom 7,19).

Si, pues, el hombre encuentra en todas partes a su alrededor el misterio, ¿*debe sorprenderse de encontrarlo en Dios?* No sé de

Dios sino lo que El ha querido revelarme de su misterio. Si el hombre de ciencia sabe reconocer el misterio en la naturaleza y en el hombre, ¿por qué sería incapaz de admitirlo en Dios? Aceptar, pues, este misterio en Dios no es una locura ni infantilismo. Al contrario, la verdadera ciencia objetiva y sin prejuicios conduce a Dios. El gran geólogo Pedro Termier así lo creía firmemente: «Las ciencias, en su conjunto, disponen al espíritu a reconocer que Dios existe, que el alma existe, que la ley moral existe, que hemos sido creados para un destino sobrehumano» ⁵.

A la inversa es igualmente verdad decir que, reconociendo la existencia del misterio en Dios, *la inteligencia del sabio adquiere una humildad que la hace más apta para escrutar en profundidad los misterios de la naturaleza*. En su alocución del 12 de febrero de 1931, ante el micrófono de la estación radiofónica que acababa de instalar en el Vaticano, el profesor Guillermo Marconi, el padre de las radiocomunicaciones, se expresaba así: «Todo hombre de ciencia sabe que hay misterios insolubles. Sólo la creencia en un Ser superior, creencia que requiere obediencia, nos da

⁵ TERMIER, P., *La joie de connaître*. Paris, Desclée de Brouwer.

ánimo para abordar valientemente el estudio de los secretos de la vida» ⁶.

En la hora actual, la instrucción progresa rápidamente entre nosotros: la ascensión rápida de la población universitaria es su mejor prueba. Los jóvenes se sienten vivamente atraídos por los estudios superiores, en particular, en el campo científico. Que se entreguen a esta noble profesión con entusiasmo. Pero que al mismo tiempo tengan *cuidado de profundizar en su fe religiosa*. Que sepan bien que su ciencia, por grande que sea, jamás podrá contradecir a su fe o hacerla inútil. Sin ella, quedaría inaccesible para ellos todo un mundo de conocimientos, el divino. Pero gracias a ella encontrarán nuevos estímulos para la investigación y nuevos motivos para creer en la vida. Permítaseme, para terminar, transcribir este extracto de un discurso que Pío XII pronunció el 24 de marzo de 1957, ante un grupo de 50.000 muchachos y muchachas de bachillerato de Roma.

«Hundid vuestra mirada en las profundidades secretas de las nebulosas y de los montones de estrellas, esparcidas por el inmenso universo; deteneos a contemplar las maravillas de nuestro planeta, palacio del hombre;

⁶ COURTOIS, R., *Des savants nous parlent de Dieu*. Bruxelles, Editions Foyer Notre-Dame, 1961, p. 35.

penetrar hasta en las estructuras más íntimas del átomo y de su núcleo.

»Para leer este libro asombroso, tomad como intérprete la ciencia, apasionándoos por sus problemas, por sus soluciones, por sus hipótesis, por sus mismos misterios.

»Mientras que los pequeños presuntuosos permanecen satisfechos con algunas pobres nociones aprendidas, advertid vosotros que irá siempre aumentando la desproporción entre lo que sabéis y lo que deseáis conocer.

»Si vuestros maestros saben guiaros en esa lectura, en ese estudio, quedaréis asombrados de la facilidad con que, en cada criatura, se descubre al Creador, que es glorificado por este conocimiento y que, en cambio, llena de dicha vuestro corazón»⁷.

Puntos de reflexión

1. Hacer un acto de fe es aceptar una verdad porque nos la propone alguien a quien se ama y que sabemos no quiere engañarnos. Cuando se trata de la fe religiosa, esta persona es Dios mismo. ¿Se puede decir, pues, que *la fe cristiana es un homenaje al sentimiento más que a la razón?*... ¿Piensas que este modo de co-

nocimiento encierra peligros para la inteligencia?... Si así es, ¿cuáles son?

2. Puede ocurrir que alguien haya hecho largos estudios sobre la doctrina cristiana, que desee vivamente abrazarla y que, sin embargo, afirme: «*No puedo decidirme a creer*». ¿Cómo puedes explicar esta situación?... ¿Pueden bastar para dar la fe el conocimiento de la doctrina y el deseo de abrazarla?... ¿Qué hacer para ayudar a los que se encuentran en este estado?...

3. La fe cristiana enseña que la sagrada Escritura está inspirada por el Espíritu Santo. Sin embargo es evidente que muchos pasajes de la Biblia no están conformes con los datos de la ciencia contemporánea. En estos casos ¿se debe admitir que *hay a veces oposición entre la ciencia y la razón?*... ¿Por qué?... ¿Cómo interpretar entonces esta situación?... ¿Qué hacer cuando ambas fuentes de conocimiento no coinciden?

4. Algunos sabios no creyentes dicen que *los hombres de ciencia cristianos están en un estado de inferioridad* por su obligación de aceptar las verdades de fe. Por otra parte, sabios creyentes pretenden que su fe cristiana no los obliga de ninguna manera a limitar sus investigaciones científicas ni a ser peores investigadores. ¿Qué te parece de estas dos afirmaciones?... ¿Puedes legitimar la primera?... ¿Y la segunda?... ¿Cuál de las dos te parece más

⁷ COURTOIS, R., op. cit., p. 72.

exacta?... Comprueba tu afirmación con algunos buenos argumentos.

5. El creyente admite que en Dios hay un misterio que supera las capacidades de su entendimiento. Por su parte, *el ateo piensa que reconocer verdades que son un misterio para la inteligencia es disminuir el valor de ésta y alentar el infantilismo*. ¿Eres de parecer que el infantilismo intelectual es más frecuente entre los creyentes que entre los no-creyentes o al revés?... Da una justificación de tu respuesta... ¿Cómo puede manifestarse el infantilismo en el creyente?... ¿Puedes proponer algunos medios para impedir este infantilismo?

6. Nuestra civilización actual está marcada muy fuertemente por el desarrollo extraordinario de las ciencias experimentales. Una parte importante de la juventud de nuestras escuelas secundarias y de nuestros colegios clásicos se siente vivamente atraída por el estudio de las ciencias. Al mismo tiempo que adquieren una cultura científica más avanzada, los jóvenes deben desarrollar también su cultura religiosa. ¿Eres de parecer que en tu ambiente los jóvenes *han desarrollado igualmente estas dos culturas*?... ¿Qué es lo que te permite afirmarlo?... ¿Por qué hay que asegurar un desarrollo armonioso de nuestra cultura científica y de nuestra cultura religiosa?... ¿Cómo pueden los jóvenes profundizar su cultura religiosa?

7. Se dice que *la fe es un don de Dios*. Ahora bien un don no depende de uno mismo. Si Dios lo da ¡tanto mejor! Si lo niega ¡tanto peor! Por lo mismo no hay que hacer sino esperar. ¿Estás de acuerdo con este razonamiento?... ¿Por qué?

La religión es un asunto de dinero

*El 7% de las muchachas
y el 8% de los muchachos ha-
cen esta objeción.*

Cuestión 43. *La religión es un asunto de dinero, de explotación de la credulidad de la gente por los sacerdotes.* El 8% de los participantes en la encuesta afirman haberse puesto ellos mismos esta objeción y el 7% se muestran indecisos en su respuesta. Esto quiere decir, pues, que la gran mayoría de los colegiales y de las colegialas no parecen influenciados por esta objeción. Sin embargo, no hay que negar su importancia. Por otra parte los comentarios hechos por muchos jóvenes indican que ejerce una influencia nefasta en sus ideas religiosas y por eso, sin duda, sobre su conducta. Muchos de estos comentarios a duras penas pueden disimular

cierto tinte de hostilidad y de agresividad que nos deja sospechar la gravedad del problema.

Desprendeos de los bienes de la tierra y llevadlos a la casa parroquial: así podría resumirse la doctrina de algunos curas y obispos (Colegial de retórica).

Varios, sin embargo, hacen distinciones que manifiestan una preocupación evidente de juzgar con mayor objetividad:

¡Que la religión es un asunto de dinero! De acuerdo si vamos a ciertos santuarios. Pero en la mayor parte de las iglesias no es así (Colegial de primero de filosofía).

De suyo la religión no es un asunto de dinero; de hecho frecuentemente lo es. Pero entonces ya no es religión (Colegial de segundo de filosofía).

En general, vista desde el exterior, la religión parece frecuentemente un asunto de dinero. Pero no se trata entonces de la religión que cada uno vive personalmente, de su religión interior (Colegiala de humanidades).

1. *Los reproches*

Tratemos de ver lo que se echa en cara sobre todo a la Iglesia bajo este aspecto. Se

ve que el factor «dinero» frecuentemente está en primera fila y así hace de pantalla e impide ver a Cristo y escuchar su mensaje. Nos choca la apariencia de los lugares de peregrinación: se querría ver en ellos «lugares altos» de la manifestación comunitaria de la fe y con demasiada frecuencia se encuentran en ellos, en una proximidad molesta, aspectos muy mercantiles. De hecho nos irrita que tal boletín que se llama a sí mismo religioso, realice el esfuerzo de pedir dinero cinco veces distintas y esto en el espacio de cuatro páginas. Hace todavía poco tiempo no se dudaba en hacer hasta tres cuestaciones diferentes en el transcurso del mismo mes. Era la época en la que el sermón era mucho más importante que la homilía, se consagraba a él el doble tiempo y se le aprovechaba para excitar la generosidad de los feligreses en favor de las obras buenas de la parroquia. Causan mala impresión esas casas parroquiales enormes, de dos o tres pisos, donde se sienten aislados un párroco con un coadjutor; muchos, sin embargo, preocupados por la objetividad, reconocen que esas casas parroquiales fueron ideadas en una época en que las comunicaciones entre las parroquias obligaban frecuentemente al párroco a recibir para pasar la noche en su casa a sacerdotes vecinos llegados para ayudarle en su ministerio. Algunos se sienten es-

candalizados por esos coches de lujo utilizados por ciertos miembros del clero o de las congregaciones religiosas. Se comprende muy mal la legitimidad de esas tarifas diferentes en el uso de los sacramentos o de las ceremonias del culto: matrimonios, entierros, bautismos, misas cantadas: sin embargo, también ahí se advierte que esas diferencias están en vías de desaparecer. Se encuentran exorbitados los ingresos de algunos párrocos, aunque empleen parte importante de estos bienes para aliviar las miserias de sus feligreses. Chocan igualmente esas condecoraciones concedidas, por recomendación del obispo, a ciertos hombres cuyo mérito principal, bajo el punto de vista cristiano, es haber dado fuertes sumas de dinero a la Iglesia.

Sería inútil negar que en el pasado las cuestiones pecuniarias en la Iglesia contribuyeron a darle ese aspecto que rechazaban los cristianos y los no cristianos. Ciertamente sería injusto, sin embargo, no reconocer que esos abusos fueron más el resultado de un contexto social y el fruto de una época, que la aplicación de una política querida como tal. Reconozcamos humildemente los errores del pasado y contemplemos más bien el futuro, porque es el que podemos cambiar.

2. Los principios de una reforma

No hay duda de que al presente sopla sobre la Iglesia un viento de vuelta *a la pobreza y a la sencillez*. Desde el impulso dado por Juan XXIII, se siente la influencia de esta vuelta a los orígenes. La Iglesia en todos los grados de la jerarquía ha hecho su examen de conciencia y ha empezado valientemente su «actualización».

El mismo *Santo Padre* dio el impulso al movimiento: abandono de la tiara riquísima, utilización de una modesta cruz de madera, empleo de ornamentos pontificales más sencillos, abandono de ciertos procedimientos protocolarios que encajan mal con la denominación de «siervo de los siervos de Dios». *Los cardenales*, por su parte, simplificaron grandemente el contenido de su suntuoso guardarropa. *Obispos* de varias partes del mundo han multiplicado las pruebas ciertas de su gran deseo de volver a mayor sencillez y pobreza: parece que ahora a muchos les cuesta continuar utilizando capisayos, distintivos, un estilo de vida que todavía ayer no parecía constituir ningún problema. En cuanto a los sacerdotes, no han sido insensibles a esta llamada del Concilio. Cada vez más tratan de desarrollar una pastoral nueva en la que el di-

nero desempeñará un papel cada vez menos espectacular. Gran número de párrocos no tienen ahora como ingresos más que un salario fijo y muy modesto, hasta el punto de que frecuentemente son los mismos seglares los que recomiendan unos ingresos más elevados y más de acuerdo con la importancia de sus funciones. En muchos sitios se ha logrado uniformar las tarifas pagadas por los cristianos en los grandes acontecimientos religiosos de su vida.

Una iniciativa reciente muestra bien esta mentalidad nueva que anima al clero de Quebec, y el deseo sincero que siente de volver a una mayor pobreza y sencillez. El 9 de julio de 1965 el Servicio de Información de la Conferencia Católica Canadiense hacía pública una petición dirigida por algunos prelados domésticos de la archidiócesis de Quebec. He aquí algunos de los deseos manifestados por esos prelados a Su Eminencia el cardenal Mauricio Roy, su arzobispo: «Que el título de Monseñor en adelante quede reservado a Cristo y a los obispos y tal vez a los Vicarios Generales. Que los fajines rojos, los alzacuellos rojos, los cordoncillos rojos, los botones rojos de los prelados domésticos sean sustituidos por una simple insignia civil con las letras P.D., utilizable tanto sobre una sotana como sobre un traje

civil (clergyman). Que si hubiera de conservarse un traje especial de coro para los prelados domésticos, sea mucho más sencillo. Que para el futuro se busquen métodos menos espectaculares, menos onerosos y menos permanentes de subrayar la importancia de una función o los méritos de un sacerdote»¹.

En el futuro se confiará cada vez más a apóstoles seglares *el aspecto temporal de la vida de la comunidad parroquial*. Algunos obispos de Quebec han contratado a seglares como administradores contables de sus diócesis. En muchos sitios los seglares han empezado a ocuparse de la contabilidad de la parroquia, de la percepción del diezmo, del cuidado de los pobres, de la organización de los asuetos, etc. Por otra parte, éste es el espíritu que anima la nueva *Ley de las fábricas* de Quebec.

El 16 de julio de 1965 la Asamblea legislativa votaba por unanimidad la Ley 76 que constituye una completa refundición de la *Ley de las fábricas*. En el futuro la fábrica en cada parroquia no tendrá poder sino para administrar los bienes materiales necesarios para el culto, es decir, la iglesia, la casa parroquial y los objetos que sirven directamente para

¹ «Documentation catholique», n. 1453, 1 de agosto de 1965, col. 1440.

la vida religiosa de la parroquia. Todos los otros bienes deberán ser cedidos a distintas corporaciones. En el plano material se confiará la administración a un consejo formado por seis mayordomos y el párroco. Este ya no tendrá, como antiguamente, voz preponderante cuando haya igualdad entre los mayordomos. Además, en una asamblea de feligreses, éstos podrán pedir que el voto sea secreto, lo que favorece más el aspecto democrático en los debates.

Esta nueva *Ley de las fábricas*, que tendrá como efecto quitar a los párrocos muchas preocupaciones materiales para confiárselas a los seglares, concuerda con las ideas de los arzobispos y obispos de Quebec. El servicio del culto sólo podrá beneficiarse de esta división de tareas.

3. En la perspectiva del Concilio

En su alocución del 11 de noviembre de 1962, el papa Juan XXIII pronunció unas palabras que se han hecho célebres y que después se han repetido a porfía: «La Iglesia, que es la Iglesia de todos, quiere ser especialmente *la Iglesia de los pobres*». Los historiadores que estudien la evolución religiosa de nuestra época deberán reconocer que el con-

cilio Vaticano II ha sido en efecto el origen de un movimiento irresistible e irreversible hacia la vuelta a la pobreza en la Iglesia de Cristo. El Espíritu Santo se habrá servido de la ocasión del Concilio para hacer que sople ese viento nuevo que se había hecho tan necesario.

En 1964 el periódico francés *Informations Catholiques Internationales* dedicó sus jornadas de estudio al problema de la pobreza en la Iglesia. Monseñor Ancel, obispo auxiliar de Lyon y superior general del Prado dio en ellas una conferencia magistral sobre «La Iglesia de los pobres»². Su fin era este problema en la perspectiva actual del Concilio. No trató de resumir las intervenciones oficiales de los Padres sobre este asunto, sino más bien, gracias a lo que había oído en conversaciones privadas o en contactos personales, intentó describir el clima general que rodeaba a esta nueva toma de conciencia en la Iglesia actual. Queremos recordar las grandes líneas de esta intervención.

Efectivamente se puede hablar de una verdadera toma de conciencia nueva a propósito de la pobreza en la Iglesia de hoy. Muchos hechos dan testimonio de este despertar. Pri-

² *Informations Catholiques Internationales*, n. 218, 15 de junio 1964, pp. 15-26.

meramente se comprueba que *actualmente los pobres no son evangelizados*. Por una parte, la Iglesia está menos presente en los países en vías de desarrollo de Asia y Africa; por otra, aun en los países cristianos, la clase de los pobres ordinariamente es la más difícil de ser alcanzada en su evangelización por la Iglesia.

Otra comprobación: *los pobres ya no pueden soportar su situación de inferioridad*. En algunos países se utiliza la violencia para liberarse de una situación que se ha hecho realmente intolerable y se recurre a la revolución. En otros se rehúsa emplear los medios violentos, pero se movilizan todas las presiones posibles sobre las clases dirigentes o socialmente favorecidas, para lograr que desaparezca esa desigualdad enojosa en la utilización de las riquezas de la vida. Hasta ocurre que, en algunos países, los pobres se encuentran en un estado de inferioridad tal que parecen estar resignados a una especie de decadencia humana.

Además, el Concilio permitió tomar conciencia de otra realidad: en más de un país cristiano, *los pobres han llegado a mirar a la Iglesia como aliada de las clases dirigentes o provistas de bienes materiales*. Sea verdadero o falso este juicio popular, es un hecho que no se puede negar que ésta es *la idea profunda de muchos desheredados*.

Ante estas nuevas tomas de conciencia, ¿cómo reaccionó el Concilio? Si se excluyen las reacciones poco numerosas de los que se preocuparon de esta nueva mentalidad, porque vieron en ella una amenaza para sus bienes personales y privilegios a los que estaban muy apegados, se puede decir que la preocupación de la mayor parte fue manifestar grandísima buena voluntad para una verdadera puesta al día sobre este problema de la pobreza.

Así fue como empezaron a abrirse paso orientaciones nuevas, unas teóricas, otras prácticas. Primeramente se sintió *la necesidad de una renovación doctrinal en esta materia*. Se piensa que se deberá llevar por varios caminos complementarios; pero ante todo habrá que volver al Evangelio para descubrir con nuevos ojos al Cristo pobre de Palestina.

Además, si se quiere que este descubrimiento no sea simplemente teórico sino que termine en la vida, *habrá que esforzarse por adquirir un alma de pobre*. Lo que encierra numerosas consecuencias: primeramente aceptarse tal cual se es, con sus limitaciones, sus debilidades; después, desarrollar en sí mismo la dulzura, para aprender a tolerar y a no condenar; igualmente adquirir el verdadero sentido del pobre para ser capaz de ponerse a su servicio, para defenderle, prote-

gerle, ayudarle; finalmente, ser verdaderamente libre respecto de los bienes materiales, utilizarlos según las necesidades y las circunstancias, pero siempre para servir a sus hermanos y no en provecho personal.

Estas tomas de conciencia y estas orientaciones nuevas a propósito de la pobreza en la Iglesia deberán conducir a actividades muy concretas. Estas se traducirán en una acción que se ejercerá a la vez junto a los pobres y junto a los ricos.

Para la evangelización de los pobres hay que llegar a una política de presencia. ¿Cómo dialogar verdaderamente con los pobres cuando se está apegado a toda clase de bienes superfluos? Aunque uno no pueda en todos los casos hacerse pobre con los pobres hasta el punto de compartir su vida, al menos que el corazón esté presente en sus sufrimientos, viviendo un verdadero desasimiento afectivo respecto de las riquezas materiales.

Después hay que saber mantener a los pobres en un *clima de esperanza*. Hay que hacerles presentir lo que pueden realizar para el mejoramiento de su condición y la de sus hermanos, si saben trabajar en un clima de paz y de esperanza en un futuro mejor. La vuelta al Evangelio les hará ver igualmente el valor espiritual de su misma vida divina

en el seno de grandes dificultades y también la esperanza que deben fundar sólidamente en sí mismos, de una vida eterna de alegría y de felicidad.

Finalmente, se tratará de conducir a los pobres hacia el *universalismo en el amor*. Porque enfrentándonos sólo con la satisfacción de las necesidades inmediatas de la vida, los pobres quedarán amenazados de verse intoxicados, sin saberlo, por el materialismo. También les es muy fácil dejar que nazcan y crezcan en sí sentimientos de odio y de envidia. Nuestra acción junto a ellos debe ayudarlos a descubrir y a desarrollar sin cesar una mentalidad de amor a todos los hombres.

Para ser fieles al espíritu nuevo que sopla sobre la Iglesia en favor de la vuelta a una pobreza auténtica, *nuestra acción evangelizadora debe alcanzar también a los ricos*. Y esto exige como primera condición *que les manifestemos amor*. A pesar de sus bienes materiales a veces muy considerables, a pesar también de sus ventajas culturales o sociales, es preciso que sientan que también ellos son objeto de nuestra caridad; de lo contrario, ¿cómo podemos esperar que hagan algún esfuerzo para corregir la situación en favor de los pobres?

Nuestra acción junto a los ricos debe *invitarlos después a un despojo real* y conforme

con el que nos pide el Evangelio. No se puede pretender que primero se deshagan de sus bienes materiales, o renuncien a sus ventajas culturales o a sus poderes sociales, pero deben convencerse de que no hay salvación para ellos a no ser que sepan verdaderamente poner esos bienes, esa cultura y ese poder a disposición y al servicio de sus hermanos.

Una vez que el rico haya adquirido esta verdadera mentalidad de pobre estará dispuesto a *emplearse concretamente en la acción en favor de los pobres*. Podrá imponerse despojamientos efectivos de parte de sus bienes materiales, pondrá también sus ventajas culturales a disposición de los que quieren trabajar con él en la promoción de las clases desheredadas.

Pero, ¿cómo se entrevé la pobreza en el seno mismo de la Iglesia y en la perspectiva actual del Concilio? Digamos primeramente que *en el plano de los principios se extiende sobre un buen número de concepciones*. En primer lugar, la Iglesia quiere renunciar a toda forma de triunfalismo. Se comprueba más que nunca que su papel es el de servir y no el de dominar y esclavizar. Hemos mostrado más arriba cómo, aun entre nosotros, se aspira sinceramente a volver a mayor sencillez. Además, la Iglesia comprueba igualmente que debe romper, allí donde exista, toda unión con

los ricos y hacerse más independiente para su acción junto a los pobres lo mismo que junto a los poderosos. Finalmente la Iglesia quiere tener a los ojos de todos un rostro que haga pensar en el de Cristo mismo; como esposa de Cristo, quiere estar sin arrugas y sin mancha.

En este plano de los principios se puede decir que casi se ha realizado la unanimidad en la Iglesia. Sin embargo, *en el plano de las aplicaciones quedan numerosas dificultades y aun verdaderas divergencias*. Para vencerlas habrá que repensar las condiciones que podrán asegurar a la Iglesia de hoy un testimonio verdaderamente eficaz. Ya se ve claramente que éste deberá respetar las circunstancias del medio ambiente: en efecto, la Iglesia no puede dar testimonio de la misma manera en medios cristianos, en medios no cristianos o en medios descristianizados. Y aun dentro de cada una de estas categorías, numerosos factores piden conductas diferentes: la pobreza de la Iglesia no puede ser exactamente la misma en España y en Quebec, por ejemplo, ni en una comunidad cristiana de una ciudad lo mismo que en otra rural.

Sea lo que fuere de estas adaptaciones, toda reforma, para ser verdaderamente eficaz, ante todo debe *empezar por una conversión de mentalidad en los individuos y en las colectividades*. Ahora bien, este movimiento ha

empezado entre nosotros lo mismo que en el conjunto de la Iglesia y pensamos sinceramente que se irá extendiendo. Estemos orgullosos de ello: gracias a esta vuelta a una pobreza auténtica, la Iglesia volverá a ser lo que fue en sus orígenes, sobre todo la Iglesia de los pobres. Este clima nuevo ayudará a que se unan más entre sí sus hijos desunidos. Contribuirá también a hacer su lenguaje más inteligible a los no creyentes.

Puntos de reflexión

1. Se ha dicho que el concilio Vaticano II ha sido el punto de partida de una nueva toma de conciencia de *la pobreza en la Iglesia de Cristo*. ¿Por qué razones debe ser la Iglesia pobre?... ¿Puedes decir que actualmente esta pobreza de la Iglesia te parece suficientemente visible dentro de tu escuela o de tu colegio?... ¿Al nivel de tu parroquia?... ¿En el conjunto de tu nación?... ¿A escala mundial?... En cada caso di por qué la pobreza de la Iglesia ya no es sensible.

2. Aun en los pueblos que ya han recibido la luz del Evangelio, *son quizá los pobres a los que menos llega la Iglesia*. ¿Cómo puedes explicar esta situación?... ¿Qué soluciones propones para remediar este estado deplorable?... ¿Piensas que puedes hacer algo para cambiar

esta situación en tu escuela o en tu colegio?... ¿En tu parroquia?... ¿En el conjunto del mundo?... Concretamente ¿qué?

3. ¿Es posible tener muchos bienes materiales y, al mismo tiempo, tener «alma de pobre»?... ¿Por qué?... De hecho, ¿qué significa para ti la expresión: *ser pobre de espíritu*?... Pregúntate si tienes esta pobreza y, si eres capaz de ello, responde sinceramente a la pregunta... ¿Puedes enumerar algunos medios concretos que pueden permitir a los jóvenes adquirir este espíritu de pobreza?

4. *Ser pobre según el espíritu del Evangelio* es reconocerse pequeño, totalmente dependiente de Dios y esperar todo de El con confianza, sin descuidar sin embargo realizar lo que depende de nosotros. Si tienes ánimo para ello, haz con algunos compañeros o compañeras una revisión de tu vida sobre este punto... ¿Puedes referir algunos acontecimientos recientes de tu vida en los que no mostraste verdaderamente este espíritu de pobreza?... Trata de averiguar por qué razones no lo hiciste... Di lo que ahora te parece defectuoso en esta conducta... ¿Puedes encontrar en el Evangelio enseñanzas del Maestro que nos invitan a esta pobreza?... Pon de relieve algunos acontecimientos de su vida terrena en que brilla particularmente este espíritu de pobreza.

5. Ciertamente conoces al abate Pierre³,

³ ABBE PIERRE, *El escándalo del hambre y la Iglesia*,

el apóstol de los sin hogar. Tal vez has oído hablar también del abate Gauthier, el obrero de Nazaret. Llegando de diferentes países del mundo, *varios jóvenes de ambos sexos fueron a unirse con él en Palestina para ponerse al servicio de los más pobres entre los musulmanes*. ¿Qué te parece esta actitud: gusto por la aventura... excentricidad... búsqueda de lo espectacular... solidaridad humana... deseo de dar un testimonio de pobreza auténtica?... Di lo que apruebas o no apruebas en este gesto... Aun sin tener una vocación tan especial, ¿crees que tu vida de estudiante te permite sin embargo ciertas realizaciones en esta vuelta a una verdadera pobreza?... ¿Cuáles?

Ediciones Paulinas 1969. Ver también *Cristo en nuestro prójimo* del Card. Léger, Ediciones Paulinas 1968.

La religión no interesa más que a mi vida privada

Entre todos los jóvenes que respondieron a la encuesta el 18% afirman claramente que ya se habían puesto esta objeción y el 7% están inciertos.

Cuestión 44. *La religión no interesa más que a mi vida privada; no tiene nada que ver con mis negocios, estudios, etc.* Entre los jóvenes que respondieron a la encuesta el 18% confiesan que se habían puesto esta objeción; se reparten casi por igual entre los muchachos y las muchachas.

Los comentarios personales permiten comprobar que los jóvenes reaccionan muy diferentemente ante esta objeción. Unos reivindican la separación entre el terreno religioso y el terreno profano:

Siento esta objeción porque tengo conciencia de haber sido explotado (Colegial de segundo de filosofía).

Otros por el contrario encuentran que la influencia de la religión no es aún bastante universal:

Lo que repruebo es que la Iglesia no es bastante social y que así está demasiado al margen de toda la sociedad. ¿De quién es la falta? ¿De los fieles, de los curas, de los obispos? (Colegial de primero de filosofía).

Los hay también que se reprochan no estar bastante comprometidos:

Sé que debo conservar mi fe en todas partes, pero lo olvido y no pienso en ello sino en la hora de la oración (Colegial de humanidades).

La religión debe abarcar toda la vida (Colegial de humanidades).

Estas pocas citas nos muestran que los jóvenes se enfrentan con la difícil inserción de su fe religiosa en lo temporal. ¿Cómo debe hacerse? Para llegar a ello felizmente necesitan saber qué es la fe y cuáles son sus exigencias concretas.

1. *La fe en toda la vida*

La verdadera fe, lo saben, no consiste en recibir con sumisión unas cuantas verdades impuestas por el Magisterio. Es ante todo *reconocer y aceptar una persona* en la que se quiere confiar mediante ciertas garantías o razones de creer. Si ocurre que no todos los hombres inteligentes creen es precisamente porque hay muchas clases de verdades. Unas no piden más que la adhesión de la inteligencia, sin más. Es el caso, por ejemplo, de las leyes de la física; aceptar estas verdades no obliga por ese mismo hecho a cambiar el estilo personal de vida. Otras verdades, por el contrario, no sólo comprometen la inteligencia sino al mismo tiempo toda la vida del individuo. Así reconocer el papel necesario de la libertad en la evolución del hombre hacia su madurez, es no sólo aceptar esta verdad sino al mismo tiempo admitir la necesidad concreta en la vida de cada día de entrenarse o adiestrarse por esfuerzos repetidos sin cesar, en la liberación progresiva de todos los caprichos y de todas las esclavitudes. Aceptar realmente estas verdades es comprometerse a vivirlas. Este es el caso de la fe. Para creer en Cristo, para acoger su testimonio, hay que querer llevar una vida conforme con la suya, por lo

mismo hay que dejar impregnar toda la vida de su espíritu y de sus enseñanzas.

Creer, pues, es *entregarse totalmente a Dios con toda la vida*: vida espiritual sin duda, pero también vida de actividades exteriores, de estudio, de diversiones, de sufrimientos. En otros términos es realizar en sí las disposiciones de san Pablo en el momento de su conversión: «¿Qué debo hacer, Señor?» (Act 22,10) .

Semejante abandono permite a una mentalidad verdaderamente cristiana informar toda la vida. Y así se estudia en cristiano, se divierte en cristiano, se llevan los negocios temporales en cristiano, se prepara uno para su vocación en cristiano, se trata de aliviar las penas de la humanidad en cristiano, se ambiciona salvar al mundo en cristiano. No es que cada una de estas actividades resulte de especie diferente porque la realiza un cristiano. El estudiante no debe sentirse en su vocación sólo cuando hace sus estudios religiosos: el objeto del estudio importa poco, lo que cuenta es el espíritu que anima el estudio. Tampoco debe preguntarse cuáles son los deportes cristianos que debe practicar; puede practicarlos todos, pero como cristiano: para hacer de su cuerpo un instrumento dócil y ágil para las realizaciones de su vida intelectual

y espiritual. Igualmente en el campo de la beneficencia si el hombre está animado de un espíritu cristiano, no estará al servicio de los demás por simple necesidad de activismo o aun de filantropía, sino porque ve en los hombres hermanos de Cristo que piden su ayuda. Así también en el plano del trabajo apostólico, si ambiciona salvar a la humanidad, no es para entregarse a un espíritu de cruzada o a un proselitismo febril, sino simplemente porque anhela ver al mayor número de hombres compartir el beneficio de la fe de que él mismo disfruta.

El verdadero cristiano, pues, vive las mismas actividades que los demás, pero las vive diferentemente. Anima cada una de estas actividades de un espíritu particular, del espíritu cristiano. Vive en medio del mundo pero sin ser del mundo. Obra a la vez inmerso en el mundo y separado del mundo. «Por consiguiente, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios: deleitaos en lo de arriba no en las cosas de la tierra. Realmente moristeis y vuestra vida permanece oculta con Cristo en Dios» (Col 3,1-3).

Para el cristiano, pues, vivir como resucitado es hacer que Cristo pase a toda su vida, privada o pública. Por otra parte, parece que

es lo que comprendió la gran mayoría de los 3108 jóvenes que participaron en esta encuesta. Afirman que sería una traición y una mentira dejar que se introdujera el divorcio entre los principios religiosos reconocidos y vividos en la vida privada y la realización de todas las otras actividades. Así mentirían a Dios diciéndole que creen en Él cuando en realidad no le aceptan. Mentirían al mundo teniendo apariencias cristianas en ciertos sectores de su vida y una conducta pagana en otros. Sobre todo se engañarían a sí mismos favoreciendo en sí un desdoblamiento de su personalidad: en ciertos planos de la vida y en ciertas horas serían cristianos y vivirían como tales, y en otros momentos tratarían de llegar a la integración de su persona desdeñando al Señor.

2. *Madurez psicológica y madurez religiosa*

A decir verdad, esta objeción de los jóvenes plantea todo el *problema del carácter adulto de la religión*. Efectivamente el que ha llegado a la madurez aun en su conducta cristiana ya no hace esas distinciones entre actividades religiosas que cree necesarias en ciertas horas y actividades profanas que quiere sustraer a la influencia de sus creencias.

No es fácil precisar exactamente *en qué consiste la madurez humana*. Así lo demuestran todos los psicólogos que se han inclinado a estudiar este problema y no siempre han llegado a los mismos criterios para identificarla. Pero, sin entrar en todos los detalles, podemos proponer algunos de esos criterios que según opinión general manifiestan una verdadera madurez. Para expresarse en términos muy generales podemos decir que la madurez es el estado de desarrollo completo de un organismo. Supone el desarrollo armonioso del conjunto de los rasgos personales: el organismo, la inteligencia, la voluntad, la emotividad, el poder creador, la sensibilidad, el sentimiento religioso. Este último rasgo permite distinguir entre la madurez humana o psicológica y la madurez religiosa.

Si el hombre es naturalmente religioso, no es naturalmente creyente. Además puede considerar la fe como la obligación de tener por verdaderas cierto número de ideas religiosas. Pero también puede hacerla consistir en la aceptación de Dios como un amigo y por eso en la obligación correlativa de entregarse a Él sin reserva. Por otra parte esta fe recibida gratuitamente en el origen está llamada a crecer gradualmente, como el que se entrega a una obra o a una persona puede poner en su

don una intensidad siempre creciente. Todo esto muestra que es legítimo hablar de maduración de la fe.

La madurez psicológica es el fundamento normal de la madurez religiosa. La gracia se apoya en la naturaleza. Querer establecer y desarrollar intensamente la vida religiosa en un individuo que está todavía en el estadio infantil bajo el punto de vista psicológico, es entregarse a amargas decepciones. En este contexto hay fuertes probabilidades de que crisis posteriores en la vida de entrega del militante, religioso o sacerdote, lleguen a perturbar el desarrollo de todo el individuo. Efectivamente ¿no es normal que Dios que deja al organismo el tiempo necesario para desarrollarse según las diferentes edades de la vida, permita también que se requiera tiempo para el desarrollo total de una vida de fe? Cristo mismo no quiso escapar a esta ley: «Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres» (Lc 2,52). Se habrá observado que este crecimiento no es sólo el que advierten los hombres, sino también el que aprecia Dios.

¿Esto quiere decir que los niños, los adolescentes y los jóvenes son incapaces de una vida auténtica de fe? Ciertamente que no. Por otra parte, ahí estarían los ejemplos para ates-

tiguar lo contrario. Pero según las leyes habituales del desarrollo del hombre, hay un desarrollo normal para cada una de estas edades. Un niño puede haber llegado a una estatura completa para su edad y sin embargo esto no significa que ha terminado de crecer. Lo mismo sucede en el plano cristiano: un adolescente puede vivir ya una vida religiosa plenamente válida y desarrollada para las posibilidades de su edad, y sin embargo debe procurar llegar en su fe a una madurez que no le puede venir sino con los años. Es cierto que el Evangelio aconseja a los adultos hacerse niños pequeños: «En verdad os digo que si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el reino de los cielos» (Mt 18,3). Pero hay que comprender bien esta invitación. Seguramente no quiere significar que hay que permanecer siendo niños toda la vida. Al contrario, quiere animar a los que se han hecho adultos a volver a encontrar, respecto de su Padre celestial, la apertura de corazón de los niños. Es una llamada a una conversión total que hace que el hombre, aun hecho adulto ante la sociedad, por el esfuerzo del ascetismo debe volver a la práctica de todas esas virtudes que el niño ejercita como espontáneamente: la sencillez, la confianza, la humildad, la dulzura, etc.

Las relaciones entre la madurez psicológica y la madurez cristiana son sin embargo correlativas. Si es cierto que la fe adulta se funda en la madurez humana, lo es también que la madurez psicológica llama a la madurez cristiana. No que siempre sea así en la práctica de la vida: efectivamente con mucha frecuencia hombres equilibrados en su desarrollo psicológico no han llegado todavía en el plano de la fe a una experiencia religiosa auténtica, mientras que es cierto que una fe adulta no consiste en admitir por verdaderos, cierto número de principios, sino más bien en cambiar desde dentro toda la mentalidad religiosa. Por otra parte, cuando falta esta correlación entre la madurez humana y la madurez cristiana, ¿se puede decir verdaderamente que el individuo se ha hecho adulto en la totalidad de su persona?

A pesar de la dificultad que se experimenta en describir concretamente el fenómeno de la madurez, tratemos sin embargo de presentar *algunos criterios que puedan ayudar a identificar la edad adulta.* Para cada uno de ellos diremos primeramente en qué consiste en el plano de la madurez psicológica y, después, cómo se verifica bajo la relación de la madurez cristiana.

3. Algunos criterios de la madurez

PRIMER CRITERIO: *el adulto ha realizado la unidad y el equilibrio de su personalidad.*

Desde el punto de vista psicológico, el adulto es el que ha llegado a la unidad de sus potencias. Conoce sus capacidades, también sus limitaciones. No se ha contentado con desarrollar algunos de sus recursos con detrimento de los otros, sino que ha mirado a un conjunto armonioso. Es capaz de concentrarse a fin de organizar su acción. Bastante dueño de sí mismo por su voluntad, puede obrar libremente. Por otra parte, en él no hay hiato entre el pensamiento y la acción. El niño enuncia principios que ha oído pero aún no ha asimilado y, en la práctica de la vida, no tiene como falta obrar en sentido contrario. Con la madurez de la edad, el pensamiento debe influir en la acción. El adulto cree en principios, defiende ideas y se ve que influyen en su actividad. Porque hay convicciones fuertes su acción es más intensa. Después, por una especie de corriente inversa, su acción misma, porque compromete toda su personalidad, refuerza a la vez sus convicciones.

Lo mismo ocurre *en el plano de la madurez cristiana.* El estudio del catecismo frecuen-

temente deja la impresión de que la fe cristiana está constituida por un mosaico de creencias. En realidad se reduce a *un solo misterio, el de Cristo*. Los diferentes artículos de la fe no hacen más que señalar aspectos múltiples de este único misterio. En el centro de todo, el amor a Cristo. Este amor es lo que explica la encarnación en un mundo creado y por rescatar; es él igualmente lo que funda la existencia de la Iglesia continuadora de Cristo sobre la tierra; él lo que hace a todos los hombres hermanos y los invita a una eternidad de dicha.

Pero la fe del cristiano verdaderamente adulto no se reduce a la ortodoxia de las creencias. Le obliga también a una conducta proporcionada, a un *compromiso cristiano en vista de la edificación del reino de Dios en la tierra*. «Una fe semejante lleva consigo por sí misma una coherencia de conducta y una acción, de suerte que la moral y la vida militante no se añadan a ella desde el exterior. Cada aspecto de la revelación debe introducir en la vida consecuencias vitales: la paternidad de Dios funda el amor fraterno; la resurrección de Cristo funda el uso cristiano de la carne; la comunión de los Santos funda la vida en la Iglesia; el infierno funda lo serio de la libertad humana ante Dios, etc. La unidad global de la fe y de la personalidad introducida

por la conversión se ramifica, según el detalle del Credo, ninguno de cuyos artículos permanece abstracto para la existencia cristiana» ¹.

Porque la fe del adulto es una fe unificada, *el cristiano que ha alcanzado* verdaderamente la madurez religiosa es un convertido. Y que nadie piense que la conversión sólo concierne a los que quieren venir a la fe cristiana. Concierne también a los que, jóvenes aún, han recibido el bautismo que los ha introducido en esta fe. Esta conversión de todo ser religioso no consiste simplemente en cambiar cierto número de creencias o de modificar la sensibilidad religiosa, o aun de hacer pasar ciertos principios a la vida moral del individuo. No; hay que volver y cambiar todo el ser, en sus pensamientos, en sus juicios, en su ideal de vida, en su imitación de Cristo. Es preciso que se convierta en una morada efectiva del Señor: «que Cristo habite en vuestros corazones por la fe» (Ef 3,177).

Esta conversión que debe efectuarse en lo más profundo de la persona *tiene que alcanzar también a todas las personas*. Los niños y los adolescentes que, al principio de la existencia, recibieron el germen de la fe, deben tomar conciencia cada vez más íntima de este

¹ LIEGE, A., *Adultes dans le Christ*. Bruselas, «La pensée catholique», 1958, pp. 26-27.

tesoro y hacer un descubrimiento personal del Señor. *Los adultos creyentes* que no profesan más que una fe sociológica y que no practican más que de una manera rutinaria sus creencias, deben evolucionar hacia la madurez cristiana so pena de permanecer siempre enanos en el plano de la religión. También los ateos prácticos, los que han «perdido la fe», con humildad y confianza deben tratar de realizar esta conversión que los introducirá de nuevo en el mundo de la fe verdadera. De este modo todos llegarán «a la unidad de la fe y al conocimiento completo del Hijo de Dios y a constituir el estado del hombre perfecto a la medida de la edad de la plenitud de Cristo» (Ef 4,13).

SEGUNDO CRITERIO: *el adulto obra libremente, por convicciones.*

El niño no obra libremente sino instintivamente. Las facultades que fundan la libertad humana, la razón y la voluntad, aún no están suficientemente desarrolladas en él para que sea verdaderamente dueño de sus impulsos instintivos. No come porque su razón le dicta que es necesario comer, sino porque le gusta; no ama a sus padres porque ha descubierto la reciprocidad del verdadero amor, sino porque

siente confusamente que ésta es la manera de procurarse lo que necesita; no obra porque siente la necesidad del ejercicio para el desarrollo de su cuerpo, sino porque todos sus miembros sienten una necesidad imperiosa de agitarse.

También en *el adolescente* gran número de comportamientos se explican aún por tendencias puramente naturales o instintivas. En esa edad frecuentemente se obra bajo el impulso del momento, por arrebatos, o también bajo la influencia de las reacciones de los espectadores: al adolescente le gustan los éxitos brillantes y éstos son para él un motivo de obrar. Sin contar que frecuentemente la razón de su actividad es simplemente la propensión de su temperamento a todo lo que se llama acción.

Pero con *la edad de la madurez*, el hombre aprende a motivar su comportamiento de una manera más racional. Se sabe qué es bueno para él o para otros y lo quiere eficazmente. Esta es la edad de las convicciones profundas. No sólo aspira a ser generoso en su acción, sino además sabe por qué lo es. Cuanto más fuertes son sus motivaciones, más capaz es de una acción profunda y tenaz.

El desarrollo religioso no escapa a esta ley de la evolución. Al principio, *el niño* no hace

más que repetir por imitación los gestos religiosos de los que le rodean, primeramente los de sus padres, después los de su ambiente parroquial. Con *la adolescencia* se manifiesta un principio de interiorización de las creencias y de las prácticas religiosas. Pero en esta edad las convicciones solas no explican aún todo el comportamiento religioso. En gran parte, el adolescente es tributario en su religión de una necesidad de entregarse a una piedad más o menos sentimental o romántica.

Pero *con la edad de la madurez* sabe claramente el porqué de su vida religiosa. Cuando cree, cuando vive sus creencias, ya no es como antiguamente por imitación de su ambiente, ni por temor a fuerzas superiores, ni por superstición, ni porque cierta piedad responde en él a una necesidad imperiosa del corazón. Ahora vive su religión por convicciones profundas, porque su razón ha descubierto a un Dios personal y porque su voluntad aspira a unirse con El. Poco a poco Dios se ha instalado en su vida y ahora sus relaciones con este ser supremo son el resultado de sus creencias de adulto.

El adulto saca estas convicciones principalmente del Evangelio. Su actividad religiosa encuentra su inspiración ahí, en el ejemplo y en la enseñanza del Maestro. Ahí descu-

bre que sus relaciones con el Señor no son las del temor, ni las de la necesidad, sino las de la amistad. Ahí también aprende que la motivación de su conducta respecto a sus hermanos no debe ser el interés personal sino la preocupación por los otros miembros de la gran familia cristiana.

Cuanto más fuertes son estas motivaciones religiosas, más capaz se siente el cristiano de grandes realizaciones. La fuerza misma de sus convicciones ciertamente puede exponerle al peligro del fanatismo: muy convencido de la verdad que lleva, a veces siente la tentación de hacer, aun por la fuerza, que otros la compartan. Hay que reconocer que no siempre han escapado a este peligro cristianos profundamente convencidos de sus creencias religiosas. Felizmente el aire de libertad religiosa mejor comprendida que ha soplado sobre el concilio Vaticano II es una garantía alentadora para el futuro. En adelante el *leitmotiv* en este terreno será: «Que nadie sea constreñido, que nadie sea impedido».

TERCER CRITERIO: *la vida del adulto está marcada por el realismo y el sentido crítico.*

El reino *del niño* es el de la imaginación y de los sueños. Como no se conoce tal cual es, no tiene punto de referencia en sus apreciaciones. Toma por realidad lo que sólo existe en su pensamiento: su padre es un gigante, su madre es la más hermosa de las mujeres, su hermano mayor es un sabio... El mismo dramatiza su vida: se hace sucesivamente general del ejército, jefe indio o bombero.

La crisis intelectual que introduce *en la adolescencia* echa por tierra muchas de estas ilusiones. Pero esta edad no está libre de todo idealismo. Porque el adolescente no tiene todavía suficiente experiencia de la vida concreta, le falta aún cierto sentido de la realidad. Además, como no ha hecho más que empezar a hacer el inventario de sus potencias, aún no ha aprendido a aceptarse tal cual es, con su activo pero también con su pasivo.

Al contrario, cuando el hombre ha llegado *a la madurez*, se conoce como es verdaderamente. Con los años ha ido descubriendo en sí posibilidades maravillosas que trata de utilizar al máximo. Pero también ha tomado conciencia de los aspectos deficientes de su ser. No trata de disimular estas lagunas, sino de hacerlas desaparecer por un esfuerzo progre-

sivo e incesante. Ahora su sentido de lo real le permite apreciar los acontecimientos y a los hombres por lo que son. Su inteligencia, que ha llegado a su pleno desarrollo, le hace capaz de juzgar objetivamente una situación sin dejarse llevar por la pasión, la imaginación o los sueños.

En el plano religioso, una evolución lenta debe permitir también el franqueamiento de todas estas etapas. Al principio *el niño* no sabe distinguir entre el verdadero Dios y los dioses falsos. Efectivamente el Dios de los niños es el del temor: si desobedezco, Dios puede castigarme. Es también el Dios del orden: debo ser muy dócil porque Dios lo quiere. Es también el Dios de la imaginación: Dios se pasea por el cielo con un gran vestido blanco y adornado de una barba patriarcal. El Dios del niño es también el del instinto religioso: como el niño ve instintivamente en su padre un ser superior dotado de numerosas cualidades, Dios no es para él más que un superhombre que rebasa aun las proporciones gigantescas de su padre según su naturaleza. En su desarrollo religioso el niño tiene que superar todas esas falsas representaciones de Dios.

Llegado *a la adolescencia* ya ha abandonado muchas de estas representaciones infantiles. Pero su sentido de lo real no está toda-

vía tan afinado que esté verdaderamente libre de toda representación ilusoria de la divinidad. El Dios del adolescente está impregnado más o menos de romanticismo: una hermosa puesta de sol o un violento huracán le ayudan a entrar en contacto con lo divino. Su Dios se hace igualmente el vigilante implacable de su vida moral. El adolescente se siente llevado a buscar con más ardor los consuelos de Dios que al Dios de los consuelos, lo que explica frecuentemente sus vehementes impulsos de misticismo, de oración, de renunciamiento.

Por el contrario, cuando el adulto ha alcanzado realmente *la madurez de la fe*, Dios se ha convertido para él en un ser muy vivo, muy personal. Lo sabe, Dios mismo nos ha hablado y, por su Hijo, ha venido hasta nosotros. El amor de este Dios es tan real que le hace buscar con avidez la amistad y la intimidad del hombre: «Si alguno me ama, guardará mi doctrina y mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos morada en él» (Jn 14,23). Para el adulto en la fe, Dios es también el ser trascendente, cuya santidad no se puede desmentir y que pide en cambio la santidad del hombre. Dios es también el que continúa hoy su acción bienhechora en el seno de su Iglesia, para terminar, con la colaboración del hombre,

la realización de su gran designio sobre el mundo. El cristiano que ha llegado a la madurez de su fe, tiene un sentido crítico que le permite juzgar las cosas según su importancia relativa. No pone en pie de igualdad la oración litúrgica y las devociones privadas, el culto a Cristo y el culto a la Virgen, la inspiración del Espíritu Santo y las directrices del Papa, la confianza en Dios y el temor al infierno, la necesidad de creer en la amistad de Dios y la de evitar el pecado. Gracias a su realismo y a su sentido crítico, es capaz de condenar los abusos que cometen los miembros de la Iglesia sin perder, por eso, la confianza en la Iglesia misma.

CUARTO CRITERIO: *el adulto está siempre preocupado de progresar.*

Veamos primeramente la evolución normal en el plano humano. El niño conoce mal sus posibilidades. Desea ardientemente crecer para ser como las «personas mayores». También él aspira a realizar algo grande, pero en sus aspiraciones responde al atractivo de lo sensible, a su tendencia instintiva a la fantasía, a la imaginación, a lo irreal. Un día desea ser astronauta, al día siguiente hombre rana. Según los impulsos del momento y las

circunstancias que le rodean, puede ambicionar llegar a ser primer ministro de su nación o policía en la brigada de su barrio. Como no conoce sus limitaciones, aspira a objetivos que pueden no tener ninguna proporción con sus capacidades reales.

El adolescente, por el contrario, empieza a hacer el descubrimiento de sí mismo. Toma gradualmente conciencia de sus capacidades fisiológicas, de sus aptitudes intelectuales, de su poder de contacto con los semejantes, de la fuerza también de su voluntad que empieza a afianzarse. Pero en sus aspiraciones le queda un resto de irreal que le impide distinguir algunas de sus limitaciones: a veces aspira a cosas demasiado grandes para sus talentos. Pero es la edad del ideal vislumbra-do. Sus ambiciones son grandes, a no ser que su voluntad esté completamente anémica por las exigencias tiránicas de su cuerpo. Además desea realizar sus aspiraciones rápidamente: hay un alargamiento fisiológico del tiempo que le hace como sentir que la edad adulta tarda en llegar. Porque su voluntad es todavía débil, frecuentemente sueña con realizar grandes cosas, pero querría hacerlas sin grandes esfuerzos: le gusta hablar de compromisos, pero es lento para comprometerse.

El adulto, por el contrario, conoce bien

sus capacidades y también sus lagunas. La vida le ha enseñado que no basta ambicionar grandes cosas sino que sobre todo hay que quererlas fuertemente. Sabe que todo ser viviente que ha llegado a la madurez trata de realizar incesantemente nuevos progresos. La experiencia le ha enseñado cómo realizar estos progresos: debe aspirar a algo que correspon-da a sus aptitudes, saber distinguir entre lo principal y lo accesorio para poder aplicar sus esfuerzos en el punto debido, ser paciente y saber esperar porque el éxito no llega en un día. El adulto, pues, permanece abierto al progreso, no puede contentarse con lo adquirido. En el plano técnico, le preocupa mantenerse al corriente de los progresos fantásticos realizados al presente por la ciencia. En el plano intelectual ha abandonado los juicios absolutos que emitía en otro tiempo: ahora tiene el sentido de lo relativo, del matiz, en una palabra, tiene humildad y ésta es una fuente de progreso.

¿Qué decir de la evolución *en el plano religioso*? Hemos dicho que la religión *del niño* es de imitación. A sus ojos el progreso consiste en reproducir lo más fielmente posible los gestos culturales de los que le rodean. Su religión es también primitiva, en el sentido de que siente la necesidad de apoyarse en al-

guien fuerte para protegerse contra los poderes que le pueden amenazar.

Evolucionando hacia *la adolescencia* poco a poco ha ido dejando estas falsas actitudes religiosas. Sin embargo, su sentido de lo real no es aún completo. Frecuentemente el adolescente juzga su progreso espiritual partiendo de criterios que no lo son: orar con más satisfacción sensible, sentir menos tentaciones en la vida moral, ser invadidos a veces por un misticismo muy romántico. Su ideal de vida con frecuencia es muy noble pero no está al abrigo de ilusiones: quiere realizar grandes progresos espirituales, sin conocer siempre sus limitaciones; quiere llegar a ser un santo y quiere lograrlo rápidamente; aspira secretamente a una vida entregada completamente a los demás y no retrocede ante la idea del martirio, pero olvida aceptar generosamente las duras realidades del terrible cada día. Lejos de nosotros la idea de despreciar estas aspiraciones. Al contrario, pensamos que frecuentemente son el origen de vocaciones excepcionales y orgullo de la humanidad. Pero es necesario enseñar al adolescente que el verdadero heroísmo consiste ante todo en ser fiel en las cosas pequeñas. Las necesidades de su profesión de estudiante frecuentemente dan un aspecto frío a su vida diaria; sin embargo, hay que tratar de vivir

lo mejor posible esas actividades ordinarias de todos los días: ése es su verdadero progreso espiritual.

Cuando *el adulto* llega a la madurez de la fe cristiana, todavía ve las cosas agrandadas, pero su sentido de lo real le permite distinguir mejor lo que es capaz de realizar con la gracia de Dios. Muchas de sus ambiciones de juventud se han ido desvaneciendo al contacto con las duras realidades de la vida. Sus fracasos le han hecho más modesto: sabe que él solo no puede llegar muy lejos. Comprueba que no crecer en el plano religioso, es condenarse a la mediocridad y a un retroceso inevitable. Trata de ahondar siempre en su religión. Hace tiempo que conoce los dogmas en los que debe creer, pero con la madurez, comprueba que ya no basta una aceptación pasiva. Ahonda en sus creencias, no sólo para hacerlas más conformes con las exigencias de su razón, sino también porque quiere vivirlas cada vez más intensamente. Por esto, aun adulto, siente la necesidad de continuar sus estudios religiosos. Comprendiendo, pues, que su fe es la aceptación no de una idea sino de una persona, aspira a penetrar cada vez más en el conocimiento y en el amor de esa persona.

A veces, los adolescentes de los cursos de

bachillerato expresan el deseo de no tener ya «*clases de religión*». Si estas lecciones están mal adaptadas a sus necesidades, si se limitan a repetir incesantemente nociones enseñadas desde las clases de estudios primarios, si no son de ninguna ayuda para un mejor compromiso en la vida cristiana: fácilmente entendemos que los jóvenes deseen su desaparición. Pero si los estudiantes comprenden que su fe cristiana, para llegar verdaderamente a la madurez, tiene necesidad de una constante profundización, si comprueban que el desarrollo armonioso que supone la personalidad adulta exige un equilibrio entre la cultura religiosa y la cultura profana, ya no habrá necesidad de que se les impongan desde fuera esas lecciones; ellos mismos sentirán su necesidad y las desearán.

QUINTO CRITERIO: *el adulto ha desarrollado su sentido comunitario.*

El niño es muy individualista. Está enteramente concentrado sobre sí mismo, sobre sus placeres, sobre sus necesidades. No duda en movilizar todo lo que le rodea para ponerlo a su servicio. Cuando entra en la vida es el ser más desprovisto de todo contra la naturaleza y es nor-

mal, por ello, que se vea rodeado continuamente de toda clase de cuidados. Pero con la edad debe superar poco a poco este estadio, so pena de convertirse en un pequeño tirano. En el curso de esta revolución hace, por ejemplo, el descubrimiento de los otros, de los compañeros de juego, pero todavía los utiliza en provecho propio. Su vida con los otros niños de su edad le obliga a descubrir también ciertas reglas de sociedad, pero esta preocupación del otro es todavía muy interesada: si no respeta las reglas del juego, sabe por experiencia que sus compañeros le abandonarán o tendrán con él una conducta semejante a la suya.

Cuando llega *la adolescencia* se produce cierta vuelta al individualismo. En el inventario que hace de los recursos de su persona, el adolescente toma conciencia de su instinto sexual. La satisfacción de este instinto va asociada a reglas morales que le inclinan a encerrarse en sí mismo. Por otra parte, es también la edad de la afirmación del yo: el adolescente está preocupado de su apariencia, aborrece la contradicción, cree fácilmente que su libertad está amenazada, se rebela de buen grado contra toda autoridad. Sin embargo manifiesta una apertura nueva a la sociabilidad. Habiendo desarrollado el sentido de su persona, descubre que le permite nuevas relaciones con

otros. Es la edad en que le gusta entablar amistades. En la medida en que son verdaderas y nobles, comprende que obligan al desinterés y a la preocupación por el otro. Su instinto sexual, todavía difuso, empieza a polarizarse sobre las personas de sexo opuesto y le invita a rebasarse a sí mismo para preocuparse más de lo que puede producir la felicidad de otra persona.

Después llega finalmente *la madurez*. Con esta edad continúa avivándose el sentido de la persona. El adulto comprende el respeto que debe al cuerpo del otro, a sus ideas, a su filosofía de la vida. Ha llegado a realizar el equilibrio entre su sentido de la grandeza del individuo y el de su dimensión social. Sabe que el hombre tiene un valor en sí, pero no ignora que su vida se desarrolla en un contexto comunitario. Ahora es capaz de sacrificar intereses personales por el bien del conjunto. Aspira como siempre a realizar su felicidad, pero ahora le preocupa igualmente ayudar a los otros a realizar la suya. Desea ardientemente ver elevarse el nivel material y espiritual de toda la comunidad humana.

En el plano de la vida cristiana, el adulto ha debido pasar igualmente por esta larga evolución. La religión *del niño* es muy individualista: reduce la divinidad a sus proporciones

(Jesucito), o también a las de sus padres o abuelos (Dios es un anciano de lengua barba blanca que se pasea por el cielo). Cuando reza lo hace para imitar a los adultos y él mismo es el objeto de su oración: pide lo que puede aumentar su bienestar, su protección, su placer. Su egoísmo le hace reducir todo a sí mismo. Si ve en sus hermanos o hermanas, rivales que acaparen parte del amor paterno, su conducta se hace fácilmente dura y aun cruel. Es la edad en que debe empezar la iniciación en el bien, bajo la forma del orden, de la franqueza, de la obediencia, del amor a los demás.

En *la adolescencia* su apertura al sentido del grupo le hace ya más sensible a las necesidades ajenas. Pero en la medida misma en que realiza el aprendizaje de su yo, es poco accesible a la influencia de la autoridad, aun religiosa. El descubrimiento de su instinto sexual le hace atrincherarse y fácilmente se hace hipócrita. Pierde entonces el gusto de las cosas espirituales y de la piedad, a no ser que su adhesión a movimientos juveniles le ayuden a salir de sí mismo y a darse a los demás. Es la edad del adiestramiento en las virtudes morales de verdad, de generosidad, de fidelidad, de constancia en el sacrificio, en una palabra, de

todas las virtudes que le ponen al servicio de una comunidad.

Pero cuando el hombre ha llegado a *la madurez* de la fe cristiana, se siente miembro de la Iglesia, solidario de todo el Cuerpo Místico de Cristo. Su religión no se reduce ya a simples relaciones individuales con Dios, sino que engloba también sus relaciones a otro; entonces es «la fe, que obra por la caridad» (Gál 5,6).

Su conducta con el prójimo ya no es el resultado de una simple filantropía o el de un temperamento que siente placer en darse. Es que *ahora saca los motivos del don de sí del Evangelio*: Si Dios es su Padre, todos los hombres son sus hermanos y esta situación encierra consecuencias para su vida de todos los momentos. Poco a poco, desde su infancia, su religión ha ido madurando: ha sabido deshacerse de su tendencia captativa para encaminarse hacia el estudio oblativo. Para llegar a él, los jóvenes no deben retroceder ante el esfuerzo. Es preciso que sepan renunciar a todas las ventajas de que disfrutaban para inclinarse sobre las miserias ajenas y para estudiar los medios de ayudarlos. No deben contentarse con aprobar los organismos de ayuda a los menos favorecidos, sino que es preciso que estén prontos a sacrificar alguna cosa de sí mismos para manifestar concretamente sus con-

vicciones. No pueden tener la conciencia tranquila mientras sepan que existe alguna injusticia, odio o miseria.

El adulto en la fe ejerce *una caridad cristiana auténtica, realista*. Las dificultades no le detienen: sabe vencer la oposición de los que juzgan mal sus intenciones; no se deja desalentar por la apatía de los que no quieren hacer nada; acepta sufrir personalmente por parte de los que le echan en cara que se interesa demasiado por los pobres o que perturba su conciencia de privilegiados y poderosos. El cristiano que ha llegado a este estadio vive la caridad alabada por san Pablo. «La caridad es paciente, es servicial, no es envidiosa... la caridad no ofende, no busca el propio interés, no se irrita, no toma en cuenta el mal; la caridad no se alegra de la injusticia, pero se alegra de la verdad; todo lo excusa, lo cree todo, todo lo espera, todo lo tolera» (1 Cor 13,4-7).

4. *Test de madurez cristiana*

Se intentará responder sinceramente a este pequeño cuestionario². Ayudará a descubrir si hemos llegado a una religión verdaderamente adulta.

² CLARK, W. H., *The Psychology of Religion*. New York. MacMillan, 1961, pp. 256-257.

1. ¿Es *auténtica* mi religión? ¿Consiste en una experiencia real de lo divino? ¿Va acompañada de verdaderos esfuerzos para hacer mi vida conforme a lo divino? ¿Es verdaderamente viva, o se reduce a un simple proceso de imitación de los actos piadosos de los demás?

2. ¿Es *espontánea* mi religión? ¿Ha conservado un sentimiento de curiosidad, de admiración?

3. Mi religión, ¿tiene *sentido crítico*? ¿Soy capaz de reconocer debilidades en los que la profesan, sin ser infiel a la religión misma?

4. ¿Está *exenta de superstición y de magia*? ¿Se trata de una religión auténtica o de un simple sustituto mágico empleado como medio de asegurarme la protección y los favores de la divinidad?

5. Mi religión, ¿tiene un sentido verdaderamente *dinámico*? ¿Da a mi vida una significación capaz de enrolar y motivar todas mis energías hasta dejarme profundamente satisfecho?

6. Mi religión, ¿está bien *integrada*? ¿Está unida con la totalidad de mi experiencia poniendo así unidad en mi vida? ¿Demuestra sus resultados morales conformes con mis pro-

pios objetivos así como con los de la sociedad?

7. Mi religión, ¿es *eficaz socialmente*? ¿Contribuye a fortalecer mi sentido comunitario para ayudar a la elaboración de una sociedad más perfecta?

8. Mi religión, ¿es *humilde*? ¿Es capaz de comprensión y de tolerancia con los que tienen opiniones diferentes?

9. Mi religión, ¿está *en crecimiento*? ¿Se desarrolla constantemente por la profundización de las verdades y por su extensión? ¿Trata de armonizar cada vez mejor los intereses ajenos con los míos?

10. Mi religión, ¿es *creadora*? ¿Mi vida religiosa muestra aspectos verdaderamente personales o se reduce a una simple repetición de los actos religiosos ajenos?

Puntos de reflexión

1. El cristiano ha llegado a una «*fe personal*», sabe *hacerla pasar a toda su vida*. ¿Cómo pueden conseguir los jóvenes este objetivo: en sus actividades de estudiantes?... ¿en sus trabajos apostólicos?

2. Hay gente que pasa por «*devota*» y que, por otra parte, en el plano humano, parece muy

poco equilibrada. ¿Qué pensar de esta situación?... ¿Cómo explicarla?... La perfección cristiana ¿supone como base el equilibrio psíquico?... ¿Pueden sin embargo llegar a la sanidad enfermos de perturbaciones psicológicas?... ¿Por qué?

3. En cambio, hay gente que parece *perfectamente equilibrada* en el plano humano y que, sin embargo, *no tienen la fe cristiana*. Otros creen, pero han abandonado sus prácticas religiosas. ¿Cómo puedes explicar esta situación?... ¿Por qué no creen a pesar de su desarrollo intelectual y equilibrio de su personalidad?... ¿Por qué otros han abandonado sus prácticas religiosas conservando aún la fe?... ¿Hay algo que podría cambiar la situación de unos y otros?

4. El Evangelio insiste frecuentemente en *la necesidad de la «conversión» al Señor*. Según tu modo de ver ¿en qué debe consistir esta conversión: para un ateo?... ¿para un cristiano tibio?... ¿para un estudiante?... ¿para un joven que vive su cristianismo con fervor?

5. Hoy todo el mundo reivindica *la libertad*: las naciones, las asociaciones, los trabajadores, también los estudiantes. En el plano de la vida religiosa ¿te consideras verdaderamente libre?... ¿Por qué?... ¿Qué significa para ti obrar libremente?... ¿Hay obstáculos que impiden a los jóvenes ser libres en su vida religiosa?... Estos obstáculos ¿vendrían de la Iglesia?... ¿de la sociedad?...

¿de la escuela o del colegio?... ¿de los jóvenes mismos?

6. En tu opinión cuál es *la motivación principal de la fe de los jóvenes de hoy*: ¿la influencia del ambiente familiar?... ¿el temor de Dios?... ¿las convicciones personales?... ¿la amistad con la persona de Cristo?... ¿la tradición?... ¿el apaciguamiento de las inquietudes?... ¿el sentimiento de culpabilidad?... ¿otras motivaciones?... ¿Cuál de todas estas motivaciones te parece la mejor?

7. *La adolescencia y la juventud son la edad de las aspiraciones elevadas y del ideal*: estudios superiores, éxito en la profesión, deseo de servir, trabajo apostólico, perfección cristiana... ¿Por qué en esa edad los jóvenes ven tan grande?... ¿Cómo se explica que muchos no realicen nunca esas aspiraciones elevadas?... Al contrario, ¿por qué algunos lo consiguen?... ¿Cómo deben proceder los jóvenes que quieren hacer de su vida un éxito: en el plano de la profesión?... ¿en el plano de la fe?... ¿en el plano de la vida cristiana?

8. ¿Eres de parecer que, en general, *los cristianos tienen el sentido comunitario muy desarrollado*?... ¿Puedes poner ejemplos?... ¿En qué campos, sobre todo, falta el sentido de la solidaridad?... ¿Por qué motivos son egoístas?... En tu ambiente de estudiante ¿los jóvenes son verdaderamente gente «entrega-

da»?... ¿Por qué algunos lo son y otros no?

9. Numerosos motivos pueden impulsar a los jóvenes *a la entrega* en su ambiente: la simpatía del corazón... la necesidad de actividad... la esperanza de ventajas materiales... la imitación de Cristo... ¿Qué motivación prevalece en tu caso?... ¿Te consideras como verdaderamente entregado en el plano de la vida cristiana?... ¿Por qué?

¡El sacerdote a la sacristía!

De los 3108 jóvenes preguntados, el 26% afirma claramente que se ha puesto esta objeción, además del 11% que están inciertos.

Cuestión 46. *Los sacerdotes deberían contentarse con su ministerio en la iglesia y no intervenir en lo demás.* En el conjunto de todos los que respondieron a la encuesta, el 63% afirma que nunca se ha puesto esta objeción. El análisis de los resultados permite comprobar que la objeción es más frecuente en los muchachos que en las muchachas: 40% contra 32%. Como la presencia del sacerdote es mucho menos sensible en los colegios de muchachas que en los colegios de muchachos, puede parecer natural que aquéllas se opongan menos al papel del sacerdote fuera del campo estrictamente religioso. Por otra parte, podremos comprobar, analizando los datos

de otro capítulo, que frecuentemente las muchachas se quejan de que no pueden recurrir fácilmente a los servicios de un consejero espiritual: efectivamente este recurso es mucho menos fácil en los colegios femeninos por la presencia de un número menor de sacerdotes.

Esta cuestión ha producido una mies bastante abundante de comentarios personales. Presentaremos algunos de ellos, agrupándolos según los aspectos particulares que sus autores quisieron subrayar. Hay quienes desean que el sacerdote se limite al campo espiritual:

Los sacerdotes no deberían ocuparse más que de lo que se refiere a las necesidades del alma de sus feligreses (Colegiala de humanidades).

El papel del sacerdote es la administración de los sacramentos (Colegial de primero de filosofía).

Pero, en cambio, otros aceptan o desean la presencia del sacerdote en otros campos, con tal de que tenga competencia en ellos:

No tengo nada en contra de los seglares, pero sería perjudicial que los sacerdotes se ocuparan sólo de su ministerio en la iglesia y no intervinieran en lo demás (Colegiala de humanidades).

Cuando son competentes, acepto a todos, sean clérigos o seglares (Colegiala de humanidades).

Si algunos sacerdotes son competentes en otros campos distintos del de su ministerio, deben interesarse también por otros campos como todo buen ciudadano (Colegiala de segundo de filosofía).

Algunos sacerdotes deberían contentarse con su ministerio en la iglesia. En cuanto a otros hay campos de los que harían bien en retirarse, porque no siempre es ése su lugar exacto, pueden molestar... aunque los representantes de Cristo deben estar en todas partes. Yo, por ejemplo, estoy en favor de los sacerdotes obreros (Colegiala de primero de filosofía).

Aun cuando se desea la intervención del sacerdote en otros campos que en el de las almas, se pide que lo hagan con discreción y sin aprovecharse de su carácter sacerdotal para imponer sus modos de ver.

Matizo mi respuesta: los sacerdotes no deben aprovecharse de su influencia como sacerdotes para hacer prevalecer sus ideas en campos que no son estrictamente de su incumbencia profesional (Colegial de primero de filosofía).

Tengo que precisar mi respuesta. Entiendo que un sacerdote se ocupe primeramente de su

ministerio y luego de las cosas de los demás pero muy discretamente, sin imponerse. Estoy contra esos sacerdotes que además de su ministerio ejercen un oficio. Perjudican a otros que con ese trabajo se procuran el sustento. Es como si yo fuera a hacer de sacerdote el domingo y me guardara todo en mis bolsillos (Colegiala de humanidades).

Entre los campos en que se ve bien el papel del sacerdote está el de la enseñanza y, en particular, el de la enseñanza religiosa.

Los sacerdotes además del ministerio deberían enseñar, pero no exigir tanta disciplina, sobre todo en nuestros colegios (Colegial de humanidades).

Además de su ministerio, está bien que un sacerdote enseñe la religión en las escuelas, se dé cuenta de las diversiones en las parroquias (Colegial de retórica).

Pero hay un campo en el que se desea no encontrar al sacerdote: es el de la política.

No deseo ver a sacerdotes haciendo propaganda en favor de los políticos, como ocurre frecuentemente. Deben poder proporcionar cuestiones, pero sus consejos políticos o económicos deben darlos como si procedieran de profanos, no de una autoridad (Colegial de primero de filosofía).

Parece que como hombre el sacerdote puede dar su parecer sobre la mayor parte de los asuntos. Pero haría una excepción por lo que se refiere a la política (Colegiala de segundo de filosofía).

Finalmente, una colegiala explica por qué en el pasado el sacerdote estuvo presente en todos los campos de la vida parroquial.

Situación particular en Quebec: es cierto que los sacerdotes hicieron mucho por el pueblo después de 1760. Eran los únicos instruidos y ocuparon puestos importantes. Pero hoy, a medida que tienen la posibilidad de ser substituidos, deberían serlo. Su intervención debería manifestarse en una influencia indirecta y no en la dirección de tal o cual organismo (Colegiala de humanidades).

1. *Ayer, omnipresencia del sacerdote*

Efectivamente circunstancias históricas y sociológicas han explicado esta *presencia universal del sacerdote en nuestra antigua sociedad canadiense-francesa*. Una de las características de nuestros padres era una fe rica, profundamente enraizada en sus lejanas tradiciones. En este medio ambiente canadiense-francés de ayer, la influencia del sacerdote era decisiva. El párroco, en su parroquia, era no

sólo el ministro de las cosas espirituales, sino el consejero universal. Administraba los sacramentos, pero era también él quien organizaba las diversiones, fundaba las cooperativas, dirigía las obras sociales. No había problema en el que no fuera consultado. Muchos, proyectando en el campo temporal los poderes del sacerdote en las cosas del culto, pensaban que tenía luces sobre todo y que era el hombre designado para resolver todos los problemas.

Esta confianza ilimitada que se ponía en el ministro del culto, hacía de *la vocación sacerdotal la vocación por excelencia*. Las familias consideraban como honor supremo dar un hijo al estado clerical. En el espíritu de los jóvenes lo mismo que en el de los menos jóvenes esta vocación gozaba de un prestigio extraordinario. El Canadá francés fue no sólo el país donde el número de los sacerdotes proporcionalmente a la población era el más elevado, sino que fue también un reino privilegiado para las vocaciones religiosas.

Uno de los campos en que la presencia de la Iglesia era muy sensible, era la educación. Al nivel de la primera enseñanza, el párroco tenía su palabra que decir en la elección del maestro o de la maestra de la parroquia. Al nivel de la segunda enseñanza, sólo el clero

daba la enseñanza clásica. En cuanto a la enseñanza no clásica a este nivel estaba casi exclusivamente, al menos en cuanto a su dirección, en manos de las Congregaciones de religiosos y religiosas. Finalmente, la enseñanza superior o universitaria estaba asegurada por dos universidades católicas de lengua francesa y dirigidas igualmente por el clero. La autoridad suprema en educación era el Consejo de la Instrucción pública, la mitad de cuyos miembros la componían por derecho propio los obispos titulares de la diócesis de la provincia de Quebec. En cuanto a la formación de los futuros educadores estaba asegurada por algunas escuelas normales cuya dirección, según los términos de la ley, debía dejarse a los sacerdotes. En una palabra, circunstancias históricas y contingencias sociológicas contribuyeron a asegurar a la Iglesia un monopolio sobre la educación. Con mucha frecuencia este monopolio no era querido como tal y las autoridades religiosas deseaban vivamente ver a los seglares asumir mayores responsabilidades. Pero, para todos los fines prácticos, se puede decir que la Iglesia tenía una influencia universal sobre la educación.

Se concibe bastante fácilmente que en semejante organización social *los seglares cristianos se hayan desinteresado de la fundación y del mantenimiento de obras que, nor-*

malmente, eran de su incumbencia. Faltos de confianza en sí mismos, se sentían poco inclinados a ejercer sus responsabilidades. Las más de las veces se contentaban con aprobar las decisiones del clero, en vez de asumir ellos mismos los cargos de dirección.

2. *Hoy, retroceso del sacerdote*

El espíritu del clero ha cambiado. Ha comprendido poco a poco que su misión era estar al servicio de los seglares y no sustituirlos. Invita cada vez más a los fieles a que asuman todas sus responsabilidades en la administración de la parroquia. Al mismo tiempo, se ha hecho un esfuerzo considerable para adaptar la pastoral a las necesidades de nuestra época y, por esto mismo, abandonar todas esas prácticas que se habían hecho rutinarias.

En la medida misma en que son llamados a dirigir, *los seglares cristianos vuelven a tomar conciencia de sus responsabilidades* y confianza en sus capacidades. Para algunos, es cierto, el cambio no se hace todavía a un ritmo bastante rápido y a veces sus reivindicaciones no carecen de agresividad. Pero, en general, la integración de los seglares se hace de una manera constructiva.

Otro fenómeno de sociología religiosa que se advierte en estos últimos años es *la disminución de las vocaciones religiosas y sacerdotales*. En la mayor parte de las Congregaciones el número de los aspirantes al noviciado ha disminuido grandemente. En el clero secular se da el mismo fenómeno.

Otro campo en el que la situación de la Iglesia ha cambiado grandemente es el de la educación. El 13 de mayo de 1964 entraba en vigor la ley que instituía el Ministerio de educación y el Consejo superior de educación en Quebec. Es un hecho que actualmente ya la Iglesia no desempeña el papel universal que tenía antiguamente en la educación en el Canadá francés. No es que haya renunciado por principio a este campo de apostolado: siempre la Iglesia ha considerado en el mundo la educación de la juventud como uno de los sectores privilegiados de su actividad y una obligación de la misión recibida de su divino fundador. Pero, por diferentes razones, tiene que retirarse de ciertos campos. Los efectivos sacerdotales, lo hemos visto, están en baja, mientras que las necesidades aumentan. Además, a invitación apremiante de la Santa Sede, la Iglesia canadiense debe hacer un esfuerzo particular para ir en ayuda de los países de América latina: más de 1500 misione-

ros trabajan ya en esas tierras. Finalmente, en la hora de la promoción del laicado en el mundo, la Iglesia ha comprendido que hay que confiar en los apóstoles seglares y dejarles campos de actividades en los que, en otros tiempos, por falta de preparación de estos mismos seglares, la Iglesia tenía obligación de sustituirlos.

Por todas estas razones *la presencia clerical ha retrocedido en todas las esferas de la enseñanza*. En la enseñanza primaria se ha visto a religiosos y religiosas dejar gradualmente este sector para dirigirse hacia la enseñanza media. También en la enseñanza media se ha hecho necesario un retroceso parecido; ante efectivos escolares que aumentan rápidamente, ante la obligación de una preparación más cuidadosa y más larga de los maestros y también a causa de la disminución de vocaciones, las congregaciones religiosas han debido reagrupar en algunos colegios sus efectivos que se han hecho insuficientes, dejando a profesores seglares gran número de establecimientos. En la enseñanza clásica se ha dejado sentir igualmente la insuficiencia del clero; en casi todos los colegios aumenta constantemente el número de profesores seglares y, en ciertos casos, se les ha entregado total o parcialmente la dirección del establecimiento.

Aun en la enseñanza superior y universitaria ha disminuido la influencia del clero y cada vez más se llama a profesores seglares para que se encarguen de los puestos de dirección. Muy recientemente la Universidad de Montreal modificó su carta pontificia para permitir el nombramiento de su primer rector seglar. También la Universidad católica de Ottawa acaba de modificar su constitución para convertirse en una institución confesional pero no únicamente católica y será dirigida también por un rector seglar.

3. Todos los cristianos son separados

Pero para comprender bien *el lugar del ministro de Dios en el seno de su pueblo* hay que recordar su función propia en el cuerpo sacerdotal de Cristo. Y para hacer esta comprensión aún más fácil, tratemos de reflexionar igualmente sobre el lugar propio de los seglares y de los religiosos dentro de este mismo cuerpo.

En la historia de las religiones, al hablar del sacerdote, siempre se ha hecho referencia a una distinción clara entre lo sagrado y lo profano. El sacerdote era el que debía ocuparse de lo sagrado, es decir de las relaciones

con Dios, de los ritos, de los sacrificios. En cambio los fieles eran los que vivían en el reino de lo profano: se enfrentaban con todas las exigencias de la vida diaria. Ahora bien, el Nuevo Testamento no pone de relieve estas categorías. En su enseñanza Cristo insistió más bien sobre la necesidad de un cambio de vida, es decir, del paso de la vida de otro tiempo, que era pagana, a la vida nueva que es cristiana. Hay que sustituir las exigencias meticulosas de la ley de temor por la doble prescripción de la ley de amor: «Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el mayor y primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: amarás al prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos se funda toda la Ley y los Profetas» (Mt 22,37-38). Ciertamente estas prescripciones existían ya en el Antiguo Testamento, pero Cristo quiere que en adelante se observen con un espíritu nuevo. Y lo que importa es este cambio de mentalidad.

El apóstol Pablo no entendió de otra manera la transformación necesaria a los cristianos. En casi todas sus cartas vuelve incesantemente sobre la necesidad de pasar a una vida nueva. «Nosotros somos conocedores de esto, que nuestro hombre viejo ha sido crucificado por El (con Cristo)... a fin de que ya

no seamos esclavos del pecado» (Rom 6,6). Lo mismo dice en la carta a los filipenses: «Nuestra patria está en los cielos» (Flp 3,20). La misma enseñanza a los corintios: «De modo que el que está en Cristo, es una criatura nueva; lo viejo ya pasó y apareció lo nuevo» (2 Cor 5,17).

4. *El lugar de los seglares*

El fundamento de esta transformación de vida es el bautismo: «Cuanto en Cristo fuisteis bautizados os habéis revestido de Cristo» (Gál 3,27). Por eso todos los que recibieron el bautismo son hombres que han cambiado de vida, de mentalidad; han pasado de la vida pagana a la vida cristiana. (No se trata aquí tanto del rito recibido al principio de la vida, cuanto de todo el contexto de fe en el que deben evolucionar los bautizados en el curso de sus acciones de la vida diaria). En esta perspectiva ya no es justo afirmar que los «simples fieles», como a veces se dice, estén condenados al mundo de lo profano, mientras que el sacerdote, un privilegiado, un salvado, tuvo la buena suerte de haber sido escogido para el mundo de lo sagrado. Todos los seglares cristianos, si quieren vivir verdaderamente las exigencias de su bautismo, son igual-

mente gente separada del mundo pagano. No están cortados, pues su vida en medio de lo temporal los obliga a evolucionar en su seno, pero por su mentalidad de discípulos de Cristo, permanecen en contacto constante con la Divinidad. Estas relaciones con Dios hacen de ellos, en cierto modo, sacerdotes, miembros del cuerpo sacerdotal de Cristo. El apóstol Pedro escribía a todos los judíos de la dispersión: «Vosotros, por el contrario, sois linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo peculiar para anunciar las grandezas del que os ha llamado de las tinieblas a su maravillosa luz» (1 Pe 2,9).

También los fieles tienen que trabajar en la construcción del reino de Dios sobre la tierra. Deben hacerlo con medios particulares, diferentes de los empleados por los religiosos y los sacerdotes. Construyen el reino de Dios «a través de los datos de la vida diaria, a través de la creación, de la procreación y educación de los hombres; de la toma de posesión del mundo, de las obras de solidaridad humana, de todo lo que constituye el esfuerzo diario de los hombres y el esfuerzo de la historia de los hombres»¹.

¹ LIEGE, A., *Le prêtre parmi nous*. Paris, Centre communautaire St-Séverin, 2.^a conférence, p. 12.

5. El lugar del religioso

También los religiosos forman parte del cuerpo sacerdotal de Cristo y esto por dos razones. Primeramente son bautizados y, como tales, aptos para tener con Dios relaciones de hijos a padre, de amigo a amigo. Pero, además, están llamados a desempeñar en este cuerpo total una misión muy particular. Estando consagrados totalmente al servicio de Dios en la tierra, no deben tener como primera ambición sino lo que puede hacer más eficaz este servicio. *Su misión propia es anticipar de alguna manera el estado perfecto que tendrá todo el cuerpo sacerdotal de Cristo al final de los tiempos*, cuando todos tendrán una sola preocupación: perderse en Dios. También ellos trabajan en la realización del reino de Dios sobre la tierra, pero por medios diferentes de los de sus hermanos los seglares. El principal instrumento que utilizan en esta construcción es la santidad cristiana a la que tienden con todas sus fuerzas.

Esta misión que tienen que cumplir en el cuerpo de Cristo los obliga a una separación de la sociedad. No que deban estar cortados y desinteresados de ella, porque entonces ya no podrían desempeñar su función propia. Pero, gracias a ciertos signos de separación,

deben hacer visibles el estado que han abrazado y el objetivo que se han propuesto. Se comprometen a guardar el celibato para hacer bien visible que no tienen más que una gran pasión amorosa: Cristo. Hacen profesión de pobreza porque estando totalmente abandonados en manos del Señor, se remiten a El para la satisfacción de todas sus necesidades temporales. Hacen promesa de obediencia, no porque son incapaces de administrarse, sino para hacer ver que serán dirigidos en la vida por Aquel a quien han entregado todo. Haciendo así, el religioso recuerda a sus hermanos el estado en que vivirán los elegidos cuando se termine el establecimiento del reino.

6. *El lugar del sacerdote*

Todo lo que precede nos ayuda a comprender mejor por qué *también el sacerdote debe ser un separado*. Por su bautismo ya hace profesión de renunciar a la vida pagana para llevar una vida conforme a la mentalidad de Cristo. Además, la función especialísima que tiene que desempeñar en el cuerpo sacerdotal del Señor, le obliga igualmente a una nueva separación. Efectivamente ha sido escogido para emplear los medios sobrenatu-

rales que Cristo instituyó para hacer circular por todos los miembros de su Cuerpo Místico la savia de la gracia. Es él quien está encargado de administrar los sacramentos, de transmitir la palabra, de mantener a los hermanos en la unidad de la fe y la rectitud de las costumbres evangélicas. También él trabaja para instaurar el reino de Dios y lo hace con los medios especializados puestos a su disposición.

A fin de hacer esta función visible, debe separarse del mundo. *Le es necesario vivir un género de vida diferente del de los seglares así como del de los religiosos*. Y frecuentemente de esta situación nace una tensión. Por una parte debe permanecer junto a los hombres, debe permanecer abierto a sus intereses, a sus preocupaciones, porque de lo contrario ya no podría ejercer eficazmente la mediación que quiere Cristo que ejerza en el seno de su Cuerpo místico. Por otra parte, debe ser también el hombre de los medios trascendentes, el que recuerda las exigencias de otra vida, el que tiene despiertas las conciencias. Si, con pretexto de estar más cerca de los hombres hace desaparecer los signos que hacen visible su misión sobre la tierra, los fieles ya no pueden reconocer en él al sa-

cerdote, ni la función propia que debe ejercer en el cuerpo sacerdotal de Cristo.

Es evidente que *los signos que hacen visible la misión del sacerdote en medio de sus hermanos son contingentes*. Van variando según las épocas: como lo hemos dicho más arriba, un contexto sociológico especial en el Canadá francés arrastró y a veces hasta obligó al sacerdote a ejercer en otro tiempo funciones no propiamente sacerdotales, mientras que las condiciones de hoy ya no exigen esos trabajos. Los signos van variando también según los lugares: tal actividad de un sacerdote se puede considerar bienhechora en un país, mientras que en otro sería una pantalla que ocultaría lo esencial de su misión.

En lo concreto de la vida diaria, *a veces es muy difícil para el sacerdote determinar el campo de las actividades no propiamente sacerdotales* pero que, sin embargo, están relacionadas bajo ciertos aspectos con su misión propia. Pero hoy más que en el pasado es preciso que tenga cuidado de no invadir el campo de los seglares. Es normal que ahora renuncie a muchas actividades que desempeñaba en el pasado por razones de suplencia. Hoy los seglares, más preocupados de las necesidades de su compromiso cristiano, desean

cargar con la responsabilidad de muchas de estas actividades y el sacerdote debe alegrarse de ello.

Por otra parte, *no se trata de relegar al sacerdote a la sacristía*, ni de hacer de la Iglesia un ghetto. Como ciudadano y como sacerdote debe continuar abierto e interesado por todo lo que es humano, pero ya no tendrá que asumir, como en el pasado, tareas de dirección en muchas de esas actividades que son marginales a su sacerdocio. Su papel será mucho más dar, con su presencia e interés, aliento e inspiración. En la atmósfera de diálogo que actualmente prevalece, es de esperar que cada uno de los miembros del cuerpo sacerdotal de Cristo, permaneciendo en su lugar y ejerciendo su función propia, pueda trabajar más eficazmente en la instauración del reino de Dios sobre la tierra.

El sacerdote, por su parte, continuará trabajando en el mundo para seguir estando presente entre los hombres sus hermanos. Pero, por su género de vida, por la función que ejercerá, deberá, como por otra parte todos los fieles, *preservarse de la mentalidad pagana*. «Padre, no pido que los saques del mundo, sino que los guardes del mal. Ellos no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santifícalos en la verdad. Tu palabra es verdad.

Como me enviaste al mundo, así yo también los envié al mundo» (Jn 17,15-19).

Puntos de reflexión

1. ¿Cómo te aparece la *vocación del sacerdote*?... ¿Qué buscan los jóvenes cuando siguen esta vocación: ventajas temporales?... ¿consideración social?... ¿substraerse a las responsabilidades de la familia?... ¿asegurarse con mayor certeza su salvación?... ¿deseo de estar totalmente al servicio de la Iglesia de Cristo?... Actualmente las vocaciones sacerdotales son menos numerosas entre nosotros, ¿cuáles son las causas principales de ello, en tu opinión?... ¿Qué medios propones para que aumente su número?

2. ¿Qué piensas de la *vocación de los hermanos dedicados a la enseñanza*?... ¿Cómo explicas que esos hombres se hayan hecho hermanos y no sacerdotes?... ¿Crees que responden a una necesidad precisa en la Iglesia de hoy?... Si admiras a estos hombres, dime por qué... Si no sientes estima por esa vocación, dame tus razones... ¿Crees que en la historia de nuestro pueblo aportaron algo valioso en el campo de la educación?... ¿Qué dirías a un amigo íntimo que te manifestara el deseo de seguir la vocación de hermano religioso dedicado a la enseñanza?

3. ¿Quieres decir francamente lo que piensas de la *vocación de la religiosa*?... ¿Qué admiras en ella?... ¿Qué es lo que no te gusta?... ¿Crees que tiene un papel preciso que desempeñar en la edificación del reino de Cristo sobre la tierra?... ¿Cuál?... ¿Qué dirías a una compañera que te descubriera su intención de hacerse religiosa?... Si Cristo te llamara a esta vocación, ¿cuál sería tu reacción?... ¿Cómo explicas que sean menos numerosas las jóvenes que hoy siguen esta vocación?

4. En nuestros colegios y escuelas de segunda enseñanza compruebas que la *proporción de los educadores sacerdotes, religiosos o religiosas disminuye* constantemente. ¿Cómo juzgas esta situación?... ¿Ventajosa?... ¿Desventajosa?... ¿Indiferente?... ¿A qué puedes atribuir esta baja?... ¿Crees que los sacerdotes, religiosos y religiosas están aún en su sitio en la enseñanza?... ¿Por qué?... ¿Hay materias cuya enseñanza les conviene particularmente?... ¿Cuáles?

5. A veces se dice que *los sacerdotes y los religiosos tienen que ocuparse de lo sagrado y los seglares de lo profano*: ¿qué piensas de esta división de las tareas?... Si los seglares tienen un papel preciso que desempeñar en el establecimiento del reino de Cristo aquí abajo, ¿cuál es ese papel?... ¿Cuál sería entonces la función propia del sacerdote?... ¿la del religioso y de la religiosa?... ¿Qué pueden aportar un

estudiante y una estudiante a la edificación de este reino?... ¿Eres de parecer que en general los jóvenes de tu ambiente contribuyen con esa aportación?... ¿De qué manera?

6. Has oído decir frecuentemente que el religioso y la religiosa deben *vivir separados del mundo*: ¿cómo concibes esta separación?... ¿Tienes la impresión de que actualmente están demasiado separados del mundo?... ¿Qué inconvenientes ves en ello?... ¿Te parece, por el contrario, que no están suficientemente separados del mundo?... ¿En qué campos?... ¿Cuáles son las consecuencias de ello?... Si se puede decir que todos los bautizados, aun los seglares, son separados del espíritu del mundo, ¿cuál sería entonces la función propia de la separación de los religiosos y religiosas?

7. En tu ambiente, ¿crees que el sacerdote *deja sentir demasiado su presencia*?... ¿En qué campos?... ¿Eres de parecer, por el contrario, que deberían mezclarse más con los jóvenes?... ¿Por qué razones? ¿Te gustaría ver en tu ambiente «sacerdotes-obreros»?... ¿Por qué?... En tu opinión, ¿cuál es la función precisa del sacerdote en la elaboración del reino de Cristo sobre la tierra?... ¿Cómo crees que nuestro clero español desempeña esta función?... Justifica tu respuesta con ejemplos... ¿Hay cosas que desearías ver cambiar en sus actividades apostólicas?... ¿Cuáles?

Prefiero confesarme directamente con Dios

Sólo el 64% de los jóvenes de la encuesta afirman claramente que no se han puesto esta objeción. Este número es el 53% de las muchachas y el 69% de los muchachos.

Cuestión 47. *Dios me perdona mis pecados aunque rehúse confesarlos a un sacerdote.* El número de jóvenes que no se pusieron esta objeción es relativamente poco elevado: el 64%; es decir el 53% de las muchachas y el 69% de los muchachos. Se puede comprobar, pues, que la confesión al sacerdote constituye un verdadero problema para gran número de estos jóvenes. El análisis detallado de las respuestas a esta cuestión muestra que en todos los grados de los cursos escolares, esta objeción es más frecuente en las muchachas que en los muchachos; ocurre que

en la clase de segundo de filosofía la proporción es exactamente el doble.

Entre los jóvenes que han añadido comentarios personales a su respuesta, se puede distinguir primeramente el grupo de aquellos para los que la confesión no parece ser una dificultad:

Dios ha establecido una ley y nosotros debemos seguirla. Si hemos pecado tenemos que ir a acusarnos ante un sacerdote que es el representante de Dios. Pero puede haber alguna excepción (Colegiala de humanidades).

Es orgullo rehusar confesarse frecuentemente (Colegiala de humanidades).

Todo depende del sentido que se dé a la confesión. Si uno se confiesa con el sacerdote como representante de la comunidad cristiana, rehusar confesarse es faltar al deber de cristiano (Colegial de segundo de filosofía).

Pero hay también numerosos jóvenes que comprenden muy mal la obligación de confesarse con un sacerdote.

Hay relaciones del hombre con Dios por medio de sus ministros; hay también relaciones personales y directas del hombre con Dios; deben tenerse en cuenta (Colegial de segundo de filosofía).

No creo en el valor del sacramento de la penitencia (Colegiala de primero de filosofía).

Esto depende de mi amor. Un gesto de caridad por mi parte me otorga el perdón y esto sin contrición. Sin embargo debo confesarme (Colegial de primero de filosofía).

1. Objeciones a la confesión sacramental

Hay que reconocerlo: gran número de jóvenes tienen objeciones contra la obligación de confesar sus pecados a un sacerdote. Se reprochan muchas cosas a esta práctica de la Iglesia católica.

Confesarse directamente con Dios sería tan eficaz, se dice, pues es Dios mismo quien perdona los pecados. Por otra parte, sería mucho menos molesto que decir sus pecados a un hombre: Dios los conoce ya, no se sentiría una nueva molestia.

Para otros la objeción viene de la manera como se realiza el acto. Tienen la impresión de que arrodillarse ante un confesonario para acusar sus pecados y obtener su perdón es un procedimiento que se parece un poco al de echar una moneda en un aparato automático para obtener una golosina. *Para ellos este signo religioso roza con la magia.*

Hay también quienes reprochan a la con-

fesión ser un acto inútil. Para éstos se trata de una rutina que no cambia nada: regularmente se vuelve a hacer al sacerdote la acusación de las mismas faltas de las que cada vez se obtiene la absolución y, después de un tiempo más o menos largo, se vuelve a caer en los mismos pecados y hay que repetir de nuevo el mismo proceso: *¡a qué fin si ello no cambia nada en la vida!*

Es necesario añadir que a veces es *la persona misma del sacerdote la que desagrada*. O se impacienta por la lentitud del penitente en cambiar de vida; o deja sentir que el tiempo consagrado a oír confesiones le impide entregarse a otras actividades; o da curso libre a muestras de mal humor que hieren al penitente.

Siempre hay que recordarlo: *el ministerio de la confesión es una cosa sagrada para el sacerdote*. Si su conducta en el confesonario hace este acto religioso más difícil o aun imposible para los penitentes, es gravemente culpable de ello ante Dios.

Si los penitentes comprueban, frecuentemente con razón, que sus confesiones repetidas con frecuencia no cambian nada en su vida de cristianos, es ante todo porque no comprenden bien el sentido profundo de este sacramento: se hace un esfuerzo considerable

para encontrar las faltas cometidas y se centra toda la atención o casi toda en la acusación. En cambio *lo que en este acto importa es la conversión del corazón, el cambio de vida*. En vez de dirigir la mirada sólo sobre la falta y no ver más que el pecado, valdría mucho más sentir íntimamente que el pecado es una ruptura con Dios y una recusación de su amor. Después de haberse excitado a deplorar esta recusación, habría que ver cómo se podría llegar concretamente, en nuestra vida de todos los días, a prevenir semejante desgracia.

En cuanto a la objeción que quiere que la confesión se parezca a un procedimiento mágico, digamos que en este sacramento sucede lo que en los demás: obra por sí mismo y produce la gracia independientemente de las disposiciones del que lo administra, pero *no sin tener en cuenta las disposiciones del que lo recibe*. Hecha con malas disposiciones, la confesión de los pecados es absolutamente inútil e ineficaz.

¿Qué responder, finalmente, a la objeción más frecuente, a saber que es un acto molesto y que confesarse directamente con Dios podría producir el mismo efecto? Reconozcamos primeramente que aun para el ser mejor dispuesto, *la confesión de sus faltas a un hombre encierra siempre un*

renunciamiento y una humillación. San Agustín, ese genio brillante que marcó para siempre la historia de la humanidad y que, antes de convertirse, conoció la esclavitud de una vida de pecado, respondió así a un amigo que le preguntó sobre la manera de librarse a sí mismo del pecado: «Querido amigo, me preguntas qué hacer para librarte de tu pecado. A tu pregunta respondo que el primer paso es la humildad y el segundo la humildad y el tercero también la humildad». He aquí, pues, una disposición necesaria. Siempre es más interesante referir las propias hazañas que las torpezas; ¿habrá que sorprenderse de que la confesión suponga en su base cierta humillación?

2. Confesión y naturaleza humana

Pero por eso, ¿habría que pensar que la confesión tiene algo de inhumano, de mal adaptado a nuestra naturaleza? ¿Estamos autorizados a creer que sería mucho más fácil y más consolador acusar nuestras faltas a Dios mismo directamente, sin pasar por la mediación de su ministro? No lo creemos. Al contrario, estimamos que este acto es conforme con la psicología humana.

Cuando estamos enfermos físicamente no

nos contentamos con leer un tratado de medicina y seguir los consejos que da. Vamos a ver al médico para poder expresarle nuestro malestar, discutir sus causas, conocer la terapéutica indicada; entonces nos sentimos felices de oír al doctor alentarnos a que apliquemos animosamente el tratamiento y convenernos de la posibilidad de la curación.

Cuando la enfermedad es de origen psíquico, el procedimiento es parecido. Efectivamente la ciencia moderna ha desarrollado métodos nuevos para la investigación de estas perturbaciones y para su tratamiento. Se sabe cómo cada día está más de moda la técnica psicoanalítica entre los que tienen medios para permitírsela. Aunque este método no sea la confesión en sentido del sacramento de la penitencia, ¡cuántos enfermos aceptan de buen grado poner su alma al desnudo ante el psicoanalista con la esperanza de obtener cierto alivio!

Lo mismo ocurre *con las enfermedades de orden moral*. Cuando el penitente acude a su confesor, se trata de un contacto personal frecuentemente muy eficaz aun desde el punto de vista puramente humano. Sus efectos benéficos son numerosos: paz que acompaña a la liberación de la falta, apoyo moral en las dificultades, aliento y consuelo en la

lucha, consejos útiles para la vida espiritual, etc.

El hombre está compuesto de cuerpo y alma, de materia y espíritu. Lo sabía muy bien Cristo que había tomado nuestra naturaleza. Por eso cuando instituyó medios de salvación, quiso que fueran acompañados de signos sensibles proporcionados a la naturaleza de los que debía regenerar. En los sacramentos que instituyó para comunicar su gracia escogió palabras que se dirigen al espíritu pero acompañan a signos que perciben los sentidos. Estos signos son gestos, como la imposición de las manos, las bendiciones o cosas como el pan, el vino, el aceite, el agua. Y todo esto es conforme con la naturaleza humana.

Así ocurre en la confesión. *Es natural al hombre buscar un confidente en sus alegrías lo mismo que en sus penas, en sus actos brillantes así como en ciertas debilidades cuyo recuerdo le avergüenza y le oprime.* El penitente sabe que este confidente es objetivo. Reconoce también que es comprensivo porque ha experimentado él mismo la debilidad humana y la propia en particular. Sabe también que es totalmente desinteresado. Además es discreto. Seguramente el penitente no puede olvidarlo: es Dios mismo quien perdona los pecados y no el sacerdote. Pero a veces es

consolador para el hombre oír la voz de un hermano significándole el perdón. Porque es un ser social se comunica con sus semejantes por medio de la palabra. Es para él un alivio poder compartir con otros el peso que tiene sobre su corazón u oír a un hermano simpatizar con su propio sufrimiento.

El semanario *Afrique Chrétienne*, que aparece en Leopoldville, publicó el testimonio de un catequista de la provincia del Alto Congo (Stanleyville), provincia que tuvo mucho que sufrir en la reciente rebelión. Nos muestra cómo la confesión responde a una necesidad de la naturaleza humana:

«Nuestra región se encontró durante varios meses sin sacerdotes, porque habían sido detenidos o llevados. Respecto de muchas cosas de la religión no sabíamos qué hacer.

»Después de la marcha de los Padres, los cristianos quisieron confesarse conmigo. Les dije que hicieran el acto de perfecta contrición, pero insistieron en decirme sus pecados como lo hacían con el sacerdote. Les dije que no tenía el poder de absolver. Entonces dijeron que necesitaban una señal exterior para saber que Dios les perdonaba. Yo les dije: «Antes de que vosotros os confeséis conmigo, yo tengo que confesarme con vosotros», y dije en voz alta todos mis pecados.

»Luego, recitamos el Confiteor para excitar nuestro dolor y escuché las confesiones. Yo decía: «Que Dios te perdone tus pecados». Yo no dije: «Yo te perdono tus pecados». Después hicimos el Via Crucis como penitencia, y a continuación recé las oraciones para «antes de la comunión».

»Me lavé las manos y me puse en la sacristía los ornamentos que se pone el sacerdote para la Comunión. Cuando toqué la sagrada Hostia me estremecí fuertemente. Las lágrimas brotaron de mis ojos cuando di a Jesús a mi anciana madre y a mi esposa. ¡Nunca me he sentido cristiano tan verdadero como en ese momento! Luego, no hubiera tenido miedo si los Simbas hubieran llegado para matarme»¹.

Podemos afirmar, pues, que *la confesión a un sacerdote no tiene nada que vaya contra la naturaleza del hombre*. Al contrario al instituir la Cristo no hizo más que adaptarse a esta naturaleza que El conocía muy bien. Pero no hay que creer que estas ventajas en el simple plano humano son la justificación más esencial de la confesión sacramental. Para comprender profundamente su razón de ser hay que partir de la noción misma de pecado.

¹ Citado en «Informations Catholiques Internationales», 1 de octubre de 1965, p. 32.

3. El pecado, atentado contra un equilibrio

La razón exige que en el hombre haya un equilibrio, una jerarquía de valores. Atentar contra este equilibrio es un desorden. Esto es lo que encierra el pecado. *Este orden debe manifestarse primeramente en el interior del hombre*. Su naturaleza racional exige que los impulsos inferiores estén bajo la dominación de las facultades superiores. Ahora bien, el pecado lleva consigo una rebelión de estas potencias inferiores.

Además, siendo el hombre un ser hecho para vivir en sociedad, el orden social exige el respeto a las leyes de esta vida común. Ahora bien, *porque el pecado compromete las buenas relaciones entre los individuos, las clases, las naciones, atenta contra este equilibrio*. No es que un mundo bien hecho exija que todos los hombres sean iguales. Quererlo sería perseguir una quimera y al mismo tiempo impedir un mundo variado, equilibrado, armonioso. Pero cuando los individuos y las naciones favorecidas rehúsan compartir sus ventajas con los que han recibido menos, está la puerta abierta a la injusticia, a la fuerza brutal, a la rebelión.

Finalmente el orden querido por la razón exige igualmente que el hombre reconozca la

autoridad del Creador. Cuando las acciones humanas ya no están ordenadas a Dios, cuando la existencia ya no permite la vuelta a los orígenes divinos, cuando el olvido de Dios hace pasar a las criaturas delante del Creador: entonces se produce en el hombre un desorden muy grave. Este desorden es el que se encuentra en el pecado.

4. *El pecado, resistencia a un mandamiento*

Pero el pecado no es simplemente un atentado contra un equilibrio querido por la naturaleza, una oposición al orden de la razón; es también *una resistencia a un mandamiento de Dios.* Y esto, por dos razones: primeramente porque Dios mismo es el autor de esta exigencia de la naturaleza razonable del hombre; después porque hizo un mandamiento explícito de esta obediencia a su ley: «Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor» (Jn 15,10).

Y no vayamos a creer que los mandamientos positivos de Dios fueron prescritos con el fin de coartar la libertad humana. No, todo lo contrario. Dios los formuló para proteger al hombre contra él mismo y contra sus semejantes. *Cuando el hombre se olvida de respetar el equilibrio querido por la naturaleza,*

trabaja en su desgracia y en su destrucción. Y sometiéndole a ciertas prescripciones, Dios quiso su bien y tuvo piedad de su debilidad. Se puede decir, pues, que la acción pecaminosa es mala porque está prohibida por Dios, pero es igualmente verdad afirmar que está prohibida por Dios porque es mala para el hombre y perjudicial para su naturaleza. Esto nos ayuda a comprender mejor que el código de la moral divina no tiene nada de arbitrario. Al contrario, no hace más que salvaguardar en el hombre el equilibrio necesario para su verdadera felicidad.

5. *El pecado, recusación del amor*

Pero hay aún más. La fe nos enseña que *la relación que une al hombre con Dios es una relación verdaderamente personal.* Hay que recurrir a la revelación divina para comprender el sentido más profundo del pecado. Aquella nos enseña que Dios quiso hacer pasar al hombre del régimen de la ley al de la libertad. «Vosotros, en efecto, hermanos, fuisteis llamados a la libertad» (Gál 5,13).

Esta libertad es una de las condiciones de la verdadera amistad. Antes de sufrir su pasión, Cristo recuerda a los suyos que ya no

son siervos sino verdaderos amigos: «Ya no os llamo siervos, pues el siervo no sabe qué hace su señor; yo os he llamado amigos, porque os manifesté todas las cosas que oí de mi Padre» (Jn 15,15).

Toda la ley se reduce al amor a Dios por sí mismo y al amor al prójimo amado por Dios. Ahora bien, al quebrantar un mandamiento se falta al amor. Por esto *todo pecado se opone al amor*: o al amor a Dios, cuando se prefiere el interés propio; o al amor a sí mismo cuando se ignora el derecho de la propia inteligencia a la verdad y el derecho del propio cuerpo al respeto.

El pecado encierra una ruptura con Dios y no por venganza de su parte. Es simplemente *una consecuencia de la naturaleza del amor*. Si el amor no llamara al amor ya no sería amor. Por otra parte Dios respeta la libertad del hombre. Cuando éste por el pecado rehúsa el amor, Dios no puede imponérselo. Esto nos hace comprender también por qué el infierno es la consecuencia del pecado. Efectivamente el infierno es la separación definitiva de Dios y la consecuencia normal de la elección libre del hombre que prefirió su egoísmo al amor de Dios.

Para abrirse, pues, a la gracia de Dios, *para volver a su amistad después del pecado, hay*

que confesarse con humildad y confianza. Hay que reconocer que nuestra negativa a amar rompió nuestra relación personal con Dios. Cuando faltamos a las normas de la circulación, causamos un desorden que hay que expiar, pero no hemos atentado contra la persona que estableció estas normas. Al contrario cuando pecamos rehusamos a alguien nuestro amor y tenemos que arrepentirnos de ello ante esta persona o ante alguno de sus representantes autorizados. Por esto, antes de subir al cielo, Cristo confió a sus discípulos y a sus sucesores el cuidado de perdonar los pecados en su nombre: «A quien perdonareis los pecados, les serán perdonados; a quienes se los retuviereis, les serán retenidos» (Jn 20,23).

Pero hay otra dimensión del pecado que nos ayuda a comprender la razón de ser de la confesión sacramental: su aspecto social.

6. *El pecado, perjuicio a una comunidad*

En todo pecado hay una dimensión comunitaria. El amor de Dios se continúa sobre la tierra en el seno de su Iglesia. La caridad es verdaderamente el alma y el lazo de unión de esta Iglesia. Por esto *el pecado, atacando al amor, causa un perjuicio a toda la comunidad de caridad*. Disminuyendo la caridad para con

Dios y para con los hombres, se puede decir que disminuye la vitalidad de la Iglesia y atenta contra su irradiación. Es una consecuencia normal de las relaciones que existen entre todos los miembros de este cuerpo: «Así si un miembro padece, con él padecen todos los miembros; si un miembro es honrado, todos se gozan» (1 Cor 12,26).

Siendo la Iglesia la comunidad viva de todos los cristianos, cuando uno de sus miembros traiciona al espíritu de caridad que debe animarle, es justo que ya no pueda ser reconocido con pleno derecho por los otros miembros de la comunidad. Por eso *cuando el pecado rompió el lazo de caridad que debe unir a todos los miembros de la comunidad cristiana, el medio de reparar la ruptura es reconciliarse con toda la Iglesia*. Y no se puede hacer esta reconciliación sino en las manos de los que recibieron de Cristo el poder de realizarla, los apóstoles y sus sucesores, los obispos. Cuando el sacerdote perdona los pecados y reintegra al pecador a la comunidad de caridad, lo hace como delegado de su obispo. Efectivamente el sacerdote perdona los pecados en nombre de Cristo no gracias únicamente a su carácter sacerdotal, sino porque ha recibido de su obispo una delegación a este efecto.

Como la gracia de Cristo viene al hombre por la Iglesia, así también el perdón se le concede por medio de la Iglesia. Cuando un día se ahonda en el sentido del pecado, cuando se comprueba que no es sólo un desorden y una desobediencia a una ley, sino también un atentado personal contra la amistad de alguien y un perjuicio al espíritu que debe animar a una comunidad: se comprende mejor el porqué de la confesión sacramental. Se descubre también que es la ocasión de volver a encontrar la verdadera luz y reintegrar el amor del que el pecado nos había separado: «Si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañaríamos a nosotros mismos y no estaría con nosotros la verdad. Si confesamos nuestros pecados, El es justo y fiel, nos perdona nuestros pecados y nos purifica de toda iniquidad» (1 Jn 1,8-9).

Pensemos, por lo demás, que *confesar los propios pecados a un sacerdote es al mismo tiempo dirigirse a un amigo* que se sentirá muy dichoso de ser mediador entre Dios y nosotros para transmitirnos el perdón divino. *Es también recurrir a un guía y maestro* cuyos consejos apropiados a las necesidades de cada penitente permiten vencer mejor los obstáculos que impiden alcanzar el fin del viaje sobre la tierra. Sin duda está la enseñanza y la predicación que la Iglesia dirige a todos sus hi-

jos para ayudarlos en su peregrinación; pero frecuentemente las almas tienen necesidad de consejos más adaptados a su situación personal. Cuando algunos hombres desean escalar una montaña, no les basta leer algunas obras apropiadas o escuchar algunas charlas sobre los peligros de este deporte; tienen necesidad también de ser acompañados de guías experimentados para ayudarlos a vencer los obstáculos que encontrarán y los peligros mortales de los que deberán triunfar. Así también *la confesión de los pecados propios a un confesor asegura al penitente esta orientación tan necesaria al que quiere verdaderamente progresar por los caminos del Señor*. Hecha en estas condiciones, la confesión ya no es una prestación personal desagradable, ni un rito ineficaz, sino un medio maravilloso de liberación del hombre, para liberarse gradualmente de todo lo que le impide vivir como un resucitado: «Por consiguiente, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios: deleitaos en lo de arriba, no en las cosas de la tierra. Realmente moristeis y vuestra vida permanece oculta con Cristo en Dios» (Col 3,1-3).

Puntos de reflexión

1. ¿Qué piensas de la obligación que tienen los católicos de *acusar sus pecados a un sacerdote*?... ¿Encuentras inconvenientes en ello?... ¿Cuáles?... Si la confesión a un sacerdote te parece que tiene sus ventajas ¿quieres decir cuáles?

2. ¿Te parece que la confesión de los pecados *responde a una disposición de la naturaleza humana*?... ¿Por qué?... ¿Qué piensas del que rehúsa confesarse porque le molesta y le humilla?

3. Uno de los aspectos del pecado, no el único, es la *resistencia a la voluntad divina*. A veces se dice: si Dios no hubiera hecho tantas prescripciones morales, tendríamos menos ocasiones de ofenderle y pecaríamos menos frecuentemente. ¿Qué piensas de esta afirmación? Justifica tu acuerdo o desacuerdo con ella... ¿Cuál fue la intención de Dios al imponer mandamientos a la naturaleza humana?... Compara las dos afirmaciones siguientes y di cuál prefieres: «La acción pecaminosa es mala porque está prohibida por Dios» o «La acción pecaminosa está prohibida por Dios porque es mala para el hombre»... Justifica tu respuesta.

4. En todo pecado hay un *atentado contra el amor*. Desmuéstralo con varios ejemplos... ¿Encuentras normal que Dios exija el amor del

hombre?... ¿Por qué?... Esta exigencia ¿es un atentado contra la libertad del hombre?... ¿Cómo?

5. ¿Qué piensas del *infierno como castigo del pecado*?... ¿Te parece justa esta consecuencia?... ¿Injusta?... ¿Se puede decir que el infierno es una venganza de Dios ante la desobediencia del hombre?... ¿Cómo?

6. ¿Preferirías *acusar tus pecados directamente a Dios* sin pasar por la mediación de su representante en la tierra? ¿Por qué razones?... ¿Qué te parece la obligación de los católicos de confesar sus pecados a un sacerdote: exigencia de la Iglesia?... ¿Conformidad con la naturaleza del pecado?... ¿Deseo de Dios de humillar al pecador?

7. ¿Puedes afirmar que *tus confesiones son verdaderamente eficaces*?... ¿Qué producen en ti?... ¿Por qué razones crees que no producen sus efectos?... ¿Qué consejos darías a tus compañeros que se quejaron de que sus confesiones no cambian nada en su vida?

8. Trata de dar algunas *respuestas satisfactorias a las objeciones siguientes*: la confesión sacramental es para el pecador una humillación inútil... exige de los sacerdotes el sacrificio de horas preciosas que podrían consagrar más útilmente a otras tareas... si a pesar de la confesión, se vuelve a caer en las mismas faltas, esto prueba que es inútil...

Ensayo de síntesis

Después de haber estudiado detalladamente algunas de las objeciones que los jóvenes hacen a su fe y a su religión, puede ser útil, antes de terminar este estudio, intentar una vista de conjunto. Nos permitirá ver mejor la frecuencia relativa de estas objeciones, la importancia de cada una de ellas en el conjunto, la influencia de la edad y del sexo. Haremos también comparaciones con los colegios de Francia y de Bélgica. Quizá podamos así descubrir ciertas constantes que ayudarán a penetrar mejor la psicología religiosa de esta edad.

1. Jerarquía en las objeciones de los jóvenes

El cuadro 2.º presenta en orden decreciente las objeciones de los jóvenes contra la fe o la religión. El análisis de este cuadro nos per-

CUADRO II - Frecuencias decrecientes de las objeciones de los jóvenes contra su fe

¿Has sentido ya tú mismo estas objeciones?	Si		?		Si		No		?
	M.	No	M.	No	M.	No	M.	No	M.
C.39 - ¿Por qué permite Dios todas estas desgracias?	78%	16%	6%	75%	14%	11%			
C.41 - Los sacerdotes y los católicos no son mejores que los demás.	73	13	14	59	31	10			
C.40 - Todas las religiones son igualmente buenas.	70	21	9	47	44	9			
	Ch.	54	34	12			Ch.	57	34
		40	51	9				40	51
C.46 - Los sacerdotes deberían contentarse con su misterio y no intervenir en lo demás.	21	68	11	26	63	11			
C.47 - Dios me perdona mis pecados aunque rehúse confesarme a un sacerdote.	30	60	10						
C.44 - La religión sólo importa a mi vida privada; no tiene nada que ver con mis negocios, estudios, etc.	31	53	16	23	64	13			
	Ch.	19	69	12			Ch.	19	77
		17	77	6	18	75		17	74
C.43 - La religión es asunto de dinero, de explotación de la credulidad de la gente por los sacerdotes.	19	77	6						
C.42 - La fe es buena para los niños y las mujeres.	19	77	6						
	M.	7	87	6	8	85	7		
	Ch.	8	85	1			Ch.	8	94
		5	94	1	7			5	87
		8	87	5				8	87
N: 3108									
2016 muchachos									
1092 muchachas									
Mediar: % medio para los 3108 colegiales									

mite distinguir 3 grupos diferentes. El primer grupo comprende las 3 primeras objeciones: el problema del mal en el mundo, el valor relativo de las religiones y, en particular, el de la religión católica. Las frecuencias de estas objeciones varían entre el 47 y el 73 %, lo que quiere decir que 2 ó 3 jóvenes de cada 4 se las plantean. En el segundo grupo, se encuentran las 3 objeciones siguientes: el sacerdote debería contentarse con sus funciones en la iglesia, la confesión al sacerdote debería ser sustituida por la confesión a Dios directamente y la religión interesa sólo a la vida privada del individuo. Las frecuencias de estas objeciones varían entre el 18 y el 26 %, es decir que, por término medio, 1 joven de cada 4 se las pone a sí mismo. Finalmente, en el tercer grupo, las menos frecuentes: la religión es sobre todo un asunto de dinero, es buena para los niños. En este tercer grupo, las frecuencias son del 7 y 8 %, es decir que, por término medio, 1 joven de cada 12 se pone estas objeciones.

El análisis de cada uno de estos tres grupos es muy útil para conocer mejor la conducta de los jóvenes y descubrir lo que constituye verdaderamente un problema. En el primer grupo (cuestiones 39, 40 y 41) se encuentran las objeciones que se reducen a los grandes problemas metafísicos que obsesionan el

pensamiento del hombre: la injusticia en el mundo, la libertad del hombre ante Dios, la igualdad de todos ante el destino eterno. Se descubre que estas cuestiones difíciles son precisamente las que suscitan más objeciones entre los jóvenes. Al mismo tiempo se puede comprobar el aspecto intelectual muy importante de su crisis de fe en esa edad.

Las objeciones del segundo grupo (cuestiones 46, 47, 44) representan ya dificultades menores para los jóvenes. Pero son cuestiones que les tocan muy de cerca, especialmente la práctica de la confesión y la implicación de su religión en todos los sectores de su vida privada. Pero aquí la dificultad es más de orden práctico que de orden puramente intelectual, como era el caso en las objeciones del primer grupo.

Las del tercer grupo (cuestiones 42, 43) finalmente, de importancia mucho menor en la mentalidad de los jóvenes, muestran más la influencia del ambiente sociológico; son las que los adversarios de la religión o del catolicismo en particular explotan más frecuentemente para impresionar a las gentes y apartarlas de sus prácticas religiosas: la religión es una explotación vergonzosa, no es digna de un hombre verdaderamente adulto. Ahora bien, es revelador comprobar que estas obje-

ciones son precisamente las que menos perturban a los jóvenes.

Los diferentes aspectos que se contienen en estas objeciones se compenetran porque el hombre es uno y estos múltiples problemas se plantean a este ser único. Sin embargo, a veces es útil hacer distinciones para ver el aspecto particular que representa el principal handicap en la vida religiosa de los jóvenes. Ahora bien, este análisis permite descubrir claramente que *en esta crisis de la juventud, el aspecto intelectual o metafísico desempeña un papel de primera importancia*. Mientras que en la preadolescencia y en la adolescencia los aspectos de emotividad y seguridad personal eran muy importantes: parece que en los adolescentes mayores y en los jóvenes el problema toma más bien un colorido de orden intelectual. Habría que ver ahí un signo de madurez religiosa. Efectivamente la causa de sus problemas principales son los aspectos más difíciles de la fe y de la religión. Les preocupan mucho menos las críticas de los adversarios de la religión que esas apariencias contradictorias o esas injusticias que descubren en el interior de su fe. Por otra parte, ¿no podría verse también ahí cierta forma especial de la seguridad que todo hombre busca? Efectivamente se ve ahí el espíritu que se siente incómodo y que tiene necesidad de

apoyos más firmes para sus creencias. Esta situación se relaciona con la que ya se comprobó en el estudio de las motivaciones de la fe cristiana, cuando aparecía claramente que los jóvenes se movían a creer mucho más por todos esos factores que habíamos llamado de «seguridad» que por los que mostraban más la influencia del medio sociológico¹.

Esta comprobación debería también *proporcionar a los educadores una indicación de orden pedagógico*. Sería una invitación a rechazar definitivamente, si no se ha hecho ya, cierta apologética más o menos acrobática sobre la Iglesia de Cristo. ¿De qué sirven largas demostraciones llamadas históricas para intentar demostrar que la Iglesia tuvo razón en condenar a Galileo? ¿De qué puede servir el tiempo empleado en explicar o tratar de excusar la conducta reprensible de hombres constituidos en autoridad en la Iglesia? Tentativa vana, esfuerzos inútiles, pues para los jóvenes los verdaderos problemas no están ahí. Sin duda ninguna son inteligentes y les gusta la franqueza. Tienen confianza en educadores que muestran las mismas cualidades. Por eso les sorprende agradablemente una actitud humilde que sabe reconocer esos errores

¹ LARIVIERE, J. J., *Nos collégiens ont-ils encore la foi?* Montréal, Fides, 2.^a ed., 1966, pp. 139-140.

sin tratar de camuflarlos. No podían sino aplaudir ciertas posiciones tomadas con ocasión del concilio Vaticano II: Juan XXIII, por ejemplo, invitaba a todos los católicos a reconocer humildemente las responsabilidades y los errores de la Iglesia en los cismas con los ortodoxos y los protestantes; Pablo VI, asistiendo el 10 de junio de 1965 en Pisa al Congreso eucarístico nacional de Italia, citó en su homilía el ejemplo de los grandes cristianos de Toscana y cuando nombró a Galileo la inmensa muchedumbre de 300.000 personas, al oír rehabilitar así el nombre del gran sabio pisano, no pudo contener sus aplausos; en el octubre anterior, en una parte de la segunda sesión del Concilio uno de los Padres, hablando de la necesidad de tener en cuenta los progresos de la ciencia en la cuestión de la regulación de los nacimientos exclamó: «¡Evitemos incurrir en un nuevo proceso Galileo!»

Los jóvenes registran estas confesiones y les gustan, pero en definitiva, no están ahí sus principales dificultades. Ciertamente desprecian ser tratados bruscamente por un sacerdote, pero comprenden que esto se debe a la personalidad humana y no a la religión que representa. Les choca y con razón la explotación comercial que se practica en algunos lu-

gares de culto; les desconciertan con razón algunos aspectos demasiado sentimentales o enfermizos que sobreviven aún en ciertas prácticas de culto, pero, para ellos, las dificultades mayores que sienten en la evolución de su fe hacia la madurez no son éstas. Los educadores, pues, harían mal en ignorar las verdaderas necesidades religiosas de la juventud y no darles lo que verdaderamente responde a su apetito. Su necesidad de claridad les hace buscar una solución satisfactoria al problema que plantea la aparente injusticia del mal en el mundo; su solidaridad universal se siente inquieta ante el pensamiento que sólo los católicos poseen la verdad y están en camino de salvación; su deseo de entrega les hace incomprensible la conducta de muchos cristianos que se dicen apegados a sus creencias y que viven una vida moral inferior a la de muchos gnósticos o ateos.

2. Sexo y objeciones

El análisis del cuadro 2.º indica que *el orden de importancia de estas diferentes objeciones, casi con una sola excepción, es el mismo en los muchachos y en las muchachas*. Efectivamente en estas últimas la objeción contra la necesidad de la confesión al sacer-

dote (cuestión 47) es más frecuente que la que afirma que el sacerdote debiera atenerse a sus funciones en la iglesia (cuestión 46); en los muchachos, por el contrario, el orden es inverso. Hemos indicado más arriba cómo puede explicarse esta diferencia. Pero es notable que en todas las otras objeciones el orden es exactamente el mismo entre los colegiales y las colegialas.

Sin embargo existe una diferencia importante entre ambos sexos en la frecuencia de las objeciones que se ponen los jóvenes. Para recoger la división en tres grupos que hemos utilizado más arriba, podríamos sistematizarlos de la manera siguiente: en el tercer grupo de objeciones (cuestiones 43 y 42), las diferencias de frecuencia no son significativas desde el punto de vista estático; en el segundo grupo (cuestiones 46, 47 y 44), las diferencias son un poco más importantes y en el primer grupo (cuestiones 39, 41 y 40), se encuentran las diferencias más considerables. Además, cuando las diferencias son importantes, a excepción de la cuestión 46 de la que ya hemos hablado, siempre indican que *las colegialas se plantean más frecuentemente la objeción*. Como por otra parte las objeciones del primer grupo recaen sobre los grandes problemas metafísicos, se puede concluir que la insatisfacción

intelectual es mayor entre las colegialas que entre los colegiales. Sabemos también que las muchachas están asimismo más insatisfechas de las clases de religión que reciben y que están peor servidas en lo que se refiere a la posibilidad de tener intercambios con el sacerdote.

3. *Edad y objeciones*

Por lo que se refiere a la frecuencia de las objeciones con relación a las diferentes edades, se puede advertir primeramente que *en las muchachas la cima ordinariamente está al nivel del primer año de filosofía. También entre los muchachos las cimas se encuentran las más de las veces en primero o segundo de filosofía.* Como las objeciones más frecuentes son de orden intelectual, es normal que estas dificultades crezcan con el desarrollo de la inteligencia y el progreso en los estudios. La edad en que las frecuencias son más elevadas, es decir, el de las clases de filosofía, pone de relieve también la importancia de un curso muy sólido en esta materia si se quiere dar a los colegiales y a las colegialas los elementos capaces de proporcionar una solución que calme las inquietudes que sienten. Esto es particularmente verdad para las colegia-

las: efectivamente los resultados de la encuesta indican que para las objeciones, así como para las dudas, parece que las muchachas atraviesan una crisis aún más aguda que los muchachos.

4. *Comparación con los franceses y los belgas*

Antes de hacer estas comparaciones, para evitar toda interpretación equivocada, hay que hacer una puntualización. La formulación de las cuestiones planteadas a los jóvenes canadienses fue diferente de la que se utilizó en el cuestionario belga y francés. A los canadienses se preguntó: «¿Te has puesto tú mismo estas objeciones contra la fe?», mientras que los belgas y franceses respondieron a esta otra formulación: «¿Has oído decir esto?». La diferencia es importante y no hay que perderla de vista. Sin embargo, hemos pensado que era válido hacer estas comparaciones entre la frecuencia de las objeciones que se ponen los canadienses y la frecuencia de las que oyen los franceses y belgas. Hay que notar también que las cuestiones 46 y 47 planteadas a los estudiantes canadienses no lo fueron a todos los de Francia y Bélgica. El cuadro 3.^o presenta los resultados de la encuesta en las tres naciones.

La comparación de estos resultados permite hacer algunos descubrimientos. En el primer grupo (cuestiones 39, 41 y 40) la frecuencia de las objeciones oídas por los estudiantes belgas y franceses es menos elevada que la de las objeciones que se hacen los estudiantes canadienses. En el grupo de las tres últimas objeciones (cuestiones 44, 43 y 42), se produce el fenómeno contrario. *¿Cómo interpretar la diferencia primeramente para el primer grupo? ¿Hay que pensar que los jóvenes canadienses se plantean más frecuentemente los problemas fundamentales que suscitan estas objeciones o hay que creer más bien que son los europeos los que hablan menos frecuentemente de ellos? Nos sentiríamos inclinados a pensar que estos problemas fundamentales interesan o inquietan a los jóvenes europeos tanto como a los jóvenes canadienses, pero quizá se discute menos de ellos. Cuando se tienen quejas contra la Iglesia o cuando presenta aspectos que chocan nos quejamos de sus estructuras exteriores y son éstas las que se ponen más fácilmente en tela de juicio en las discusiones. Estas dificultades en nuestro cuestionario corresponden más bien a las objeciones del último grupo.*

Además puede ser que las diferencias notadas entre las objeciones que se ponen los

canadienses y las que oyen los franceses y belgas tengan otra explicación. *El contexto religioso de estas tres naciones es bastante diferente.* En el Canadá francés se advierte desde hace algunos años un proceso de evolución muy rápido. En el pasado la religión católica era no sólo la de la mayoría sino además el conjunto de la población formaba un bloque muy compacto desde el punto de vista religioso. Los gnósticos y ateos no levantaban la voz públicamente y la gente se sentía inclinada a creer, equivocadamente ya se entiende, que no existían. En el espacio de muy pocos años, la situación se ha modificado profundamente. Gracias a cierto desbloqueo de las ideas debido a numerosos fenómenos sociales, las declaraciones públicas y aun la propaganda asegurada por los gnósticos han hecho descubrir profundas grietas en el bloque monolítico que representaban los canadienses franceses bajo el punto de vista religioso. Los católicos siguen siendo la gran mayoría, pero ahora oyen nuevos sonidos de campanas. Particularmente los jóvenes se interesan por esta evolución. *¿Hay que sorprenderse, pues, de que se pongan en tela de juicio el problema de la libertad religiosa y el valor del catolicismo en particular? Añadamos a esto que toda la atmósfera del Concilio en la que vivimos actualmente, ha contribuido a ensan-*

char la mentalidad de los católicos y darles la preocupación no sólo teórica sino también práctica de respetar la libertad religiosa de los demás.

Por otra parte, ¿hay que lamentarse de que nuestros jóvenes se planteen frecuentemente problemas fundamentales, a propósito de su fe y de su religión? Pensamos, por el contrario, *que esta situación manifiesta un progreso en la interiorización de su fe*. Ciertamente para muchos que no llegarán a responder de modo enteramente satisfactorio a objeciones que se plantean, habrá un proceso de lenta evolución hacia las dudas religiosas y más tarde hacia la pérdida de la fe. Por el contrario, para un gran número, estas dificultades podrán tener un efecto feliz sobre todo su cristianismo. Esto será ocasión de tonificar sus creencias, de afianzarlos y provocar en ellos un compromiso de toda su persona y de toda su vida. Actualmente sopla un viento fuerte sobre Quebec bajo el punto de vista religioso. El efecto producido será diferente según el estado de los que están expuestos a él. Para los que al presente acusan gran debilidad, hay peligro de que este viento demasiado vivo los sofoque. Al contrario, para todos los jóvenes que sufrían más o menos conscientemente por ver que vivían un cristianismo de

CUADRO III - Objeciones hechas por los canadienses comparadas con las oídas por los franceses y belgas

	MC	ChC	MF	ChF	MB	ChB	EB
C.39 - ¿Por qué permite Dios todas estas desgracias?	78%	70%	54%	42%	62%	48%	45%
C.41 - Los sacerdotes y los católicos no son mejores que los demás.	70	54	53	23	41	32	36
C.40 - Todas las religiones son igualmente buenas	57	40	31	28	28	22	23
C.44 - La religión sólo importa a mi vida privada; no tiene nada que ver con mis negocios, estudios, etc.	17	19	22	20	20	23	26
C.43 - La religión es asunto de dinero, de explotación de la credulidad de la gente por los sacerdotes.	7	8	24	20	30	34	26
C.42 - La fe es buena para los niños y las mujeres.	5	8	24	24	34	30	23
MC = Muchachos canadienses	ChB = Muchachos belgas						
ChC = Muchachos canadienses	MB = Muchachos belgas						
MF = Muchachos franceses	EB = Muchachos belgas (enseñanza libre)						
ChF = Muchachos franceses							

rutina, esta lucha que tendrán que sostener contra las inclemencias producirá en ellos el efecto del aire seco de las montañas: saldrán de la prueba con una sangre mejor oxigenada; toda su vida de creyentes saldrá beneficiada.

Vengamos a la interpretación de las diferencias comprobadas entre los canadienses, franceses y belgas en las objeciones del último grupo, sobre todo las cuestiones 43 y 42 del cuadro 3.º. Hemos observado ya que pocos jóvenes canadienses se plantean esta objeción, mientras que sus hermanos de Francia y Bélgica las oyen frecuentemente: la proporción es alrededor de 1 a 3.

A causa de la formulación diferente sobre los cuestionarios utilizados en el Canadá y en Europa, no se puede afirmar que estas objeciones se planteen más frecuentemente por los franceses y belgas que por los canadienses. Si se hubieran presentado las cuestiones de la misma manera a los jóvenes canadienses, es muy posible que los porcentajes de objeciones hubieran sido más elevados y esto por dos razones. La primera porque hay una tendencia natural en todos los que no hacen un esfuerzo especial de objetividad, a generalizar hechos que han observado u opiniones que han oído. La segunda, ya lo hemos seña-

lado, porque los que hacen abiertamente objeciones o críticas a la Iglesia, se sienten inclinados a hacerlas recaer sobre ciertos aspectos exteriores más que sobre los grandes problemas fundamentales que puede provocar; se quejarán de buen grado de la conducta descortés del párroco, del aspecto demasiado mercantilista de la práctica religiosa, del carácter sentimental de la devoción, etc.

Sea lo que fuere de esta interpretación, no podemos menos de subrayar que los reducidos porcentajes obtenidos entre los jóvenes canadienses en estas dos últimas objeciones nos parecen *otro indicio alentador del valor de su fe*. No parece que estos aspectos más exteriores de su religión choquen sino a un pequeño número de ellos, mientras que por el contrario, en el análisis del primer grupo de las objeciones, hemos observado que los problemas fundamentales presentan dificultades reales para un número mayor.

La comparación entre las respuestas de las muchachas y las de los muchachos revela también otro rasgo interesante. Si se considera el primer grupo de objeciones (cuestiones 39, 41 y 40), fácilmente se puede advertir que *en las tres naciones, estas objeciones son mucho más frecuentes entre muchachas*. En casi todos los grupos, las diferencias son suficientemente grandes para ser significativas. Esta

constancia podría indicar que también aquí estamos en presencia de uno de los rasgos de la psicología diferencial religiosa: la sensibilidad mayor de la mujer la predispone a sentir más las dificultades que presentan para la fe los grandes problemas de la explicación del mal en el mundo, de la libertad religiosa, de la salvación universal de los seres humanos, etc. Parece que en estas tres naciones la estudiante, a esta edad, siente más vivamente que el estudiante la crisis religiosa.

5. Conclusiones

Queremos terminar esta exposición enunciando algunas conclusiones que se desprenden de las revelaciones de esta encuesta.

1. Los jóvenes ponen muchas objeciones a su fe y a su religión. Importa favorecer su expresión libre y franca. Si ante estas objeciones afectamos una conducta escandalizada, les quitamos la posibilidad de expresarse abiertamente y nos hacemos incapaces de ayudarlos en la solución de sus problemas.

2. Los educadores deben comprender bien que los jóvenes formulan así numerosas objeciones no por «mal espíritu». En el contexto actual de la libre expresión frecuente-

mente es un signo de madurez por su parte exponer objetivamente lo que les parece incomprendible y rebasado en la religión.

3. Inconscientemente los jóvenes confunden con mucha frecuencia objeciones contra la religión, dudas contra la fe y aun pérdida de ésta. Es prestarles un servicio real ayudarlos a esclarecer todas estas nociones para que no crean que se han hecho incrédulos porque tienen dificultades en comprender ciertas verdades religiosas.

4. Aunque las objeciones hechas contra ciertos aspectos exteriores de la religión tengan a los ojos de los jóvenes menos importancia de lo que se cree, importa sin embargo que los pastores hagan todo cuanto esté en su poder para no justificar con su comportamiento estas conductas que chocan a los cristianos.

5. Cuando los educadores oyen a los jóvenes poner objeciones contra ciertos aspectos exteriores de la práctica religiosa o también contra la conducta reprensible de los sacerdotes o de los cristianos en general, deben tenerlas en cuenta pero, al mismo tiempo, saber rebasar este nivel y tratar de ir en ayuda de los jóvenes en el plano mismo de las objeciones que les causan las mayores dificultades.

6. El concilio Vaticano II, al discutir ciertos esquemas como el de la libertad religiosa, o al conducir a ciertas iniciativas como las de la creación de los secretariados para los no-cristianos y los no-creyentes, indirectamente pudo dar a los jóvenes la impresión de cierta relatividad en la verdad católica, o también inducirlos a pensar que la práctica de tal o cual religión importa poco, con tal de que se tenga una. Es muy importante hacer comprender bien el alcance verdadero de estas decisiones; quieren combatir la intransigencia bajo todas sus formas y llevar al respeto de las conciencias. Pero al mismo tiempo deben hacer a los católicos conscientes de la verdad que poseen, darles el deseo del compromiso verdadero, no con un vano espíritu de cruzada, sino con un deseo sincero y humilde de hacer que todos los hombres compartan su verdad y su dicha.

7. Esta encuesta hecha entre 3108 colegiales y colegialas ha revelado un malestar profundo en la enseñanza religiosa: sólo el 34% de todos estos jóvenes afirman que las clases de religión no son fastidiosas; el 48% declara que estas clases no responden verdaderamente a sus necesidades; el 50% reconoce que no los ayudan a vivir una vida cristiana auténtica; el 60% las encuentran más o

menos librescas y poco prácticas; el 48% se queja de que estas lecciones no los invitan a «comprometerse» más generosamente. Los educadores, sobre todo los sacerdotes, deben levantar acta de esta situación y hacer un esfuerzo verdadero para renovar su enseñanza, partiendo de la mentalidad y de las necesidades de los jóvenes de hoy. De lo contrario deberán resignarse a ver aumentar constantemente el número de los que no podrán salir victoriosamente del período de dudas por el que atraviesan y que pronto o tarde evolucionarán o hacia una perseverancia religiosa puramente sociológica y rutinaria o hacia el abandono de las prácticas culturales, o aun hacia la pérdida de la fe.

Indice

	pág.
<i>Prólogo</i>	7
<i>¿Por qué permite Dios tantos sufrimientos?</i>	15
1. Es un hecho: el mal existe	20
2. Explicaciones parciales	21
3. Soluciones de los filósofos	26
4. La orientación del hombre	30
5. Ejemplo de Cristo	31
6. El pecado, fuente de sufrimiento y de muerte	33
7. Solución última del problema del mal: la salvación realizada por Cristo	36
<i>Todas las religiones son igualmente buenas</i>	41
1. En favor de la igualdad de las religiones	43
2. Nuevos motivos de tolerancia	46
3. Trascendencia de la religión cristiana	48
4. «Fuera de la Iglesia no hay salvación»	53
5. ¿Está de sobra el esfuerzo misionero?	56
6. Intransigencia y diálogo	59

<i>Los sacerdotes y los católicos no son mejores que los demás</i>	67
1. Ir a Dios sin intermediario	70
2. Las tareas de la Iglesia	73
3. Las arrugas de la Iglesia	77
<i>La fe es buena para los niños y las mujeres</i>	83
1. Fe y facultades superiores	85
2. Fe y gracia	86
3. Razón y fe	88
4. Ciencia y misterio	92
<i>La religión es un asunto de dinero</i>	101
1. Los reproches	102
2. Los principios de una reforma	105
3. En la perspectiva del Concilio	108
<i>La religión no interesa más que a mi vida privada</i>	119
1. La fe en toda la vida	121
2. Madurez psicológica y madurez religiosa	124
3. Algunos criterios de la madurez	129
4. Test de madurez cristiana	149
<i>¡El sacerdote a la sacristía!</i>	155
1. Ayer, omnipresencia del sacerdote	159
2. Hoy, retroceso del sacerdote	162
3. Todos los cristianos son separados	165
4. El lugar de los seglares	167
5. El lugar del religioso	169
6. El lugar del sacerdote	170

<i>Prefiero confesarme directamente con Dios</i>	177
1. Objeciones a la confesión sacramental	179
2. Confesión y naturaleza humana	183
3. El pecado, atentado contra un equilibrio	187
4. El pecado, resistencia a un mandamiento	188
5. El pecado, recusación del amor	190
6. El pecado, perjuicio a una comunidad	192
<i>Ensayo de síntesis</i>	199
1. Jerarquía en las objeciones de los jóvenes	199
2. Sexo y objeciones	205
3. Edad y objeciones	207
4. Comparación con los franceses y belgas	208
5. Conclusiones	214

Con licencia eclesiástica
Depósito legal: M. 5621-71

Tip. «San Pablo» - COSLADA - MADRID - 1971